

América Latina
Lecturas
Fundamentales

Introducción a José Martí

Tomo II

Roberto Fernández Retamar



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Secretario General

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Coordinador de Humanidades

Dr. Alberto Vital Díaz

CENTRO DE INVESTIGACIONES
SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Director

Mtro. Rubén Ruiz Guerra

Secretario Académico

Dr. Mario Vázquez Olivera

Encargado del Departamento de Publicaciones

Gerardo López Luna

Introducción a José Martí

Colección
América Latina. Lecturas fundamentales
2

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Introducción a José Martí

Tomo II



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
MÉXICO 2018

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Fernández Retamar, Roberto, autor.

Título: Introducción a José Martí / Roberto Fernández Retamar.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2018.

Identificadores: LIBRUNAM 2004783 | ISBN 9786073006064 (obra completa) | ISBN 9786073006088 (tomo II).

Temas: Martí, José, 1853-1895

Clasificación: F1783.M38.F46 2018 | DDC 972.9105—dc23

Diseño de portada: D.G. Marie-Nicole Brutus H.

Diseño de la colección: D.G. Irma Martínez Hidalgo

Primera edición Letras Cubanas: 2006

Primera edición UNAM: julio de 2018

Fecha de edición: 6 de julio de 2018

D. R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C. P. 04510, México, Ciudad de México

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
Torre II de Humanidades 8° piso
Ciudad Universitaria, 04510, México, Ciudad de México
Correo electrónico: cialc@unam.mx
<http://www.cialc.unam.mx>

ISBN 978-607-30-0606-4 (colección)

ISBN 978-607-300608-8 (obra)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

A Haydée Santamaría, siempre

Apostillas del umbral, del preludio, mancha del pintorcete. Temas que son siempre introducciones. ¿Pero qué otra cosa puede escribir el hombre, que no sea introducción?

JOSÉ LEZAMA LIMA, *Carta a Roberto Fernández Retamar, noviembre de 1957.*

ÍNDICE

Más (o menos) sobre Martí y Francia	13
Ante los sucesos de Chicago	45
Un periodista argentino llamado José Martí. .	69
Naturalidad y novedad en la literatura	
martiana.	99
Supremo escritor natural	99
Aspectos formales. Rasgos esenciales.	
Visión de conjunto	104
Periodismo. ¿Realismo? Literatura	
factual	112
Discursos y cartas.	124
Versos	129
Qué literatura funda Martí.	132
Modernismo: sí y no	137
Inicio de nuestra época.	160
Apasionante contemporáneo	163
Introducción a <i>La Edad de Oro</i>	169
“Nuestra América”: cien años	201
Forma y pensamiento en la obra martiana . . .	229

MÁS (O MENOS) SOBRE MARTÍ Y FRANCIA*

1

“Y en tanto cae la nieve del cielo de París”, escribió Rubén Darío al final de su soneto “De invierno”, que añadió a la segunda edición (Guatemala, 1890) de *Azul...* Esa nieve, que en cierta forma es la del segundo libro, así llamado (*Nieve*, La Habana, 1892), de Julián del Casal, cayó insistentemente, durante cierto tiempo, sobre la obra literaria de

* Versión de la conferencia inaugural del Coloquio *Cuba et la France. Francia y Cuba*, organizado por el Centre Interuniversitaire d'Études Cubaines (CIEC) y realizado en la Universidad de Burdeos en diciembre de 1982. La versión inicial de la conferencia se recogió en las Actas de dicho Coloquio, Presses Universitaires de Bordeaux, 1983.

los jóvenes magníficos que a finales del siglo XIX fundaron la nueva literatura de nuestra lengua, y a quienes Martí llamó “una familia en América”. Seis años después de aquella edición, al frente de *Prosas profanas* (1896), Darío añadió: “—Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París.” Y ese mismo año, en su artículo programático “Los colores del estandarte”, fue aún más lejos: “Mi sueño”, dijo, “era escribir en lengua francesa [...] El *Azul*... es un libro parnasiano y, por tanto, francés”. Traigo a colación este hecho, hartamente conocido, sólo para subrayar la necesidad de estudiar la relación con Francia de aquel a quien el prodigioso nicaragüense consideró desde muy temprano “Maestro”; de aquel que en 1893 llamó al Darío de veintiséis años, al abrazarlo, “hijo”: José Martí.

2

B[audelaire] met le froid dans les os. // Quand on le connaît, on ne l'échappe pas. Il vous mord dans le coeur, et quand d'un coup de main il a voulu appeler votre attention, l'épaule saigne, comme sous la griffe d'un lion. // Et quelque chose de Baud[elaire] lui a resté toujours, bien que deux homes ne sauraient être aussi différents, l'un surgissant [...] et harassé, comme le démon du Bien, des pourritures du siècle,

—et cherchant dans les parfums et le haschich l'oubli de la plaie humaine, centaure s'ébattant dans la fange, — l'autre, fuyant d'un monde qui l'effraie et le souille, et reposant sa tête, lourde de dégoût, sur un oreiller idéal, tel qu'un pigeonneau effarouché met la tête sous l'aile de la colombe [...] Richepin, qui vient, tel qu'un aigle sans ailes, de publier *Les blasphèmes*, qu'est-ce qu'il est, si ce n'est un mélange involontaire, et comme un fils [...], de Baudelaire et de Hugo? C'est comme une tête incomplète, la voute lui ayant été enlevée d'un coup de sabre; et dans la coupe sanglante et découverte fumant les débris des croyances humaines. De Hugo, lui vient l'essor. [...] De Baud[elaire], l'hardiesse. [...] Mais il lui manque le génie, qui sait peser et s'arrêter.

He citado este texto de Martí, porque acaso es el más reciente entre los escritos por él en francés, y sobre tema francés, que haya llegado al Centro de Estudios Martianos. Curiosamente, en él se mencionan, junto a Hugo y Baudelaire, figuras admiradas por Martí y con quienes, en varios aspectos, tendrá más de un punto de convergencia (además, por supuesto, de los relativos a la poesía, piénsese en el generoso humanismo de uno, en la crítica de arte de otro), a un creador poco apreciado hoy, pero que merecería el honor de aparecer en 1896 entre *Los raros* de Rubén Darío. El texto martiano no puede ser anterior a 1884,

pues fue entonces cuando se publicó *Les blâphèmes*: libro que, según Martí, el autor “vient [...] de publier”, lo que hace pensar que su comentario es de esa misma fecha: antecede pues en cuatro años a *Azul...* y en doce a *Los raros*, del nicaragüense. No es ocioso recordar que muchas y muy variadas eran las actividades de Martí en 1884, y sin embargo encontró tiempo para leer y enjuiciar sagazmente el libro de poemas de un autor francés menor, entonces discutido en los cenáculos literarios. Tal hecho no puede sorprender a los conocedores de Martí. Diez años después, en 1894, plenamente entregado a tareas partidarias y a la organización de la guerra independentista en la que iba a morir combatiendo unos meses después, hace anotaciones en su cuaderno de apuntes sobre autores como Verlaine (cuya obra conocía desde antes), Mallarmé o Rimbaud. Basten ejemplos como éstos, que podrían multiplicarse, para exigir un estudio serio sobre Martí y Francia. Estas páginas son sólo un modesto aporte a ese estudio futuro, al cual ya han contribuido autores como Juan Marinello y Alejo Carpentier, Paul Estrade y Jean Lamore.

Hasta ahora, la más importante de esas contribuciones la debemos a Alejo Carpentier. Al coloquio internacional sobre José Martí celebrado en Burdeos en 1973, Alejo envió una excelente comunicación sobre “Martí y Francia (primer intento de aproximación a un ensayo posible)”. Y pocos

como él podían acercarse con holgura y profundidad al tema desde nuestro costado, ya que su vasta erudición, en lo relacionado tanto con Francia como con Martí, lo facultaba especialmente para ello. De paso, quisiera aprovechar la coyuntura para rectificar un aserto que hice en 1971, cuando, a propósito de la gigantesca tarea de divulgación de la cultura mundial realizada por Martí en nuestras tierras, dije que esa tarea no había tenido su parigual en el siglo XX. En 1971 aún no habían comenzado a publicarse los volúmenes de crónicas escritas por Carpentier desde la década del veinte hasta su muerte: tales crónicas, de las que aparecieron varios volúmenes en La Habana y en Caracas, y reediciones en otras ciudades, hacen ver con claridad que en su siglo Alejo, hasta cierto punto, realizó, en el orden mencionado, una labor equivalente a la de Martí a finales del siglo XIX. No terminan ahí las afinidades entre estos dos relevantes escritores de mi patria chica. Sin forzar en absoluto el paralelo (Martí fue un hombre político a quien se le dio por añadidura el genio verbal, y Alejo un escritor politizado), ambos decidieron expresarse sobre todo en español, cuando dominaban con soltura otras lenguas (el francés y el inglés en el caso de Martí, y el francés en el caso de Alejo), y vincular su obra a los problemas de lo que insuperablemente Martí llamó desde muy joven “nuestra América”. Ello fue, en el sentido

más profundo de la palabra, una opción política asumida con plena conciencia. Es decir, que no habiendo sido franceses vinculados a Cuba por razones más o menos azarosas, como el admirado Paul Lafargue o el pintoresco Francis Picabia, tampoco fueron cubanos insertados en la cultura francesa como José María Heredia, quien si bien recordó, al entrar en la Academia, la isla deslumbrante y lejana en que naciera, protagonizó, como el patético Augusto de Armas, un ejemplo clásico de lo que en la jerga de nuestros días se llama “robo de cerebros”. Ni Martí ni Alejo, en cambio, se dejaron “robar”, tentados por la “capital del siglo XIX”, según la clásica definición que hiciera Walter Benjamín de París. Por supuesto, en el caso de Alejo el siglo XIX había quedado atrás. Si se quiere un testimonio de primera mano de cómo se extinguía a ojos vistas aquel París que tuvo entonces su última gran lumbrarada, al menos en esta época, léase la crónica de Alejo “La agonía de Montparnasse”, publicada el 25 de junio de 1933 en la revista habanera *Carteles*, espléndido adiós no sólo a la auténtica “vanguardia” estética, sino a todo lo que con ella terminaba.

En cuanto a Martí, es significativo uno de los primeros artículos suyos aparecidos en la *Revista Universal*, de México: artículo que, escrito por él con apenas veintidós años, y publicado el 9 de marzo de 1875, fue descubierto, como muchos

otros, por Fina García Marruz. Con el título “Variedades de París”, dijo allí Martí:

Yo no amo a París. Ha creado tantos edificios, ha acumulado tanta piedra, ha dorado todo esto con prisa tal de profusión, que a la par que las calles se realzan, los corazones se petrifican y se doran. —Yo no sé por qué fuerza de mi espíritu me alejo con una invencible repugnancia de las cosas doradas: viene siempre con ellas a mi memoria la idea de falsedad y de miserias ajenas. Y estos pensamientos me lastiman porque yo creo absolutamente en la bondad de los hombres. — Todavía creo yo en ella, a pesar del doloroso contacto de París, a pesar de su placer en ellos, a pesar de ese Prometeo inmenso que acaricia y adora a su buitro. En virtudes —y sólo sobre base de virtudes se alzan pueblos respetables y nobles,— ese París desventurado fatigóse de cantar las que tuvo, —y no le queda ya el pudor de mentir que las tiene. [...] Se llenan sus teatros, los bellos e incómodos teatros de París; y allí ese pueblo ficticio más extranjero en su ciudad que los ávidos extranjeros que la visitan, ese pueblo de arena y de onda, huérfanos con padres, madres sin hijos, pueblo sin patria y sin familia, aplauden [...]. Y París vive, Phrynea impura, absorbidora de sus jueces. —Vive como Byzantium, indolente y espléndida—. Vive como París, podrido y exquisito. Yo no

lo amo. Él tiene en sus adulterios su agonía, y en Folies-Bergères su miserable mercado de mujeres.

No se olvide que el Martí que ha escrito las palabras anteriores acababa de estar en París en noviembre y diciembre del año anterior (en 1879 volvería a visitarlo, esta vez por un lapso más breve, de apenas diez días): es decir, que a diferencia de lo que ocurrirá con muchas otras crónicas suyas, en las cuales comenta sucesos de los que tiene conocimientos de segunda mano, el que habla aquí es un testigo presencial. Pero se imponen de inmediato dos observaciones: que quien escribe es un indomable anticolonialista, que no está en absoluto emitiendo un juicio sobre el pueblo francés, sino sobre la metrópoli de un imperio: metrópoli que no puede sino enjuiciar con las más duras tintas, como hará después con Nueva York; y que lo mejor de la cultura francesa, apreciada críticamente (como también le ocurrirá con la cultura estadounidense), encontrará en Martí una acogida cálida, visible en su obra. En la propia crónica que acabo de citar, habla así de su amado Víctor Hugo, dando fe, por cierto, de su encuentro con el gran poeta francés, encuentro que hasta el descubrimiento de este artículo no había podido ser verificado por los biógrafos del cubano:

Yo he visto aquella cabeza, yo he tocado aquella mano, yo he vivido a su lado esa plétora de vida en

que el corazón parece que se ancha, y de los ojos salen lágrimas dulcísimas, y las palabras son balbucientes y necias, y al fin se viven unos instantes lejos de las opresiones del vivir. El universo es la analogía. Así Víctor Hugo es una montaña coronada de nieve, de la que a montones se escapan rayos que reciben del mismo Padre Sol.

Volveré sobre las apreciaciones de Martí a propósito de Hugo y otros escritores franceses. En tan poco espacio y tiempo, me limitaré a señalar tres áreas necesitadas de mayor laboreo: el pensamiento, la política, y el arte y la literatura de Francia en relación con Martí. Por supuesto, los temas son hartos vastos, así que en cada caso haré sólo algunos comentarios. Y todos precedidos por esta imprescindible observación de Noël Salomon: “Ni qué decir tengo que esto no significa ‘eurocentrismo’ de mi parte, y no va en contra del profundo e innegable ‘americanismo’ de José Martí”. Observación que es útil complementar con esta otra, de Gabriela Mistral:

La primera, la segunda y la última impresión de la lectura de Martí, golpean con la originalidad antes que con cualquier otra cosa [...] fenómeno del Adán culto, del escritor que procede de sí mismo, pero que ha vivido y vive en medio del cortejo de los maestros [...] sin estropeo del acento propio.

Sin duda es así, pero siempre que se acepte entera la aparente paradoja según la cual Martí fue un “Adán culto”. Cualquier acento puesto en uno de los polos de esta balanza destruye el difícil equilibrio de su verdad: si enfatizamos su adanismo, vamos a parar a un torpe y estrecho color local; si procedemos de modo similar en lo tocante a su carácter “culto”, su pensamiento y su expresión se vuelven meramente una ecléctica taracea, una “manta de loca”, para decirlo con las palabras insustituibles del Maestro, “hecha de retazos de todas las sedas, cosidos con hilo pesimista, para que vea el mundo que se es persona de moda, que acaba de recibir la novedad de Alemania o de Francia”. Nada más lejos de mi propósito que deshacer en un sentido u otro el equilibrio de aquella verdad. Pero sí es imperativo, tras reconocer la originalidad de aquel hombre, inflexiblemente leal a su combate concreto para entender y mejorar el pedazo de mundo en que le tocó nacer, verlo dialogar, alto y digno, con el resto del mundo.

3

Sobre el pensamiento francés y Martí, tres momentos de aquél parecen particularmente requeridos de mayor atención: el ideario de Rousseau, el socialismo utópico, el positivismo.

A propósito de Rousseau, una observación martiana podría detenernos a la entrada misma: aquella de su discurso sobre Bolívar, de 1893, donde afirma desafiantemente: “¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!” Pero la observación no nos detiene si nuestro propósito no es hacer venir a nuestra América de Rousseau ni de nadie, sino averiguar cuánto pudo haber aprendido Martí, para sus propios fines, del autor de *El contrato social*. Pues tampoco se trata de hacer de nuestro “pequeño género humano”, según la definición bolivariana, una especie abruptamente cortada del resto de la historia. Precisamente en la medida en que vemos a Martí adquirir importancia cada vez mayor para la humanidad toda (y pocos destacaron este hecho con tanta energía y claridad como Noël Salomon), vemos también cómo su originalidad no fue robinsonismo, sino genuinidad; no aislamiento, sino autenticidad, que son cosas radicalmente distintas.

Volviendo, pertrechado de estas claridades, a Rousseau y Martí, ya apuntó criterios válidos sobre el tema Jean Lamore, en su comunicación “Sobre la idea de naturaleza en José Martí”, también presentada en el mentado coloquio. No es posible, para quien esté familiarizado con la obra de Martí, dejar de reparar en el papel que ocupa en esa obra el concepto de *naturaleza*, de *lo natural*. “Contra el verso retórico y ornado, / El verso *natural*”, excl-

mará en un poema. A su fraterno amigo mexicano Mercado, con referencia evidente a sus *Versos libres*, le preguntará, en carta del 14 de septiembre de 1882, si habrá “hallado al fin el molde *natural*, desembarazado e imponente, para poner en verso” sus “revueltos y fieros pensamientos”. En su artículo de 1884 “Maestros ambulantes”, dirá: “la cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia *naturaleza*”. En 1891, en su trabajo seminal “Nuestra América”, escribirá que en ella “los hombres *naturales* han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la *naturaleza*”. Y el 16 de abril de 1895, algo más de un mes antes de su muerte en combate, confesará desde la manigua a Carmen Mantilla, su abnegada compañera: “Puedo decirte que llegué al fin a mi plena *naturaleza*”. Es evidente que en estos casos los términos *naturaleza* y *natural* son polisémicos, y sus significados van desde la naturaleza americana hasta lo que en nuestro hombre *histórico* es genuino, propio. Por eso acierta Lamore cuando escribe:

Como Rousseau, también él [Martí] siente la convicción emocional de la identidad del hombre y la naturaleza [...]. Como para Rousseau, el hombre natural es tan bueno como pueda serlo y la depra-

vación viene de la sociedad [...]. Pero, como Rousseau, Martí no ha creído en un estado de naturaleza ideal del hombre.

Y también acierta Lamore cuando, más adelante, afirma:

El mismo Rousseau se ha guardado muy bien de predicar un retorno a la simplicidad de los primeros tiempos. En él, el recurso a la ficción del hombre natural tiende a condenar la desigualdad social, fruto de la historia. De este modo, Rousseau ha presentado como antinaturales el despotismo de la riqueza y de la fuerza. Por ello, el primitivismo se presenta como la fase negativa de un movimiento dialéctico, que el paso del tiempo condenaba a quedar inacabado. En cierto modo, Martí termina el movimiento dialéctico comenzado por Rousseau, incorporándole una visión realmente histórica de los pueblos colonizados y la intuición de las clases sociales [...]. El propio Martí es hombre natural, es decir que se siente realmente americano, y asume las realidades americanas.

Ahondar en las relaciones entre Rousseau — tal como nos lo presenta, por ejemplo, Galvano Della Volpe en su *Rousseau y Marx* — y Martí es tarea imprescindible, a la que Lamore ha hecho una contribución nada desdeñable.

En cuanto a Martí y el socialismo utópico francés —una de las tres fuentes del marxismo, según la clásica observación de Lenin—, un trabajo es esencial: el de Paul Estrade “Un ‘socialista’ mexicano: José Martí”, también leído en el coloquio bordelés varias veces citado. Al hablar en México, en 1875, de una huelga obrera, Martí señala (y Estrade recuerda): “Así nuestros obreros se levantan de masa guiada a clase consciente”, lo que hará decir a José Antonio Portuondo que con tal criterio el cubano “se aproxima notablemente al concepto marxista de *clase en sí y clase para sí*” (énfasis de Portuondo). Pero es lo cierto —y el propio Portuondo, entre otros, ha insistido en el tema— que ni entonces ni más tarde, cuando se hará evidente la asunción por Martí de lo que Julio Le Riverend ha de llamar posiciones “símili-marxistas”, aquél se identificará con el materialismo científico. Sí hay en Martí, al menos desde su estancia mexicana, coincidencias con lo que Engels llamará el “socialismo utópico”. Es obvio que Martí no utiliza esta expresión, como los hombres de la Edad Media, según la famosa humorada, tampoco se llamaban de tal modo a sí mismos. Lo que interesa es ver cómo —probablemente a través de la influencia de Juárez, en quien fue patente el sansimonismo— tal socialismo permeó, en medida no despreciable, el pensamiento martiano.

En otra parte he conjeturado que el concepto que expuso Martí de “el equilibrio del mundo”,

equilibrio que él entendía que había de decidirse en nuestra América, y en particular en su zona antillana, era de estirpe sansimoniana. A ello me inducían algunas observaciones hechas en 1836 por Michel Chevalier, entonces sansimoniano y luego de tortuosa vida política, quien postuló que “los progresos realizados por las poblaciones del Nuevo Mundo” tendrían entre otras consecuencias “políticamente la asociación de todos los pueblos, el equilibrio del mundo, del cual el equilibrio de Europa no es más que un detalle”. Pero terminé rechazando esa filiación, pues es más probable que Martí recibiera tal concepto de Simón Bolívar, en quien aparece antes que en Chevalier. Lo que no cabe dudar es que Martí elogió a quienes “con este nombre o aquél”, como dirá en carta de mayo de 1894 a su fraterno Fermín Valdés Domínguez, “buscan sinceramente [...] un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo”. Tal carta trata abiertamente de “la idea socialista”, y plantea los que Martí considera, acertadamente por cierto, “sus peligros”, lo que se complementa con estas palabras: “Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa. Muy bueno, pues, lo del 1° de mayo”.

El ojo enemigo de un artista español aplatanado en Cuba, Víctor Patricio de Landaluze, señaló

vínculos entre la Comuna, que Martí no llegó a comprender del todo, y la guerra revolucionaria de independencia iniciada en Cuba en 1868; de modo similar, el ojo enemigo, encarnado esta vez en José Ignacio Rodríguez, señalará en el Partido Revolucionario Cubano, organizado y dirigido por Martí hasta su muerte, un sentimiento “ eminentemente socialista y anárquico ”. Lo curioso es que ni el reaccionario colonialista Landaluze, en un caso, ni el reaccionario anexionista Rodríguez, en otro, andaban muy equivocados: la historia iba a demostrar que las guerras de liberación nacional y las revoluciones sociales formarían parte de una misma corriente; y que la presencia del marxista Carlos Baliño en la fundación del Partido Revolucionario Cubano martiano y el papel preponderante de “ los pobres de la tierra ” en aquel Partido apuntaban de modo necesario a futuros criterios propios del socialismo científico, que de Julio Antonio Mella a Fidel Castro iban a ser derivados de los postulados martianos. Pocos trabajos más urgentes, en este orden, que el que presente de manera sistémica las posturas martianas prosocialistas, aunque, no es ocioso repetirlo, no aparezcan con tal terminología en Martí.

En cuanto al positivismo, es bien conocido el rechazo que le mereció a Martí, tal como lo encontró en la América Latina, casi siempre como ideología privilegiada de burguesías dependientes. Dos polémicas de Martí sobre el punto son clásicas: la que

sostuvo en el Liceo Hidalgo, de México, en 1875; y la que sostuvo en el Liceo de Guanabacoa, Cuba, en 1879. En ambos casos, Martí defendió el espiritualismo y objetó el positivismo. Pero nada se entiende de esas polémicas si se olvida o ignora que, en el fondo, eran polémicas políticas, en las que Martí, a fin de cuentas, defendía las posiciones más revolucionarias.

Sin embargo, Alejo Carpentier ha señalado que “Martí admiraba a Taine”, lo que se hace evidente en varios pasajes de la obra martiana. Todavía esperamos el estudio del positivismo en Cuba —como el que Leopoldo Zea realizara sobre el positivismo mexicano y Ricaurte Soler sobre el argentino—. Pero en espera de ese estudio, y aunque Ángel Rama las haga derivar “de los postulados del historicismo romántico”, podría ser a Taine, y no al espiritualismo de Martí, al que hubiera que agradecer palabras como estas suyas en su memorable trabajo sobre Whitman, de 1887: “Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas”.

4

En la vida política francesa Martí reparó en varias ocasiones. Naturalmente, la gran revolución del 89

le ganó pronto, y para siempre, el corazón. En esto, no difiere de los auténticos libertadores latinoamericanos del siglo XIX. Sería agobiador reunir aquí las menciones que hace en su obra de aquella hazaña de indudable dimensión mundial. Es útil, sin embargo, reparar en lo que escribió en *La Edad de Oro*, revista para niños (pero no sólo para ellos) a propósito de la Exposición Internacional con que París conmemoró el centenario de aquella formidable eclosión. Tal texto martiano mereció de Luis Toledo Sande este comentario:

En su elogio de la Revolución francesa destacan, entre otros, los siguientes rasgos: condena el régimen monárquico feudal que empezó a ser definitivamente derrotado con aquella Revolución; pero, al mismo tiempo, la pupila con la cual se reconoce el logro no es la de la clase dominante de esa campaña, sino, por el contrario, una pupila centrada con simpatía en “los caballeros de veras, los que trabajaban en el campo y en la ciudad”. O sea, habla de ella con una visión opuesta a los holgazanes que vivían de lo que ganaban los trabajadores. Sin ello no puede comprenderse en qué se basaba su comprensión de que la Revolución francesa, con todas sus excelencias, sólo había representado un grado de liberación aún insuficiente: “ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los hombres a ser *tan esclavos como antes*” [cursivas de Luis Toledo Sande].

De esta manera, la visión martiana de la historia se aleja decididamente de las concepciones propias del liberalismo burgués, y se adentra en un democratismo revolucionario de los más altos vuelos.

En cuanto a la consecuencia política inmediata del 89, el gobierno de Napoleón, Martí llamó a este último en uno de sus ígneos *Versos libres* “El corso vil, el Bonaparte infame”; y en aquel texto de *La Edad de Oro*, añadió lo siguiente: “Vino a París un hombre atrevido y ambicioso, vio que los franceses vivían sin unión, y cuando llegó de ganarles todas las batallas a los enemigos, mandó que lo llamasen emperador, y gobernó a Francia como un tirano.” La perspectiva de Martí es la propia de un revolucionario antillano — Napoleón quiso (y logró parcialmente) reimplantar la esclavitud en las que habían sido Antillas francesas —, la misma perspectiva a partir de la cual Alejo Carpentier iba a escribir *El siglo de las luces* (1962).

El Martí que así se expresó era el de la madurez. Casi una década antes, al romper los años ochenta del siglo XIX, había dedicado varias de sus crónicas, especialmente enviadas al periódico venezolano *La Opinión Nacional*, a hechos coetáneos de la política francesa. El estudio más detallado de tales crónicas es hasta ahora el de las “Notas sobre Martí y la política francesa (1881-1882)” de Cintio Vitier: notas aún inéditas, que la generosidad de su

autor me ha permitido consultar. Tales trabajos no son los que más entusiasman en la obra martiana. O dicho con menos circunloquio: en ellos no siempre acierta Martí. Los elogios prodigados allí, por ejemplo, a Thiers, no son como para engolosinar. Pero no se puede enjuiciar tales textos al margen del estadio en que se encontraba entonces el desarrollo del propio Martí. A la sazón, él era un liberal que, aunque ya había visto aspectos negativos en el sistema imperante en Estados Unidos, confiaba aún en las bondades últimas de tal sistema. Trasladando sus criterios de entonces a la Tercera República Francesa de los años 1881 y 1882, veía allí con simpatía lo que estimaba un gobierno moderado, distante tanto de la reacción como de una izquierda cuyos reclamos estimaba excesivos o extemporáneos. No hay que olvidar que todavía en 1883, al opinar sobre Marx a propósito de su muerte, hará elogios del hombre que merecía honor porque se había puesto del lado de los débiles, pero le objetará que azuzara la lucha de clases. Evidentemente, al escribir sus crónicas del 81 y el 82 sobre la política francesa, Martí no sólo “no conocía el juicio de Marx sobre Thiers, estampado en su libro *La guerra civil en Francia*, cuya primera edición apareció en Londres en 1871”, según dice con razón Vitier, sino que hay razones para pensar que en aquel momento no hubiera compartido el punto de vista de esa obra.

Singularmente, en lo que sí acertó Martí desde muy pronto, porque era cuestión que lo tocaba en lo más vivo, fue en lo referente a las colonias: de Francia o de cualquier otro país. Así, en artículo publicado el 3 de octubre de 1881, escribe: “Esa guerra de Túnez en que la reparación del honor nacional es con tanta vivacidad exigida, que se confunde con el deseo indómito de agrandar [Francia] sus posesiones en el África”. Y más adelante: “Egipto contra Inglaterra; Túnez contra Francia; Argel complicada en la revuelta; Turquía azuzando a los tunecinos, y enviando tropas a Trípoli... ¿Son éstos por ventura hechos casuales?”. La respuesta a tales preguntas la habrá de dar el propio Martí en la crónica aparecida el 10 de octubre de aquel año:

Uno es el problema, dicho brevemente: se tiende a una gran liga musulímica, y a la supresión del poder europeo en la tierra árabe. Arranca de Constantinopla, invade el Istmo, llega a Trípoli y agita a Túnez la ola mahometana, detenida, no evaporada, al fin de la Edad Media.

Y también:

Presiéntese el acercamiento de la magna lucha entre el afán conquistador de los poderes europeos y el indómito anhelo de independencia de las colonias africanas. En otro tiempo fue de Francia el ansia

vivísima de poseer el Egipto, en tiempos de avaricia, deslumbramiento y gloria militar. Las reminiscencias de aquella política, la posibilidad vaga de regir definitivamente en Túnez, y los intereses que ha creado el Canal de Suez, apegan aún a Francia a aquella tierra de sus sueños, en que cegaron y murieron bajo el más atrevido de sus hijos [a quien, según ya hemos visto, Martí llamó “el Bonaparte infame”], sus bravos aguerridos veteranos [...] El Corán va a librar batallas al Libro Mayor: el espíritu de comercio intenta ahogar el espíritu de independencia: el hijo generoso del desierto muerde el látigo y quiebra la mano del hijo egoísta del viejo continente.

Ya no puede extrañar, leído lo anterior, que el Martí de la madurez, en 1889, escriba en su revista *La Edad de Oro* el penetrante trabajo “Un paseo por la tierra de los anamitas”. Sin duda para la mejor comprensión del dramático fenómeno indochino hubo de ayudar a Martí el haber vivido él dos años definitivos de su existencia en México, entre 1875 y 1876. Poco antes había tenido lugar allí la predatoria aventura que aspiraba a convertir a México, bajo la bota del Segundo Imperio, en lo que ha sido llamada la “Argelia americana”; experiencia tanto más reveladora cuanto que las tropas imperiales francesas que agredían al México de Juárez

interrumpieron por un momento esa tarea para ir a realizarla en Vietnam.

5

El arte y la literatura de Francia encontraron en Martí, con frecuencia, un entusiasta. Ya mencioné su conocida admiración por Víctor Hugo, que lo llevó a traducir en 1875 *Mes fils*, y a prodigarle al autor elogios que no miraban sólo al escritor, sino también a la altiva conciencia de aquel hombre que indudablemente merece un juicio mejor que la famosa y superficial *boutade* de André Gide. Para Martí, traducir a Hugo era “pensar en la mayor cantidad de castellano posible lo que él pensó, de la manera y en la forma en que lo pensó él, porque en Víctor Hugo la idea es una idea, y la forma otra. Su forma es una parte de su obra, y un verdadero pensamiento”.

Pero Martí fue mucho más allá de la influencia victorhuguesa, a veces devastadora en nuestra América. Según dijera en 1961 uno de los más constantes estudiosos de su obra literaria, Manuel Pedro González,

Martí fue el primero de nuestro idioma que funde y refunde en el acerado molde clásico los aliños y aderezos estilísticos de parnasianos, impresionistas

y simbolistas. Sorprende que sus exégetas no hayan reparado en la deuda de Martí a la prosa francesa de su época, siendo así que él mismo la admitió. Lo anterior parece indiscutible. Basta leer su editorial “El carácter de la *Revista Venezolana*”, aparecido en dicha publicación el 15 de julio de 1881, para que ello se haga patente.

Incluso Juan Marinello, quien en la década del cuarenta había subrayado la españolidad literaria de José Martí, y en la del cincuenta sostuvo con González una conocida polémica sobre la relación de Martí con el modernismo —polémica que en parte atañía a la función de determinadas influencias francesas sobre aquel movimiento literario hispanoamericano—, dijo en 1966:

El examen de la prosa de Martí nos ofrecería un balance sorprendente —asombroso— de la manera como su escritura se enriquece de novedades esenciales de los escritores franceses que son sus contemporáneos. Gracias a Francia y a sus grandes creadores, Martí nos da una prosa que brilla con resplandores imprevisibles, una prosa desconocida hasta entonces en el mundo hispánico. Sin la asimilación prodigiosa de los innovadores parisinos, el escritor cubano no habría llegado a una suma de calidades de expresión que le confieren un lugar original y elevado entre sus pares españoles y

latinoamericanos. ¿Se halla[n] en el español escrito de su tiempo el simbolismo, el cromatismo, la sinestesia, la imagen, la metáfora que lo distinguen de su época literaria? ¿Y dónde, sino en Francia, puede encontrárselos en aquel tiempo?

Ya en medio de aquella polémica, aunque sin generalizar como haría en 1966, Marinello había reconocido:

La influencia de la literatura francesa que le es contemporánea es evidente en la obra de Martí; y [...] ciertas sutiles invenciones de los líricos parisienses de su tiempo encuentran singular expresión en su escritura. [...] Nuestro amable contradictor cita el caso, en verdad agudo, de ese cromatismo sonoro que aparece en la “Sección constante”. Podrían citarse otros similares. Y ofrecerse una suma impresionante de sinestesias de raíz simbolista. *Amistad funesta* es buen muestrario. [...] Largo es el enjuiciamiento martiano de los poetas franceses que orientan el modernismo [...] Nuestro héroe reconoce maestría y originalidad en los nuevos escritores de París. Según él los Goncourt poseen “elegancia suma”; admira “el arte griego” de Gautier y la virtud cinceladora de Heredia. Es lector apasionado de Baudelaire [...]; le impone “la eternidad sombría de Leconte de Lisle” y muestra por Sully Prudhome [...] especial devoción [...].

Recordemos, a modo de ejemplo, lo que Marinello llama “ese cromatismo sonoro que aparece en la ‘Sección constante’”. Aunque ya Homero había hablado de “las cigarras de voz de lirio”, para entusiasmo de Alfonso Reyes, y a lo largo de la historia hay memorables ejemplos similares, es difícil negar que es a la Francia de finales del siglo pasado a la que debemos la entrada masiva de la sinestesia en las letras. Hela aquí, bajo aquella influencia, aparecer entre nosotros, armada de todas sus armas, en el párrafo que Martí hizo publicar, anónimamente, en la “Sección constante” de *La Opinión Nacional*, de Caracas, el 22 de diciembre de 1881:

Entre los colores y los sonidos hay una gran relación. El cornetín de pistón produce sonidos amarillos; la flauta suele tener sonidos azules y anaranjados; el fagot y el violín dan sonidos de color de castaña y azul de prusia, y el silencio, que es la ausencia de sonidos, el color negro. El blanco lo produce el oboe.

La nómina de escritores, artistas y movimientos estéticos franceses a los que Martí dedicó atención es abultada, si bien no existe en su obra (salvo, en cierta forma, el breve prólogo a su traducción de *Mes fils*, y su crítica temprana sobre “Flaubert’s last work: *Bouvard et Pécuchet*”) un trabajo amplio consagrado a un escritor o artista francés en par-

titular, como los que dedicara a Wilde, Emerson, Whitman o Vereschaguin. Esa nómina, buena parte de la cual encontró comentarios agudos en el estudio de Carpentier mencionado al principio, incluye, además de las que ya se han citado, a figuras como Racine, Corneille, Musset, Michelet, Sainte-Beuve, Balzac, Daudet, Dumas, Berlioz, Renan, Zola, Courbet, Gustave Moreau, Sarah Bernhardt, Eiffel, los poetas parnasianos o los pintores impresionistas. La crónica que dedica a estos últimos, a propósito de una exposición suya en Nueva York, en 1886, es uno de los momentos más altos de la crítica en lengua castellana. De tal crónica son estos párrafos:

Ninguno de ellos ha vencido todavía. La luz los vence, que es gran vencedora. Ellos la asen por las alas impalpables, la arrinconan brutalmente, la aprietan entre sus brazos, le piden sus favores; pero la enorme coqueta se escapa de sus asaltos y sus ruegos, y sólo quedan de la magnífica batalla sobre los lienzos de los impresionistas esos regueros de color ardiente que parecen la sangre viva que echa por sus heridas la luz rota: ¡ya es digno del cielo el que intenta escalarlo! [...] Esos son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, a la naturaleza. ¡Sólo los que han brega-

do cuerpo a cuerpo con la verdad, para reducirla a la frase o al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella! [...] Los pintores impresionistas vienen ¿quién no lo sabe? de los pintores naturalistas: —de Courbet, bravío espíritu que ni en arte ni en política entendió de más autoridad que la directa de la Naturaleza; de Manet, que no quiso saber de mujeres de porcelana ni de hombres barnizados; de Corot, que puso en pintura, con vibraciones y misterios de lira, las voces veladas que pueblan el aire. [...] De Velázquez y Goya vienen todos — esos dos españoles gigantescos [...] Toda rebelión de forma arrastra una rebelión de esencia. Y esa misma angélica fuerza con que los hijos leales de la vida, que traen en sí el duende de la luz, procuran dejar creada por la mano del hombre una naturaleza tan espléndida y viva como la que elaboran incesantemente los elementos puestos a hervir por el Creador, les lleva por irresistible simpatía con lo verdadero, por natural unión de los ángeles caídos del arte con los ángeles caídos de la existencia, a pintar con ternura fraternal, y con brutal y soberano enojo, la miseria en que viven los humildes.

Pero la figura apostólica, el dirigente revolucionario, sin dejar de reconocer sus altos méritos a creaciones francesas coetáneas (y aun de incorporar hallazgos de ellas a su propia obra), también expresó reservas frente a lo que podría convertirse

en otra forma de colonialismo: a propósito de este hecho, Marinello tuvo razón en la polémica citada. Desde sus días mexicanos de 1875 —cuando Martí asimiló e hizo suyos los mejores postulados de la Reforma— comenzó a abogar por un arte genuino, nacido orgánicamente de las exigencias de nuestra América. En Guatemala, en 1878, dice en prólogo a José Joaquín Palma, que el mimetismo literario “vale tanto [...] como apostasiar. Apostasías en literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria”. Y en 1881, en Caracas, escribe: “¿Será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y pernicioso de indagaciones de otros mundos [...]? —No: no es esa la obra.” Es cierto que al año siguiente, 1882, Martí postula: “Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas”, y que en su espléndido manifiesto de 1891 “Nuestra América” dijo: “Injérese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”. Es decir, que no hubo en él, ni pudo haberlo en quien diría en 1894 que “Patria es humanidad”, cerrazón localista alguna: su propia obra nutrida por todos los aires es la prueba mejor de su ecumenismo. Pero sí hubo en él la conciencia de que, junto al vasallaje político obvio en su isla y en otras porciones de la

América Latina y el Caribe, y apenas enmascarado en los restantes países de nuestra América, existía también un vasallaje cultural que, para reiterar sus palabras, a la vez que enflaquecía “el tronco [...] de nuestras repúblicas”, preparaba “muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria”. Y hay que decir que a sus ojos, en el reparto tácito de labores del capitalismo monopolista, si en lo tocante a la América Latina y el Caribe la sujeción económica y política, a fines del siglo XIX, iba a correr sobre todo por cuenta de la creciente metrópoli que eran Estados Unidos, aún éstos no podían imantar culturalmente a nuestros pueblos, contribuyendo así a desnacionalizarlos, y esa tarea era desempeñada por buena parte de la cultura francesa. Eso explica la preocupación martiana ante la excesiva presencia entre nosotros de ciertos elementos de tal cultura. A la luz de lo anterior se entiende mejor la inocultable preocupación de Martí cuando en 1890, al hablar del poeta Francisco Sellén, escribe:

Ahora, con el apetito de lo contemporáneo, lo accesible del idioma y el ansia loable de la perfección, lo que empieza a privar es lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho que decir, por lo que mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma, y tallan en piedra preciosa a veces, cazos de finas y menudas facetas,

donde vacían cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo en la ciudad sobrada de literatura; lo cual no ven de lejos los poetas de imaginación, o toman como real, por el desconuelo de su vida, los que viven con un alma estética, en pueblos podridos o aún no bien formados.

Y cuando tres años después, a propósito de la muerte de Casal, añade:

De él se puede decir que, pagado del arte, por gustar del de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con que los orífices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío ideal de su época transitoria.

En general, la opinión que le merece a Martí la cultura francesa coetánea puede sintetizarse en esta frase suya: “Francia está avergonzada de las cosas mezquinas que ha admirado, y ahora aguarda el momento cuando la lengua soberana de Théophile Gautier y Charles Baudelaire se halle animada por el corazón de Corneille”.

La que consideró “época de tránsito”, “época transitoria”, no ha terminado: pero no es éste el momento de ir más allá de los años de Martí. No hubo en él, por supuesto, desamor alguno por el pueblo

francés. Incluso lo llamó “magnífico Lázaro [...] el pueblo de que han de ufanarse y maravillarse los humanos”. Simplemente juzgó sus creaciones, como las de cualquier otro pueblo, sin beatería ni mimetismo colonial. Cuando en 1893 elogió a esa “familia en América”, a esa “generación literaria” de la que formaron parte Gutiérrez Najera, Casal y Darío, añadió que ella “pricipió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo”. Tal hecho, más que una realidad patente en 1893, era expresión de los deseos de Martí: deseos que se verían cumplidos sobre todo a partir de 1898, tres años después de su muerte. En todo caso, su enjuiciamiento de la cultura francesa de su tiempo se hizo en contrapunto, no en coincidencia, con el de los que iban a ser llamados modernistas.

ANTE LOS SUCESOS DE CHICAGO*

En 1987 se cumple un siglo de la fecha en que Martí se solidarizó con los mártires obreros asesinados en Chicago el 11 de noviembre de 1887, tras un proceso inicuo que duró año y medio, y mantuvo en vilo la opinión de Estados Unidos y del mundo todo. A raíz del ahorcamiento de dichos mártires, Martí escribió, para dos diarios hispanoamericanos en los que solía colaborar (*El Partido Liberal*, de México, y *La Nación*, de la Argentina), una de sus más dramáticas e importantes crónicas.¹

En ella expresó su adhesión a aquellos mártires, su comprensión de la causa por la cual, aun

* Leído con el título "A un siglo de cuando José Martí se solidarizó con los mártires obreros asesinados en Chicago", en el Encuentro Nacional de Estudios sobre José Martí, celebrado en el Centro de Estudios Martianos, La Habana, los días 8 y 9 de octubre de 1987.

¹ José Martí, "Un drama terrible", en *O. C.*, La Habana, 1963-1973, t. XI, p. 332.

cuando eran inocentes del crimen que se les imputaba, fueron inmolados. Después de una compleja evolución, Martí pudo escribir al frente de esa crónica que es uno de sus grandes honores: “Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen”.² Esta observación corona el crecimiento vivido por Martí frente a uno de los más relevantes momentos de las luchas obreras mundiales del siglo XIX. Recordemos de entrada que el Martí que se pronuncia inicialmente en relación con esos episodios no será el mismo que escriba su definitiva crónica año y medio después. Y esto hay que subrayarlo en homenaje suyo: pues en las varias correspondencias que entre mayo de 1886 y noviembre de 1887 dedica (a veces sólo parcialmente) al asunto,³ Martí evoluciona ante

² *O. C.*, t. XI, p. 333.

³ Se trata de las siguientes crónicas: “Correspondencia particular para *El Partido Liberal*”, fechada en Nueva York (como todas las demás) el 15 de mayo de 1886, y aparecida en dicho periódico el 29 de mayo de 1886: se recoge en *N.C.N.Y.*, pp. 19-30; “Grandes motines de obreros” y “Los obreros de Alemania y los de Estados Unidos”: se trata de una sola crónica, fechada el 16 de mayo de 1886, que reproduce la tercera parte de la anterior mexicana y fue publicada por separado en *La Nación* el 26 de junio y el 2 de julio de 1886, *O. C.* t. X, pp. 443-450, 450-456; “Correspondencia particular para *El Par-*

los ojos del lector de una manera que no es fácil encontrar en otros pasajes de su obra. Una vez más supo llegar a entender aspectos fundamentales de un acontecimiento de gran trascendencia para la humanidad, del cual tuvo conocimiento por vivir, con perspectiva de revolucionario anticolonialista, en el seno de la sociedad norteamericana durante las últimas décadas del siglo pasado.⁴

tido Liberal", fechada el 22 de agosto de 1886 y aparecida en dicho periódico el 10 de septiembre de 1886: se publicó también, como "El proceso de los siete anarquistas de Chicago", y fechada el 2 de septiembre de 1886, en *La Nación*, el 21 de octubre de 1886, *O. C.*, t. XI, pp. 53-61; "Correspondencia particular de *El Partido Liberal*", fechada el 17 de octubre de 1886 y aparecida en dicho periódico el 7 de noviembre de 1886, *N.C.N.Y.*, pp. 78-85; "Correspondencia particular de *El Partido Liberal*", fechada el 27 de octubre de 1886 y publicada en dicho periódico el 12 de noviembre de 1886, *N.C.N.Y.*, pp. 86-93; "Las ferias campestres", fechada el 22 de septiembre de 1887 y aparecida en *El Partido Liberal* [el 7 de octubre de] 1887, *O. C.*, t. XI, pp. 305-319; "Correspondencia particular para *El Partido Liberal*", fechada el 17 de noviembre de 1887 y aparecida en dicho periódico los días 27, 29 y 30 de diciembre de 1887: se publicó también, con el título "Un drama terrible" y fechada el 13 de noviembre de 1887, en *La Nación* el 1º de enero de 1888, *O. C.*, t. XI.

⁴ *Cfr.* José Cantón Navarro, "Influencia del medio social norteamericano en el pensamiento de José Martí", en *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo*, 2ª ed., La Habana, Editora Política, 1981. Me valdré en el presente trabajo, en más de una ocasión, de este libro.

En Estados Unidos, Martí encontró una poderosa clase obrera, con sus organizaciones, batallas y metas. Pronto respondió a estos hechos desarrollando criterios que había comenzado a mostrar en México. Pero antes de avanzar en este punto, es útil tener presente la opinión de un observador excepcional, Federico Engels, quien en 1887 escribió:

En febrero de 1885, la opinión pública norteamericana era casi unánime sobre este punto: que en Estados Unidos no existía clase obrera, en el sentido europeo de la palabra; que, por consecuencia, no había ninguna lucha de clases entre trabajadores y capitalistas, como la que desgarró a la sociedad europea, ni era posible en la república norteamericana; y que el socialismo era por tanto un acontecimiento de importación extranjera, incapaz de echar raíces en el país.⁵

Estas palabras de Engels son marco adecuado para acercarnos a las de Martí, que forcejearán con “la opinión pública norteamericana”, transgrediéndola en no pocas ocasiones, pero siendo influenciadas negativamente por ella en otras, sobre todo a

⁵ Federico Engels, “Prólogo a la edición norteamericana de 1887” de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. al español de M. Díaz G., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, p. 395.

raíz de producirse los sucesos de la plaza Haymarket, de Chicago, en mayo de 1886.

Significativamente, entre 1885 y mayo de 1886 Martí dedica varias de sus crónicas a las huelgas obreras cuya efervescencia iba en aumento, y que ayudan a comprender la terrible venganza que al cabo se tomará el amenazado sistema burgués contra los encausados en Chicago.⁶ Los lectores de Martí, pues, se encontraban bien informados sobre el ambiente combativo que vivía el movimiento obrero de Estados Unidos cuando estalló el drama de Haymarket.

El primero de mayo de 1886, en cumplimiento de un acuerdo tomado dos años antes por la Federación de Sindicatos Organizados (*Federation of Organized Trade and Labor Unions*) de Estados Unidos y Canadá, alrededor de trescientos cincuenta mil obreros en más de once mil establecimientos a

⁶ Se trata de las crónicas “El problema industrial en Estados Unidos”, fechada el 19 de septiembre de 1885 y aparecida en *La Nación* el 23 de octubre de 1885, *O. C.*, t. X, pp. 301-310; “La revolución del trabajo. Grandes huelgas”, y “Las huelgas en Estados Unidos”, fechadas ambas el 25 de marzo de 1886 y aparecidas por separado en *La Nación* el 7 y el 9 de mayo de 1886, *O. C.*, t. X, pp. 391-399 y 401-408; “Las grandes huelgas en Estados Unidos”, fechada el 27 de abril de 1886 y aparecida en dos partes en *La Nación* el 4 y el 6 de junio de 1886, *O. C.*, t. X, pp. 409-424; y “Los trabajadores se apaciguan”, fechada el 2 de mayo de 1886 y aparecida en *La Nación* el 19 de junio de 1886, t. X, pp. 435-438.

lo largo de Estados Unidos fueron a la huelga en demanda de la jornada laboral de ocho horas.⁷ Los obreros de Chicago estuvieron entre los más combativos del país tanto en la preparación como en la realización del memorable acontecimiento. Y un hecho local contribuía allí a exacerbar los ánimos: la presencia de esquiroles, protegidos por la policía, para hacer marchar la fábrica McCormick, cuyos obreros estaban en huelga por reclamar las ocho horas y otras demandas. Dejemos que Martí nos describa los hechos, en palabras de su crónica de 16 mayo de 1886:

El problema del trabajo se ha erguido de súbito, y ha enseñado sus terribles entrañas. [...] So pretexto de reclamar la reducción de las horas actuales de trabajo a ocho, ha culminado en batallas campales en las plazas, y en una especie de intentona y alistamiento generales el malestar que empezó con las huelgas de los ferrocarriles y *tranways* [...] todas las ciudades obreras se levantaron en los mismos días con una petición unánime.⁸

⁷ Philip S. Foner, *History of the Labor Movement in the United States*, 2ª ed., Nueva York, International Publishers, 1975, vol. 2, p. 96. Me valdré de otros datos aportados por este libro.

⁸ José Martí, *O. C.*, t. X, p. 445.

En sus crónicas iniciales (las del 15 y 16 de mayo de 1886, la del 2 de septiembre de 1886), es decir, sólo durante los primeros cuatro meses, Martí creará las cosas que “opinión, gobierno, prensa, clero, ¡qué! el trabajo mismo”,⁹ en palabras de Martí, vierten contra las llamadas “turbas de fanáticos” constituidas por inmigrantes (sobre todo alemanes) anarquistas. Podrá —y deberá— recordarse que Martí fue siempre hostil al anarquismo (que en Estados Unidos a veces tomaba el nombre de socialismo); que al escribir su homenaje a Marx en 1883, impugnó a una de las principales figuras del anarquismo en Estados Unidos, Most,¹⁰ y que la gran confusión ideológica que vivía entonces el proletariado en aquel país y mereciera la censura incluso de Engels¹¹ estaba lejos de ayudarlo a adquirir una comprensión justa del socialismo. Podrá —y deberá— recordarse también que en su juicio negativo hacia una parte de la inmigración no había xenofobia alguna, sino señalamiento del hecho real de que los regímenes atroces imperantes en los países de donde provenía esa inmigración no preparaban adecuadamente para las luchas de distin-

⁹ *Ibid.*, p. 449.

¹⁰ Al describir el homenaje rendido a Marx en Nueva York tras su muerte, dice Martí: “John Most habla palabras fanáticas”. José Martí, “Carta de Martí. Suma de sucesos”, *O. C.*, t. IX, p. 309.

¹¹ Engels, *op. cit.*, pp. 397-403.

to tipo que debían ser realizadas en unos Estados Unidos donde se disfrutaban relativas libertades. Esos recordatorios ya se han hecho.

Lo realmente notable, sin embargo, no es que Martí haya sido confundido en algunos puntos, durante un tiempo breve, por la gigantesca campaña; ni que, debido a ello, subrayara sus auténticas discrepancias con los anarquistas o sus reservas frente a grupos de inmigrantes: lo realmente notable es lo que Martí, en medio de aquella avalancha de burdas mentiras que se proponían mermar el prestigio del creciente proletariado norteamericano, pensó y escribió. Así, por ejemplo, en su crónica del 16 de mayo de 1886, apunta:

Pero entre los que azuzan desde las tribunas a los trabajadores [...] no hay sólo alemanes, no, sino patriarcas americanos, hombres de buena fe y alma profética, ancianos encanecidos en la creencia y propaganda de una época más justa, apóstoles a lo John Brown, aquel loco hecho de estrellas.¹²

Hay que conocer la admiración irrestricta que Martí sentía por los abolicionistas para apreciar esta comparación ¡con nadie menos que John Brown! Pero quizá cuando más nos impresione la

¹² José Martí, *O. C.*, t. X, p. 446.

audacia de su juicio sea cuando entre en la selva y nos diga:

Acá [en Estados Unidos] se acaba de ver, en el alzamiento general, en los arsenales anarquistas sorprendidos, en el desafío y locura de su prensa, en los motines y combates de Chicago, a la luz de los rifles y al estallido de las bombas, se acaba de ver que es colosal y viable el feto.¹³

Si así pudo manifestarse Martí incluso cuando creía, como no creyó luego, en “arsenales” y “locura”, no es extraño que en noviembre de 1887 nos diera ya una versión de los sucesos atendida a la realidad. Hela aquí:

Salía [dice Martí] de las segadoras de McCormick [en Chicago], ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente [...] se enroscaba [...] sobre el cielo azul. [...] A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada [del 3 de mayo] el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados [...] Y hasta ocho mil fueron llegando [...] arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, ¡y caen en trizas todos los cristales!

¹³ *Ibid.*, p. 447.

¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso!: ¡“aquellos, aquellos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!”, ¡piedras! [...] vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía [...] saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende [...] entierran los obreros seis cadáveres.¹⁴

Las agresiones llevaron a organizar en la plaza Haymarket, el 4 de mayo, un acto de protesta contra las brutalidades de la policía. El acto se celebraba sin incidentes, con discursos de Spies y Parsons, quienes después se retiraron de la plaza, lo que también hicieron el alcalde de la ciudad y la mayor parte de los asistentes, dando casi por finalizada la reunión. Estaba hablando Fielden. Entonces, volviendo a las palabras de la última crónica de Martí sobre la cuestión,

nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna: intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores: “¿qué hemos hecho contra la paz?” dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego. [...] Y entonces

¹⁴ José Martí, *O. C.*, t. XI, pp. 344 y 345.

se vio descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas [...] Repuesta la policía [...] salta por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten [...] Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza; otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza.¹⁵

Tales fueron los hechos, presentados por la palabra vívida de un Martí maduro. De inmediato, se desencadenó en forma implacablemente feroz el odio de clase de los patronos de Estados Unidos: un odio que había crecido a medida que crecía la fuerza del proletariado de aquel país, y se hacía patente en numerosas huelgas y sobre todo en lo que Engels llamó “el *gran movimiento de las ocho horas*”.¹⁶ Tres días después del estallido de ese movimiento, lo ocurrido en la plaza Haymarket ofreció a los opresores yanquis una oportunidad que

¹⁵ *Ibid.*, pp. 346 y 347.

¹⁶ Engels, *op. cit.*, p. 395. Cursivas de Federico Engels.

no desperdiciarían. Editores, oradores, dirigentes obreros fueron arrancados de sus casas o talleres, aunque uno al menos (Parsons) no fue hallado por la policía y se presentó voluntariamente. De los centenares de obreros arrestados, ocho fueron finalmente escogidos para ser llevados a juicio: Albert R. Parsons, August Spies, Samuel J. Fielden, Michael Schwab, Adolf Fischer, George Engel, Louis Lingg y Oscar Neebe. Los primeros retratos que Martí trazara de ellos no son dignos de su pluma, y revelan qué grande llegó a ser la conspiración contra aquellos hombres cuando incluso alguien tan profundo y tan independiente como Martí pudo estar engañado unos meses.

El veredicto del jurado, que se hizo público el 20 de agosto de 1886, consideraba culpables a los acusados, implicó quince años de prisión para Neebe y ahorcamiento para los demás. A raíz de este hecho, Martí escribió su tercera crónica sobre los sucesos, la última en que daría una versión negativa de los héroes obreros de Chicago, a quienes llama allí “meras bocas por donde ha venido a vaciarse sobre América el odio febril acumulado durante siglos europeos en la gente obrera”.¹⁷

Además de las razones que he mencionado ya, debe tenerse en cuenta que indudablemente en esa

¹⁷ José Martí, “El proceso de los siete anarquistas de Chicago”, *O. C.*, t. XI, pp. 55.

fecha Martí sobrevaloraba las virtudes de la democracia burguesa estadounidense de entonces. Por eso se pregunta:

¿Quiénes podrán más, los obreros moderados que con la mira puesta en una reorganización social absoluta se proponen ir hacia ella elaborando por medio de su voto unido las leyes que les permitan realizarlo sin violencia, o los que con la pujanza de la ira acumulada siglo sobre siglo, en las tierras despóticas de Europa, se han venido de allá con un taller de odio en cada pecho?¹⁸

Su opinión se inclina inequívocamente en favor de los primeros. De ahí que exprese su acuerdo con la Orden de los Caballeros del Trabajo, con Henry George, con los procedimientos evolutivos en esta esfera, posibles y necesarios, según él, en Estados Unidos de 1886. La otra vía implicaba a sus ojos “odiosas violencias [...] salpicaduras de su fango ensangrentado que, con la rabia de los que mueren, echa sobre América triunfante, como una reina desdentada, la Europa iracunda”. Llega incluso a hablar de los “policías heroicos”.¹⁹

Estas opiniones martianas de entonces no las mantendrá a finales de 1887. Es más: ya habrá rec-

¹⁸ José Martí, “Grandes motines de obreros”, *O. C.*, t. X, p. 447.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 447, 448 y 454 respectivamente.

tificado al menos varias de ellas cuando el 17 de octubre de 1886 escriba para *El Partido Liberal* una crónica que había permanecido desconocida desde su publicación en ese periódico hasta que Ernesto Mejía Sánchez la dio a conocer en 1980.²⁰ En esa crónica comenta la visita a Nueva York de Lucy Parsons,²¹ la compañera de Albert Parsons, quien recorría el país explicando la verdad del proceso de Chicago. No cabe duda de que esa visita conmovió a Martí. Además, en octubre, poco antes de la llegada a Nueva York de Lucy Parsons, los condenados de Chicago habían tenido la ocasión de hablar en el juicio, y sus intervenciones fueron formidables alegatos de los que acaso alguna prensa estadounidense se hiciera eco. Lo cierto es que la crónica que le dedica Martí a Lucy Parsons comienza con esta cita: “Santo es el mismo crimen, cuando nace de una semilla de justicia. El horror de los medios no basta en los delitos de carácter público a sofocar la simpatía que inspira la humanidad de la intención. El verdadero culpable de un delito no es el que lo comete, sino el que provoca a cometerlo.”²² De inmediato, escribe Martí:

²⁰ *N.C.N.Y.*, pp. 78-83.

²¹ *Cfr.* Carolyn Ashbaugh, *Lucy Parsons. American Revolutionary*, Chicago, 1976.

²² José Martí, “Correspondencia particular de El Partido Liberal”, *N.C.N.Y.*, p. 78.

eso parecía decir ayer a los que observaban de cerca la reunión de los anarquistas en New York. ¿Y se creía que la sentencia a muerte de los siete anarquistas de Chicago [...] los había hecho enmudecer? ¡Como una condecoración llevan al pecho desde entonces hombres y mujeres la rosa encarnada!²³

Más adelante añade:

no es en la rama donde debe matarse el crimen, sino en la raíz. No es en los anarquistas donde debe ahorcarse el anarquismo, sino en la injusta desigualdad social que los produce [...] Los anarquistas no temen al sacrificio, y aun lo provocan, como los héroes cristianos. Sus sufrimientos explican su violencia; pero esta misma parece menos repugnante por la generosa pasión que los inspira.²⁴

Sintetiza la ardiente exposición de Lucy Parsons y comenta luego:

¿Por qué no ha de decirse? Esa mujer habló ayer con todo el brío de los grandes oradores. Rebosaba la pena; es verdad, en los corazones de los que la oían; y auditorio conmovido quiere decir orador triunfante; pero a ella, más que del arte natural con

²³ *Loc. cit.*

²⁴ *Ibid.*, p. 79.

que gradúa y acumula sus efectos, le viene su poder de elocuencia de donde viene siempre, de la intensidad de la convicción [...] no pide merced para los condenados a muerte, para su propio marido, sino denuncia las causas y cómplices de la miseria que lleva los hombres a la desesperación [...] “¡Ah, la prensa, las clases ricas, el miedo a este levantamiento formidable de nuestra justicia ha[n] falseado la verdad en ese proceso ridículo e inicuo! [...].”²⁵

Estos argumentos encontraron en Martí una noble resonancia. A partir de esta fecha, a sólo cinco meses de los sucesos de Haymarket, no hará sino avanzar en su comprensión de los hechos.

No se conoce —pero no es imposible que exista— una crónica de Martí escrita a raíz del 27 de noviembre de 1886, cuando el magistrado superior de la Corte Suprema del Estado de Illinois pospuso la ejecución de los siete sentenciados, los cuales debían haber sido ejecutados el próximo 3 de diciembre. Pero sí se conserva la crónica escrita por Martí el 22 de septiembre de 1887, al saberse que la Suprema Corte de Illinois había ratificado el veredicto de la corte inferior, y que los sentenciados serían ahorcados el 11 de noviembre.

Parte del fragmento del trabajo que Martí dedica al hecho está consagrado a dos mujeres vincu-

²⁵ *Ibid.*, pp. 81 y 82.

ladas a los reos: de Lucy Parsons (de quien se había vuelto a ocupar positivamente en su correspondencia del 27 de octubre de 1886)²⁶ dice que tiene el mismo fuego de Vera Zasulich;²⁷ sobre Nina Van Zandt, quien se ha casado por poder con “el apuesto periodista Spies”,²⁸ añade: “Y el mismo Chicago, donde parece por lo unánime de la opinión ser irremediable la muerte de estos hombres, ya no se burla de aquel dolor donde es visible la virtud.” De los condenados, escribe: “Apenas hay quien crea que entre los ocho [*sic*] llamados a morir, está el que lanzó la bomba”.²⁹

Ya no pueden extrañarnos las ideas que Martí expondrá en su impresionante crónica final sobre los sucesos, aquella en que describirá con rasgos de Goya la ejecución de los mártires, que al cabo serán cuatro: la víspera del crimen, Fielden y Schwab verán su condena cambiada por cadena perpetua,³⁰ y Lingg encontrará la muerte por asesinato o suicidio. Pero Martí no sólo pintará con tonos inolvidables el fin de aquellos hombres, sino que hará una

²⁶ “Correspondencia particular de El Partido Liberal”, fechada el 27 de octubre de 1886 y aparecida en aquel periódico el 12 de noviembre de 1886. *Ibid.*, pp. 86 y 87.

²⁷ José Martí, “Feria campestre”, *O. C.*, t. XI, p. 310.

²⁸ *Loc. cit.*

²⁹ *Ibid.*, p. 311.

³⁰ En 1893 el gobernador de Illinois, John Peter Altged, indultó a Fielden, Schwab y Neebe.

síntesis de lo ocurrido desde el 4 de mayo de 1886 hasta la fecha, y enjuiciará los hechos con justicia. He aquí cómo Martí evalúa la importancia del proceso:

Jamás, desde la Guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar sólo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.³¹

Lo que de hecho ha ocurrido, más allá de los detalles accidentales, es lo siguiente:

Amedrentada la república por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras [...], por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse, por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos [...] a las tremendas capas nacientes.³²

³¹ José Martí, "Un drama terrible", *cit.*, p. 334.

³² *Loc. cit.*

Es decir, que Martí ve ya inmediato en Estados Unidos el deslinde de su población entre opresores y oprimidos existente en Europa. No otra cosa diría por entonces Engels, al afirmar que entre 1885 y 1887

se ha llevado a cabo en la sociedad norteamericana una revolución que hubiera requerido por lo menos diez años en cualquier otro país [...] Las causas que han cavado el abismo entre la clase trabajadora y la clase capitalista son las mismas en Estados Unidos y Europa; los medios de llenar ese abismo son los mismos en todas partes.³³

Esta convicción es uno de los puntos nodales del trabajo de Martí. Sobre ella vuelve en más de una ocasión. Así, dirá: “Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos”.³⁴ Pero quizá cuando de modo más relampagueante aparezca esa triste convicción sea cuando, después de presentar las durezas de la vida del obrero en Estados Unidos, exclame: “¡América es, pues, lo mismo que Europa!”³⁵ Atrás ha quedado en Martí

³³ Engels, *op. cit.*, pp. 395 y 397.

³⁴ José Martí, “Un drama terrible”, *cit.*, p. 335.

³⁵ *Ibid.*, p. 338.

la idea de que en la democrática “América triunfante” los obreros puedan resolver por vía pacífica lo que requiere métodos violentos en la “reina desdentada, la Europa iracunda”.

Sobre este punto concreto de los métodos, dirá sin equívocos Martí: “Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento”.³⁶

En cuanto al caso específico del proceso, que al principio creyó ejemplo de la bondad del sistema, ¿qué dirá ahora Martí?

Los testigos [afirma] fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio [...]. Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley [...].

Y aún más: “La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte”.³⁷

³⁶ *Ibid.*, p. 337.

³⁷ *Ibid.*, pp. 387-349.

Sobre la prensa, que tan alta opinión le merecía, acota ahora Martí: “La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas”.³⁸ La que Martí había creído heroica policía es ahora vista a luz bien distinta: “La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea [a los obreros] y asesina.”³⁹ Y también: “la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida [...] mataba [...] a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño”.⁴⁰

En resumen: tanto en Europa como en América (en los países de desarrollo capitalista, diríamos ahora), “ellos [los obreros] son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje”,⁴¹ hay que cambiar la que llamará luego “esta civilización de esbirros y mastines”.⁴²

³⁸ *Ibid.*, p. 349.

³⁹ *Ibid.*, p. 338.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 339.

⁴¹ *Ibid.*, p. 338.

⁴² *Ibid.*, p. 353.

Para apreciar en todo su valor el juicio abiertamente positivo que Martí emitió sobre los mártires obreros de Chicago, y las conclusiones radicales que extrajo de todo el hecho, hay que saber que Terence Powderley, la cabeza de los Caballeros del Trabajo, condenó hasta el último momento a dichos mártires.⁴³ Martí, pues, disintió en esto abiertamente de un hombre a quien en otras ocasiones no le escatimó elogios.

El escaso tiempo de que dispongo no permite abordar cuestiones que ocurrieron paralelamente a los sucesos de Chicago, como la constitución de un tercer partido, obrero, en Estados Unidos, desgraciadamente bajo la conducción vacilante de Henry George; el papel allí de los socialistas; el caso del padre McGlynn, al cabo excomulgado por sus simpatías en favor de aquel partido en relación con el cual se mantuvo más firmemente que el propio George. Martí comentó estos hechos y también creció con ellos.

No es posible dejar de subrayar ese crecimiento en Martí. Sin la forma apasionada y lúcida como se sintió involucrado en los grandes acontecimientos obreros ocurridos en Estados Unidos entre 1886 y 1887, ¿le hubiera escrito esto a Serafín Bello, el 16 de noviembre de 1889?:

⁴³ *Cfr.* Philip S. Foner, *op. cit.*, p. 113: "Powderly incluso dijo que más que un voto de simpatía, la Orden debía a los condenados 'una deuda de odio'".

Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes [...] la riqueza se acumula generalmente con sacrificios de la honra [...] El corazón se me va a un trabajador como a un hermano [...] A los elementos sociales es a lo que hay que atender, y a satisfacer sus justas demandas, si se quiere estudiar en lo verdadero el problema de Cuba.⁴⁴

Este es el Martí que se vincularía en poco tiempo con los obreros de la diáspora cubana, que entendería sus huelgas y sus planteos, y que haría realidad, con ellos como columna vertebral, el Partido Revolucionario Cubano y la nueva etapa de la guerra de liberación.

Quede para otra ocasión acercar la forma vigilante como Martí apreció en los años ochenta del siglo XIX el creciente movimiento obrero en Estados Unidos; y apreció al finalizar esa década, y abrirse otra, brotar de la cabeza del sistema yanqui, armada ya de todas sus armas, la política panamericana, la política imperialista que, con sus migajas, mellaría temporalmente el filo de parte considerable del proletariado estadounidense.

La Habana, octubre de 1987.

⁴⁴ José Martí, "Carta a Serafín Bello de 16 de noviembre de 1889", *O. C.*, t. I, pp. 253 y 254.

UN PERIODISTA ARGENTINO LLAMADO JOSÉ MARTÍ*

El honor que hoy recibo, uno de los mayores de mi vida, lo agradezco profundamente no ya en lo personal (bien sé que tocante a ello se debe a ese noble sentimiento de que habla el proverbio popular tan caro a Martí: “amor con amor se paga”), sino en atención a la solidaridad y el valor de las autoridades de esta alta casa de estudios que tomaron la generosa decisión de otorgármelo. Pues quien les habla tiene antiguas y renovadas convicciones heréticas que desde luego son mal vistas por los poderosos, y no están de moda, especialmente en este capítulo gris de la historia. Aquellas autoridades no ignoran, pues, lo que implica su decisión.

* Leído el 10 de septiembre de 1993 al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires, ocasión en que además se inauguró allí la Cátedra José Martí.

En la que, por otra parte, veo la permanencia, al margen de acuerdos o desacuerdos atendibles, de una hermosa conducta de la que hace más de tres décadas tuve ya prueba inolvidable.

Cuando en 1961 vine por primera vez a Buenos Aires, regía esta institución un eminente maestro de filosofía cuya obra admiraba y admiro, y a quien le había escuchado conferencias en mi país. Me refiero, claro está, a Risieri Frondizi. Junto al Decano de mi Facultad en la Universidad de La Habana, lo visité entonces, con el ruego de que nos sugiriera profesores de ideas afines a las nuestras, en sentido amplio, para auxiliarnos en el difícil experimento, de raíz martiana y complejo horizonte, que poco antes se había iniciado en la isla caribeña. Actuando de modo similar a las presentes autoridades, el Rector Frondizi, al margen de cuales hayan sido sus opiniones sobre el osado y amenazado experimento, tuvo la firmeza personal y la fraternidad universitaria de acceder a la solicitud e indicarnos profesores jóvenes que iban a enriquecer nuestro ámbito intelectual, y por añadidura a devenir amigos queridos. La gratitud que esta tarde reitero al maestro Risieri Frondizi y al hoy también maestro León Rozitchner (que fue uno de aquellos audaces y brillantes jóvenes propuestos por él) se suma a la que deberé siempre a quienes conducen con lucidez y decoro esta Universidad, Alma Mater de Premios Nobel, sabios ilustres y

dignos ciudadanos, que es orgullo de la cultura de nuestra América y a la cual me han vinculado con tanta largueza.

Correspondo mínimamente a la distinción recibida con el trabajo que leeré, y se limita a subrayar uno de los muchos vínculos entre la Argentina y Cuba. Martí ha encontrado en este país estudiosos admirables, de cuyos aportes me he valido libremente. Además de obras de autores que más adelante citaré, he consultado con provecho textos de amigos y conocidos como Fryda Schultz de Mantovani, Raimundo Lida, Enrique Anderson Imbert, Alfredo A. Roggiano, Tulio Halperin Donghi, Ana Goutmann, Noé Jitrik, Rosalba Campra, Arturo Andrés Roig o David Lagmanovich; y también de autores que no tuve el placer de encontrar personalmente, como Luis Franco o Juan Carlos Ghiano. De personas como ellas (la enumeración no pretende ser exhaustiva) provienen los datos, pero varias de las interpretaciones y todos los desvaríos los asumo como propios.

* * *

El 4 de enero de 1887 apareció en *La Nación*, de Buenos Aires, “La libertad iluminando al mundo”, una carta abierta donde Sarmiento, tras haber leído la crónica sobre la inauguración en Nueva York de la Estatua de la Libertad, publicada por Martí

tres días antes en ese periódico, escribió a Grousac (quien, por cierto, desatendió la solicitud):

[...] pídele su concurso para llevar a todas partes, con el francés, que es la lengua universal del espíritu humano, la palabra americana, genuina, sintiendo a selva virgen, a cascada del Niágara, a cadena de los Andes, a corrientes de aguas como el Mississippi o el Plata, a Pampa, en fin [...] Tuvo la inauguración de la Estatua, que es la del advenimiento de la libertad, por historiógrafo a Martí, un cubano, creo, y usted verá que sus emociones son las del que se asoma a la caverna de los cíclopes, u oye la algazara de los titanes, o ve rebullirse el mundo futuro [...] Y bien, todas las grandezas que Martí, nuestro representante de la lengua castellana, ha sentido, acogido y descrito, van a quedar en Buenos Aires, y pasar como ráfaga perfumada de una hora para dar lugar a nuestro aire de saladero, de pantano, de mugre política y de cólera morbus; y aquí viene el objeto de esta carta, y es pedirle que traduzca al francés el artículo de Martí, para que el teléfono de las letras lo lleve a Europa, y haga conocer esta elocuencia suramericana áspera, capitosa, relampagueadora, que se cierne en las alturas sobre nuestras cabezas. Tradúzcala usted [...] En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal [...]. Deseo

que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos.

El elogio, tan estremecedor como incisivo, remite a la obvia similitud de los talentos y los bramidos de Sarmiento y Martí, a pesar de varias opiniones divergentes sobre una de las cuales volveré. Llama la atención que Sarmiento vacilase en cuanto al país donde nació Martí, por cuanto este último no le era desconocido: al menos tres veces lo había citado ya, y en una de ellas colocándolo entre los mayores escritores que colaboraban en *La Nación*. Aquella duda revelaba en él sanjuanino desinterés por la patria chica del corresponsal: lo que le importaba era que se tratase de “nuestro representante de la lengua castellana”. Y en efecto, desde 1882 Martí se había convertido (al parecer por mediación del cónsul argentino Carlos Carranza) en corresponsal de *La Nación* en Nueva York, y seguiría siéndolo durante una década.

Hacia 1936 Frida Weber consideró de modo global las colaboraciones de Martí en el gran diario argentino entre 1885 y 1890. Y ya a raíz de la muerte de Martí, en 1895, Rubén Darío había evocado memorablemente el conjunto de aquellas colaboraciones:

Allí aparecía [escribió Darío] Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas [...] Aquella *Nación* colosal, la *sábana* de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. [...] Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un Puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos, oh, sí!, mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si Manitu mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las *Hojas de hierba*.

Varios grandes honores recibió Martí de *La Nación*. No fue el menor de ellos el mentado elogio hecho por Sarmiento, el más impresionante que como escritor recibió durante su vida, y que aún ahora, más de un siglo después, puede hombrearse con cualquier otro. Además, *La Nación* publicó el más bello obituario que se le dedicó a Martí, recién

caído en combate: el que le consagró, con admiración y ternura superiores, aquel a quien había llamado “hijo” mientras él lo proclamaba “Maestro”, Rubén Darío, quien incluyó en su libro *Los raros* el obituario, del que ya he citado unas líneas y citaré otras. Aún merece destacarse un tercer hecho: el 20 de octubre de 1887, el año del elogio de Sarmiento, Martí escribió a su gran amigo uruguayo Enrique Estrázulas: “*La Nación* me manda a buscar desde Buenos Aires: claro que no puedo ir, con mi tierra sufriendo a la puerta, que algún día pueda tal vez necesitarme.” A esta llamada se sumó que en octubre de 1889 la Asociación de la Prensa de la Argentina, donde *La Nación* era determinante, le comunicó que lo había designado socio corresponsal en Estados Unidos y Canadá. No es extraño que en 1890 Martí fuera nombrado cónsul de la Argentina en Nueva York, donde lo era del Uruguay y lo sería poco después de Paraguay.

En enero de 1887, cuando ya ejercía el consulado uruguayo, murió el padre de Martí. Es pues seguro que fue alguna de las distinciones que a partir de aquel año, directa o indirectamente, *La Nación* concedió a Martí la que lo llevó a escribir, en la segunda mitad de 1890, este poema que recogería al año siguiente en sus autobiográficos *Versos sencillos*:

Cuando me vino el honor
de la tierra generosa,

no pensé en Blanca ni en Rosa
ni en lo grande del favor.
Pensé en el pobre artillero
que está en la tumba, callado:
pensé en mi padre, el soldado:
pensé en mi padre, el obrero.
Cuando llegó la pomposa
carta, en su noble cubierta,
pensé en la tumba desierta,
no pensé en Blanca ni en Rosa.

Pero no obstante la simpatía y el respeto que *La Nación* dispensó siempre a Martí, las relaciones de este con aquella no fueron —no podían ser— idílicas, debido a intereses extraperiodísticos. Tales intereses alguna vez eran en lo esencial políticos, como cuando el periódico cambió el título (y consiguientemente quiso cambiar el sentido) de la crónica martiana aparecida el 17 de abril de 1889 con el nombre “Narraciones fantásticas” y la siguiente “N[ota] de la D[irección]”:

Martí ha querido darnos una prueba del poder creador de su privilegiada imaginación, enviándonos una fantasía, que por lo ingenioso del tema y lo animado y pintoresco del desarrollo escénico, se impone al interés del lector. [...] Solamente a José Martí, el escritor original y siempre nuevo, podía ocurrírsele pintar a un pueblo, en los días adelanta-

dos que alcanzamos, entregado a las ridículas funciones electorales, de incumbencia exclusiva de los gobiernos, en todo país paternalmente organizado.

Otras veces, los intereses eran además sociales y comerciales. Y esto se puso de manifiesto, con brusca sinceridad, a propósito de la *primera* colaboración de Martí para *La Nación*, que la publicó el 13 de septiembre de 1882. En tal colaboración, Martí se ocupó de algunos asuntos que en nada alteraban al periódico. Pero, además, abordó otra cuestión, de la siguiente manera:

Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros. Para los primeros son el crédito en los bancos, las esperas de los acreedores, los plazos de los vendedores, las cuentas de fin de año. Para el obrero es la cuenta diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el pobre trabajó para ellos por la mañana. Y el capitalista holgado constriñe al pobre obrero a trabajar a precio ruin. [...] Para el capitalista, unos cuantos céntimos en libra en las cosas de comer, son apenas una cifra en la balanza anual. Para el obrero, esos centavos acarrear, en su existencia de centavos, la privación inmediata de artículos elementales e imprescindibles. El obrero pide salario que le dé modo de vestir y comer. El capitalista se lo niega. Otras veces, movido del conocimiento del excesivo

provecho que reporta al capitalista un trabajo que mantiene al obrero en pobreza excesiva, —rebélase este último, en demanda de un salario que le permita ahorrar la suma necesaria para aplicar por sí sus aptitudes o mantenerse en los días de su vejez. [...] ya estas rebeliones no son hechos aislados.

Juicios de este tenor, y es de suponer que más severos aún, motivaron lo esencial de lo que Bartolomé Mitre y Vedia —quien a la sazón hablaba a nombre del periódico— escribiera a Martí el 26 de septiembre de aquel año:

La supresión de una parte de su primera carta [Martí enviaba sus artículos al periódico en forma de cartas: correspondencias], al darla a la publicidad, ha respondido a la necesidad de conservar al diario la consecuencia de sus ideas, en lo relativo a ciertos puntos y detalles de la organización política y social y de la marcha de ese país. Sin desconocer el fondo de verdad de sus apreciaciones y la sinceridad de su origen, hemos juzgado que su esencia, extremadamente radical en la forma absoluta en las conclusiones, se apartaba algún tanto de las líneas de conducta que a nuestro modo de ver, consultando opiniones anteriormente comprendidas, al par que las conveniencias de empresa, debía adoptarse desde el principio, en el nuevo e importante servicio de correspondencias que inaugurábamos. La parte

suprimida de su carta, encerrando verdades innegables, podía inducir en el error de creer que se abría una campaña de “denunciación” contra Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico [...] Su carta habría sido todo sombras si se hubiera publicado como vino [...] Habla a Ud. un joven que tiene probablemente mucho más que aprender de Ud. que Ud. de él, pero que tratándose de una mercancía, —y perdone Ud. la brutalidad de la palabra, en obsequio a la exactitud—, que va a buscar favorable colocación en el mercado que sirve de base a sus operaciones, trata, como es su deber y su derecho, de ponerse de acuerdo con sus agentes y corresponsales en el exterior acerca de los medios más convenientes para dar a aquélla todo el valor de que es susceptible.

Es decir, que la inicial colaboración martiana para *La Nación* fue censurada. Nunca sabremos, pues, cómo fue ella en su totalidad. Tenemos que intentar reconstruirla arqueológicamente a partir de los restos, como se intenta hacer con las ruinas. Nos queda, sin embargo, el descarnado e inteligente testimonio de quien, como Pausanias con respecto al mundo helénico, tuvo acceso a la pieza antes de ser mutilada.

La primera vez que, siendo muchacho, leí la citada carta de Mitre y Vedia, me hirvió la sangre. Hoy, cuando está en boga el lenguaje cacaseno, y

las mismas (y mucho peores) cosas son dichas por propietarios y sus amanuenses valiéndose de grandes palabras en las que no creen un adarme, agradezco la honrada franqueza de esa carta en que a la mercancía y a las conveniencias de empresa se las llama así, dejándose en paz términos y postérminos espirituales vilmente manoseados entonces y en especial ahora. Pero para Martí el hecho debió haber sido un trago amargo. Sobre todo porque ese mismo año había decidido interrumpir sus colaboraciones en *La Opinión Nacional*, de Caracas, ante exigencias similares: en realidad más graves aún, pues allí no sólo se le cortaban páginas y se le pedía no hacer críticas acerbas a Estados Unidos, sino que se le pedía además simplificar, banalizar, asumir aires ultramontanos, no rozar en consecuencia al Papa, y hasta elogiar al tirano local. En esta nueva ocasión, en que las exigencias eran sin duda menores, y además se le trataba con delicadeza personal, Martí respondió con una carta hábil y amistosa, y retuvo así la importante tribuna de *La Nación*. Pero el conjunto de tales medidas explica las líneas que el 18 de mayo de 1895, la víspera de morir en combate, Martí escribiera a su fraterno confidente mexicano Manuel A. Mercado, en carta que se ha considerado su testamento político:

ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo que

se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin [...] impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia [...] Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David.

Además de transmitir otras verdades obvias, Martí indica en esa carta cómo leer muchos de sus trabajos periodísticos: escritos, por obligación, con reticencia y “como indirectamente”, deben ser descodificados, para restituirles su recto sentido, el cual implica esa crítica al sistema imperante en Estados Unidos que desde el primer momento detectó con agudeza *La Nación*. Ahora bien, como las correspondencias martianas para este diario versaban sobre aquel país, se comprenderá la frecuente tensión a que Martí debía someterse para cumplir el cometido que se esperaba de él sin traicionar su conciencia. Cualquier lector objetivo de tales pá-

ginas sabe, empero, que si bien allí Martí hizo admirar no pocas realidades de la gran nación, logró también deslizar observaciones críticas en cuanto oportunidad se le presentó. Por algo cuando conoció el elogio descomunal que le hiciera Sarmiento (elogio que lo conmovió hondamente, pues apreciaba el alto valor de aquel a quien llamó “el verdadero fundador de la República Argentina, y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante”), escribió a su íntimo Fermín Valdés Domínguez: “sospechaba, por mis opiniones sobre Estados Unidos, no tan favorables como las tuyas, que [Sarmiento] no era muy mi amigo”. No estaba desencaminado Martí, pues algo después de aquel elogio el autor de *Facundo* lo atacó con la misma vehemencia con que lo había exaltado, y con semejante voluntad de justicia, por discrepar de su manera de presentar aspectos de la vida en Estados Unidos. Esta vez Martí no llegó a conocer el artículo, que sólo vino a publicarse póstumamente, tras la muerte del propio Martí. Sarmiento comentó allí una crónica de aquél publicada en *La Nación* el 25 de febrero de 1887, donde expresaba su desacuerdo con ciertos papeles desempeñados por la mujer en Estados Unidos. El expresidente argentino transcribió las líneas martianas que iba a impugnar, y acometió:

Una cosa le falta a don José Martí para ser un publicista, ya que se está formando el estilo más

desembarazado de ataduras y formas [...] fáltale regenerarse, educarse, si es posible decirlo, recibiendo del pueblo en que vive la inspiración, como se recibe el alimento para convertirlo en sangre que vivifica [...] Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno, hijo de aquella libertad cuya estatua nos ha hecho admirar al lado de aquel puente colgado de Brooklyn, que parece responder a la cascada del Niágara por los tamaños [...] ¿Cómo deberá escribir para la América del Sur un corresponsal en Estados Unidos? [...] Hace gracia oír a un francés del *Courier des Etats Unis* reír de la beocia y de la incapacidad política de los yankees, cuyas instituciones Gladstone proclama como la obra suprema de la especie humana. Pero criticar con aires magisteriales aquello que ve ahí un hispanoamericano, un español, con los retacitos de juicio político que le han transmitido los libros de otras naciones, como queremos ver las manchas del sol con un vidrio empañado, es hacer gravísimo mal al lector [...] ¡Cuánto me he extraviado de mi epígrafe [...] cuando sólo se trata de la posición de las mujeres en la sociedad americana! En esto se pone de manifiesto más y más, la conciencia sudamericana, española, latina de nuestro corresponsal, que quisiese que la mujer zurciese calcetas o las tejiese, como fue la ocupación de Penélope. [...] Que

no nos vengan, pues, en su insolente humildad, los sudamericanos, semi-indios y semi-españoles, a encontrar malo que sus madres y sus hermanas voten, que no han de hacerlo peor que sus hermanos españoles, por pronunciamientos, y que nosotros los sudamericanos con el *remington* electoral [...].

La opinión de Martí sobre la mujer en general y la estadounidense de su momento en particular es tema demasiado amplio para abordarlo aquí, y deberá serlo en el seno de la compleja dialéctica de la futuridad y lo arcaico (tomado el término etimológicamente) en el pensamiento martiano. Véase esta cita de Martí, ya aducida y comentada por Frida Weber, que proviene de una correspondencia aparecida en *La Nación* el 24 de marzo de 1889. Al defender a la mujer estadounidense frente a un ataque de Max O'Rell, escribió Martí refiriéndose a Estados Unidos: “este primer ensayo sincero de la libertad humana [...] acaso fracase porque falte en el amasijo colosal la suma suficiente de las virtudes femeninas”.

Es posible que a Sarmiento no le faltara del todo razón al considerar que Martí en algunos aspectos tenía un concepto demasiado “latino” de la mujer. En lo que sí le faltaba razón era en proponerle a Martí asumir más las virtudes del pueblo en que vivía. Pues, como destacó Andrés Iduarte, si

Sarmiento es el escritor hispanoamericano que más ha admirado a los Estados Unidos y el que más actuó en su patria con la lección aprendida en ellos [en el caso de Martí] su vida y su obra están más cuajadas de Estados Unidos que la de cualquier otro hispanoamericano. Con toda su veneración y su seguimiento de los rumbos del país del Norte [...], Sarmiento está fuera de ellos y desde fuera los ve [...] aun cuando viva en ellos, en tanto que, a pesar de todos los reproches que Martí les hace, sobre todo en la última época de su vida, nadie en Hispanoamérica está tan dentro de ellos [...] Maneja todo lo norteamericano, sus bienes y sus males, como cosa propia.

Al tentador paralelo entre Sarmiento y Martí que a muchos ha atraído contribuí con algunas líneas que no es del caso repetir, aunque tenga otras cosas en cartera, pero al menos quiero ahora llamar la atención sobre un punto: así como Sarmiento vaciló en cuanto a señalar la tierra donde naciera Martí (la cual, por concretas razones históricas, no geográficas ni sentimentales ni metafísicas, fue para aquél más que un lugar, un destino), también desconoció la relación profunda del corresponsal de *La Nación* en Nueva York con Estados Unidos. Martí, quien diría que “patria es humanidad”, y vio en Cuba y Puerto Rico, colonizadas y doblemente apetecidas en vida suya, un deber; en México, una

alegría y un ejemplo; en la Argentina, una esperanza (y de esos países y de otros, y sobre todo del conjunto de nuestra América, se sintió ciudadano), también fue, en cierto sentido, estadounidense. Pero un *radical* estadounidense, como los que estudió y propagó con identificación (por ejemplo, a John Brown, ahorcado por haber luchado precozmente contra la esclavitud en su país, lo llamó “aquel loco hecho de estrellas”). Ellos compartían la visión entrañable y crítica que Martí tenía de Estados Unidos antes que la visión fuereña y embullada (válganme los localismos) de Sarmiento. Al partir hacia la guerra libertadora cuyo enorme propósito último confesó a Mercado, Martí tenía en su cuarto de trabajo el retrato de Wendell Phillips, quien después de haber sido tenaz y combatido abolicionista, parece que fue miembro de la Primera Internacional. Su admirado Mark Twain murió como un antimperialista militante. De mujeres como Helen Hunt Jackson, a quien tradujo (incansable defensora de los indios, sobre cuyo espantoso trato en Estados Unidos, que tan negativamente influyó en Sarmiento, publicó el libro *Un siglo de infamia* el mismo año en que Martí se radicó en aquel país), y la mestiza Lucy Parsons (valiente y apasionada defensora de los obreros de Chicago “legalmente” asesinados en 1887 que también vindicó Martí), trazó retratos ardientes. Como también los trazó de Emerson, antiesclavis-

ta e impugnador de la guerra de rapiña de su país contra México; del transgresor Whitman; del sacerdote católico McGlynn, excomulgado por abrazar la causa cristiana de los trabajadores frente a las autoridades corruptas. Martí fue uno de esos radicales, y sin saber esto, no se lo puede comprender. Si su prédica conserva hoy tal actualidad, no es sólo porque la presente parece ser una centuria perdida (casi estamos como a raíz de su muerte, y a veces peor aún), sino porque los casi tres lustros de su vigilante madurez no los pasó en La Habana, México, Guatemala o Caracas (ni siquiera en Buenos Aires), sino en Nueva York, la naciente capital del siglo XX, como Walter Benjamin pudo decir de París que había sido la capital del siglo XIX. Y los pasó con ojos de revolucionario pobre de nuestra América desterrado en aquel país hostil; de radical con informaciones y perspectivas planetarias, alarmado — como sus pariguales del lugar — por lo que allí se gestaba, y hoy lleva los nombres imperiales de unipolaridad, globalización, nuevo orden mundial.

En contraste con aquellas limitaciones a sus comentarios sobre Estados Unidos que desde la primera correspondencia *La Nación* impuso a Martí, éste recibió de ella luz verde en lo político y lo comercial cuando entre 1889 y 1890 se realizó en Washington el primer Congreso Panamericano, similar al que pocos años antes habían celebrado

en Berlín, para repartirse África como buitres, las potencias depredadoras de la Tierra. Esta vez, la pieza iba a ser nuestra América. Refiriéndose a los artículos que Martí consagró al cónclave de Washington, Darío, en el texto suyo ya citado, dijo que aquellos “fueron sencillamente un libro [donde Martí] hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América Latina respecto a la hermana mayor [*sic*]; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe”.

Más explícito fue Thomas F. McGann, para quien

[e]l ataque más severo contra la conferencia lo hizo *La Nación*, que en noviembre [de 1889] comenzó a publicar una serie de extensos artículos de su corresponsal en Estados Unidos. Ese corresponsal era José Martí, el revolucionario y prolífico escritor cubano. Sus informes eran agudos, detallados y vigorosamente escritos; su estilo intrincado y alusivo era un deleite para los lectores argentinos.

McGann, quien califica luego de “deslumbrantes” esos artículos martianos, ofrece datos que ayudan a explicar la posición argentina en aquel congreso, y consiguientemente el sesgo que *La Nación* permitió a los comentarios de Martí: en 1888, año en que se convoca la conferencia, aproximada-

mente una tercera parte del monto total del comercio argentino correspondía a Inglaterra; Francia tenía más de un quinto; Alemania, algo más de un décimo, y Estados Unidos solamente una doceava parte. En acuerdo con esas realidades, el presidente de la Argentina entregó a los delegados de aquel país a la conferencia, Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, instrucciones en que les decía:

La formación de una liga aduanera americana envuelve a primera vista el propósito de excluir a Europa de las ventajas acordadas a su comercio [...] Tal pensamiento no puede ser simpático al gobierno argentino [...] que [...] bajo ningún concepto querría ver debilitarse sus relaciones comerciales con aquella parte del mundo adonde enviamos nuestros productos y de donde recibimos capitales y brazos [...] La convocatoria actual tiene por objeto la implantación del *Zollverein* americano, pero estando la legislación aduanera de Estados Unidos basada en principios opuestos a nuestras leyes en esa materia, no sería posible aceptar ninguna proposición tendiente a la ampliación en América del sistema proteccionista de Estados Unidos o que importara restricciones a nuestro comercio con Europa.

Sobre semejante base, Martí pudo publicar en *La Nación* el 19 de diciembre de 1889, al inicio mismo del congreso:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

Al día siguiente, *La Nación* publicaba estas otras líneas de Martí: “¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?” No hay en la época otro anuncio de lo que iba a ser llamado neocolonialismo como el de las ocho últimas palabras. Martí impugna de inmediato “la doctrina que nació tanto de Monroe como de Canning”, y advierte cómo “viene con el extranjero el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles”,

cómo en “el continente ocupado por dos pueblos de naturaleza y objeto distintos”, “la América española, donde está el equilibrio del mundo”, debe hacer frente a “un pueblo criado en la esperanza de la dominación continental”. Se trata en suma, siempre según palabras martianas, de “el planteamiento desembozado de la era del predominio de Estados Unidos sobre los pueblos de América”.

Como es lógico después de lo anterior, a Martí le entusiasmó vivamente, y lo proclamó con orgullo en sus crónicas para *La Nación*, la postura gallarda de la delegación argentina en el congreso, a la cual estuvo cercano: así, se carteaba con Sáenz Peña, cuyo secretario de entonces fue un cubano íntimo de Martí que después sería su propio secretario. Ejemplo de tal postura fue lo que Darío llamó “aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe”. Se trata del final del discurso del propio Sáenz Peña contra el proyecto del *Zollverein* americano, asociación aduanera que pretendía uncir para siempre nuestros países al implacable *Juggernaut* norteamericano: “Sea América para la humanidad.” Justa réplica a la ominosa doctrina Monroe, sintetizada en la frase “América para los americanos”, en la cual “América” quiere decir el Hemisferio Occidental todo, y “americanos”, los estadounidenses, y de cuyas farisaicas interpretaciones saben bien los argentinos que hace once años vivieron la tragedia de las Malvinas. Martí

comenta la frase de Sáenz Peña (quien según María Rosa Oliver se mostró siempre como un digno antimperialista) en la crónica aparecida el 9 de mayo de 1890, añadiendo que tras ser pronunciada, todos los delegados latinoamericanos “como agradecidos, se pusieron de pie, comprendieron lo que se decía, y le tendieron las manos”. No menos digna fue la posición de Quintana. El 31 de mayo de aquel año, *La Nación* recogió, en crónica martiana, estas palabras del delegado argentino: “Ante el derecho internacional americano no existen en América naciones grandes ni pequeñas: todas son igualmente soberanas e independientes: todas son igualmente dignas de consideración y de respeto.” Por algo Martí comentó en carta coetánea a un amigo: “Difícil, pero hermoso y envidiable puesto, ha dado la fortuna a Quintana. — El guardián de la América Latina”.

Guardián de la América Latina: tal fue el papel desempeñado por la Argentina en aquella conferencia, papel que es uno de los más honrosos capítulos en la historia con frecuencia triste de la diplomacia de nuestra América, donde nunca han faltado los que Martí llamaba hombres tallados en una rodilla. La prensa estadounidense que apoyaba los propósitos hegemónicos del gobierno de su país (casi toda) no dejó de mencionar, a veces con lenguaje soez, los vínculos argentinos con Inglaterra que propiciaban la conducta de la gran República del Plata. Vínculos que, por supuesto, Mar-

tí conocía de sobra. Es más, en un cuaderno de apuntes había escrito inequívocamente: “mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, están en el equilibrio de potencias rivales”. Tal fue el criterio que por esos años guió al Japón.

Por otra parte, si la tarea periodística de Martí en relación con la Argentina se realizó sobre todo en las páginas de *La Nación*, su interés por este país cuya importancia reconoció con creces, se manifestó, entre la década del setenta y la del noventa, en muchos otros órganos de prensa: desde la *Revista Universal* y *El Partido Liberal*, de México, hasta *Patria*, vocero oficioso del Partido Revolucionario Cubano, pasando por *La Opinión Nacional*, de Caracas, *La América*, *El Álbum de El Porvenir*, *La Edad de Oro* o *La Revista Ilustrada de Nueva York*, los cuatro últimos, al igual que *Patria*, publicados en esta ciudad. Intereses comerciales, realidades y proyectos pedagógicos, figuras epónimas (en primer lugar, San Martín, a quien llama con veneración “padre de América”), autores como Olegario Víctor Andrade, libros en torno al país como el de Alfredo Ebelot sobre la pampa, que le provoca un texto admirable: son cuantiosísimos los temas argentinos abordados por Martí (el Mariano Moreno de los cubanos, según Carlos Aldao) en sus otras colaboraciones periodísticas. Guardián de

la Argentina pudo ser considerado en este orden. ¿Acaso no se llamó a sí mismo “un centinela de la casa propia”?

Antes de concluir, aludiré brevemente a los dos conceptos que aparecen en el título de este trabajo: “periodista” y “argentino”. En cuanto a lo primero, ha quedado definitivamente atrás el prejuicio académico o colonizado debido al cual, incluso por figuras notables, se deploraba que Martí no hubiera podido realizarse en textos literarios de supuesto gran aliento y, urgido por razones políticas y de otra naturaleza, se hubiese desangrado en las hojas volanderas del periódico. Hace mucho tiempo se sabe que esa queja, no obstante la buena voluntad de que pueda haber nacido, equivale a lamentar que, en vez de haber insistido en cierta literatura cortesana, donde también brilló su talento, un tal William Shakespeare volcara su genio en las piezas apresuradas, populares, no aristotélicas que consagró al ruidoso Globo. Voy a limitarme a mencionar dos libros, precisamente relacionados con la Argentina, donde se reconoce sin ambages el valor superior de la obra periodística, democrática, ancilar de José Martí. Uno es de Pedro Henríquez Ureña, de quien, como de Martí, puede y debe decirse que también fue argentino, y que en el segundo número de la revista *Sur*, de 1931, ya le había dedicado una penetrante nota. Me refiero ahora a las conferencias que, entre 1940 y 1941,

ofreció en la Universidad de Harvard y con el título *Literary Currents in Hispanic America*, aparecieron en forma de libro en 1945. Hablando de Martí, dijo Henríquez Ureña en aquel texto fundador que no le alcanzó la vida para traducir: “*His work is [...] journalism; but journalism raised to an artistic level that has never been equaled in Spanish, nor probably in any other language.*” El otro libro, debido a una joven investigadora venezolana muy vinculada a la Argentina, Susana Rotker, es *Fundación de una escritura. Las crónicas de José Martí*, que el año pasado obtuvo el Premio Casa de las Américas de ensayo, y donde la original y renovadora faena periodística de Martí —pórtico de nuestra literatura actual— es acuciosamente estudiada, se resume criterios anteriores y se toman en consideración aportes recientes de varias disciplinas.

En cuanto a la condición argentina de Martí, cualquier semiletrado puede recordar que nació en otro país. Pero nadie podría negar que también estuvo al servicio de éste, haciendo buena la divisa que estampó en México a sus veintitrés años: “para la lisonja, siempre extranjero; para el peligro, siempre ciudadano.” Como señaló con acierto Dardo Cúneo, buen conocedor de su obra: “Su insurrección cubana es parte de la revolución continental que incorpora a Buenos Aires. El insurrecto cubano incluye a los argentinos en las jornadas de la nueva independencia.” Cuando en

1891, en vísperas de entregarse Martí de lleno a la preparación de su guerra revolucionaria de tan vastas perspectivas, renuncia a todos sus cargos, incluyendo la corresponsalía de *La Nación* y el consulado argentino en Nueva York, escribe en relación con este último hecho al ministro argentino en Estados Unidos:

Tengo la honra de dirigirme a V. E. para ratificar, en testimonio de respeto y agradecimiento a la República Argentina, la renuncia del cargo de cónsul argentino en esta ciudad, que ansioso de evitar comentario alguno contra aquel agradecimiento y respeto, envié a V. E. [...] Como el premio más honroso a mi cariño vigilante por los pueblos de mi raza en América, recibí y procuré justificar, en su desempeño, el nombramiento, ni directa ni indirectamente solicitado y por eso mismo más halagador, de cónsul argentino en Nueva York. Pero se me dice que un periódico español en esta ciudad ha publicado un artículo en que intenta hallar incompatibilidad entre mi nacimiento de cubano, que me obliga a luchar para obtener para mi patria lo mismo que los padres de la patria argentina obtuvieron a su hora para su país, y mi carácter de cónsul de la República Argentina en Nueva York. Y como añade el periódico, a lo que se me dice, que pudiera mi permanencia en este puesto provocar un conflicto entre el país que me honró con él y la monarquía de

la península, ni por un momento puedo consentir el continuar, por honrosa que ella me sea, en una situación por donde viniera yo a pagar con una controversia ingrata una distinción de tanto valor para mí, que contaré siempre entre las más caras y lisonjeras de mi vida.

Con una ligera variante, Martí hubiera podido decir las mismas palabras del extraordinario dirigente de la revolución de Cuba que en diciembre de 1964 respondiera así a un insidioso homúnculo en la ONU:

Soy cubano y también soy argentino, y, si no se ofenden las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, me siento tan patriota de Latinoamérica, de cualquier país de Latinoamérica, como el que más, y en el momento en que fuera necesario estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica.

La sola variante es que aquel dirigente cubano, Ernesto Guevara, había nacido en la Argentina, a la que llevó siempre en el corazón, como me consta, mientras el periodista y cónsul argentino José Martí había nacido en Cuba, y en ella moriría combatiendo por la plena independencia de nuestra América toda, la misma causa por la que el Che moriría siete décadas después, cerca de la frontera

argentina. Por lo demás, la profunda similitud entre ambos es tal, que glosando las últimas palabras de los *Versos sencillos*: o los condenamos juntos o los salvamos a los dos.

El hecho es más frecuente de lo que los superficiales pudieran creer. En el extremo opuesto, ¿no se conocen casos (muy menores, es cierto) de periodistas estadounidenses nacidos, por ejemplo, en Cuba o la Argentina que significativamente desconocen el sentido del pensamiento y la conducta de Martí, y al tomar por megalomanía o patriotismo la entrega a una grandiosa causa continental y aun mundial, muestran a las claras que sus bien remuneradas encomiendas están podridas desde la misma raíz?

Pero salgamos de lo oscuro y volvamos, para terminar, al aire y a la luz. Cuando en 1946 uno de mis maestros, Ezequiel Martínez Estrada, también de indudable estirpe martiana como el Che, publicó aquí en Buenos Aires su *Panorama de las literaturas*, llamó en ese libro a Martí “la figura más grande de Iberoamérica como escritor”. Y añadió este otro juicio sobre Martí, que casi medio siglo después conserva absoluta vigencia: “Hoy no tenemos,” dijo entonces y ratificaría hasta su muerte don Ezequiel, “en el desconcierto y el escándalo mental y moral de Iberoamérica, otro faro que mejor nos guíe”.

NATURALIDAD Y NOVEDAD EN LA LITERATURA MARTIANA*

*A la memoria de Juan Marinello
y Manuel Pedro González*

SUPREMO ESCRITOR NATURAL

Desde que al ir a cumplir Martí treinta y cuatro años afirmara Sarmiento, en 1887: “En español,

° Este trabajo funde y actualiza dos anteriores: “Las letras fieras de José Martí” (1979), “Prólogo” a la antología de textos martianos *Letras fieras*, La Habana, Letras Cubanas, 1981; y “Cuál es la literatura que inicia José Martí”, leído en sesión plenaria del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas en Venecia, el 27 de agosto de 1980, y publicado originalmente en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 4, 1981. Fue la base de conferencias que ofrecí en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua en diciembre de 1983, y apareció con el título actual y definitivo, aunque en versión anterior, en Luis Íñigo Madrigal [coord.], *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, Madrid, Cátedra, 1987.

nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí”,¹ su primacía entre los escritores hispanoamericanos ha sido ampliamente reconocida. ¿A qué traer aquí una suma de los numerosísimos juicios que la proclaman? Baste recordar los que debemos desde Rubén Darío, Miguel de Unamuno y Gabriela Mistral, hasta comentaristas de nuestros días, y sintetizar dichos juicios por el momento en las palabras de Alfonso Reyes al llamar a Martí “supremo varón literario”.² Pero en vez de limitarme a repetir o glosar tales criterios, de los que por supuesto me valdré, prefiero destacar aquí los rasgos que considero más salientes en la literatura martiana: su naturalidad y su novedad.

¹ Domingo Faustino Sarmiento, “La libertad iluminando al mundo”, en *Obras*, t. XLVI, Buenos Aires, 1900, pp. 175 y 176. Se trata de una carta abierta, aparecida en *La Nación* de Buenos Aires el 4 de enero de 1887, en que Sarmiento pidió a Paul Groussac que tradujera a Martí al francés, lo que aquél no hizo.

² Alfonso Reyes, *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, México, El Colegio de México, 1944, p. 213. Reyes insistió en este juicio. Por ejemplo, en un apunte escrito el 10 de octubre de 1959 llamó a Martí “la más pasmosa organización literaria”. Alfonso Reyes, *Anekdótico*, pról. de Alicia Reyes, México, Era, 1968, p. 108. Por su parte, Guillermo Díaz-Plaja consideró a Martí “el primer ‘creador’ de prosa que ha tenido el mundo hispánico”. Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a noventa y ocho. Una introducción a la literatura española del siglo XX*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951, p. 305.

A primera vista podría parecer una contradicción que después de haber presentado a Martí, en las palabras de Reyes, como “supremo varón *literario*”, añada que es esencialmente un escritor *natural*. Sin embargo, la aparente contradicción es buena entrada para comprender de veras la obra literaria de Martí.

No cabe duda de que el concepto de lo *natural* tuvo gran importancia para él. “Contra el verso retórico y ornado, / El verso *natural*”,³ dijo. Y a su amigo Mercado, con referencia evidente a sus *Versos libres*, le preguntó, en carta del 14 de septiembre de 1882, si habría “hallado al fin el molde *natural*, desembarazado e imponente, para poner en verso” sus “revueltos y fieros pensamientos”. Ahora bien: ¿qué es para Martí el verso *natural*, el molde literario *natural*? Pregunta que lleva, por obligación, a otra más amplia: ¿qué es para Martí, cuando se trata de las cosas humanas, lo *natural*? Sin intentar responder aquí completamente estas preguntas, señalaré algunos aspectos.

En 1891, Martí escribió que en nuestra América “los hombres *naturales* han vencido a los letrados *artificiales*. El mestizo *autéctono* ha vencido al criollo *exótico*. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la *falsa* erudición y

³ José Martí, “Contra el verso retórico...”, *O. C.*, t. XVI, p. 239.

la naturaleza”.⁴ Para Martí, el hombre *natural*, en nuestras tierras, es el mestizo *autéctono*, que representa la naturaleza; mientras el letrado *artificial* es el criollo *exótico*, ornado de *falsa* erudición (son esenciales los adjetivos que he destacado). Al enfrentamiento de ambos queda reducida, según él, la inexistente dicotomía que hizo suya con pasión Sarmiento: civilización contra barbarie. Martí no contrapone la naturaleza a la cultura, lo natural a lo histórico. Lo que él llama hombre *natural* no es el hombre ahistórico: por el contrario, ese mestizo autóctono de que habla es el hijo y el protagonista de la *verdadera* historia de la que llama “nuestra América *mestiza*”; mientras considera *exótico* (extraño, de fuera) a aquel cuya historia es otra, la de las metrópolis: hombre cuya “*falsa* erudición” remite a realidades distintas, y por eso no puede dar razón de la *naturaleza* de este concreto mundo *histórico*. Ya había observado Marx que “la *historia* es la verdadera historia *natural* del hombre”. Ortega y Gasset añadiría que “lo que la *naturaleza* es a las cosas, es la *historia* [...] al hombre”.⁵

⁴ José Martí, “Nuestra América”, *O. C.*, t. VI, p. 17.

⁵ Karl Marx, “Economic and Philosophical Manuscripts”, en Karl Marx y Frederick Engels, *Collected Works, 1845-1844*, Nueva York, 1975, vol. 3, p. 337; José Ortega y Gasset, “Historia como sistema” (1935), en *Obras completas*, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1952, t. VI [...], p. 41. En otro sentido, acertó Rosalba Campra al decir que en Martí “lo natural aparece

Y es la plena fidelidad de Martí a su historia lo que está en la raíz de la característica esencial de sus letras: su naturalidad, su completo acuerdo con su mundo y con la función que deben cumplir allí. Esa función explica la esencia utilitaria de la literatura más real en la América nuestra que vivió Martí: la cual en considerable medida es aún la que vivimos.

Precisamente la naturalidad, la genuinidad, la coherencia de la literatura de Martí (y no su presunto carácter excéntrico) se encuentran entre las razones fundamentales que han obligado a un replanteo de los límites, géneros predominantes y caracteres generales de la literatura entre nosotros.⁶ Replanteo para el cual es inútil, vístase del ropaje de que se vista, la “falsa erudición”: pero para el cual, en cambio, es imprescindible la verdadera sabiduría: el conocimiento de lo verdadero en Martí, como en nuestra América toda.

como sinónimo de lo necesario, aun en los niveles formales”. Rosalba Campra, “La poesía de José Martí entre la oralidad y la escritura”, en *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, núm. 8, 1985, p. 250. Véase Jean Lamore, “Sobre la idea de naturaleza en José Martí”, en *En torno a José Martí* [...], Burdeos, Éd. Biere, 1974. Espero volver en trabajo futuro sobre esta importante cuestión.

⁶ Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, y ediciones posteriores.

ASPECTOS FORMALES.
RASGOS ESENCIALES.
VISIÓN DE CONJUNTO

Martí prestó suma atención a los aspectos formales en la obra de arte: aspectos cuya endeblez, a sus ojos, sencillamente hacen desaparecer esa obra como tal. Hablando de Heredia, afirmó en 1888 que “a la poesía, que es arte, no vale disculparla con que es patriótica o filosófica, sino que ha de resistir como el bronce, y vibrar como la porcelana”;⁷ y dos años después, insistió en que no es poeta “el que pone en verso la política o la sociología”.⁸ Justo reconocimiento de la especificidad de áreas distintas. Sin embargo, al repasar la obra literaria martiana, quizá lo primero que llame la atención sea la imposibilidad de establecer en ella un deslinde tajante entre lo estrictamente literario y lo estrictamente político. Desde su soneto “¡10 de octubre!” y su poema dramático *Abdala*, escritos a sus quince años, hasta su *Diario de campaña*, hecho en los últimos días de su vida, nos encontramos, a lo largo de toda su obra, con textos en su gran mayoría a la vez literarios (en el sentido habitual del término) y políticos.

⁷ José Martí, “Heredia”, *O. C.*, t. V, p. 137.

⁸ José Martí, “Un poeta. *Poetas* de Francisco Sellén”, en *ibid.*, p. 181.

Martí tuvo plena conciencia de esto, como en general de los rasgos esenciales de su obra literaria. Su crítica iluminadora⁹ también se volvió sobre ella, como se ve en sus prólogos a *Ismaelillo*, *Versos libres* y *Versos sencillos*; en el proyecto de prólogo para su novela *Lucía Jerez (Amistad funesta)*; en sus numerosísimas observaciones en cartas, apuntes, fragmentos y trabajos varios. Nada más lejos, ante esos textos, que suponerlo un escritor ajeno a lo que se proponía; nada más lejos que la idea de un escritor en quien la naturalidad significase espontaneidad ciega, ignorancia de sus dones y de sus fines: por el contrario, la impresión que tiene el lector de esas páginas no es sólo la de una amplia familiaridad con clásicos y modernos de muchas lenguas, sino también (o sobre todo) la de una desafiante lucidez, tan grande en el orden literario como en el político. Es incluso agresivo en la defensa de sus criterios. Al frente de los *Versos libres*, tras proclamar la completa autenticidad de esos

⁹ Véase José Martí, *Ensayos sobre arte y literatura*, selec. y pról. ("Sobre la crítica de Martí") de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Letras Cubanas, 1979. Además de los autores mencionados en el presente trabajo que han estudiado con acierto sobre todo la crítica literaria de Martí, a la consideración de su crítica de las artes plásticas han hecho aportes otros, como Justino Fernández, Adelaida de Juan, Ida Rodríguez Prampolini, Jorge Alberto Manrique y Eliana Cárdenas Rivero.

versos, explica: “Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana [recordemos su observación a propósito de Heredia: la poesía ‘ha de resistir como el bronce y *vibrar como la porcelana*’], volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava”. Además hay allí esto otro: “Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado.” En el prólogo a *Versos sencillos* vuelve a hablar de aquellos, y los llama

mis encrespados *Versos libres*, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes.

De los propios *Versos sencillos* dice en su prólogo:

¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? [...] amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

No se han escrito palabras más exactas, ni más complejas (“amo las sonoridades difíciles”, “amo la sencillez”), ni más bellas, con respecto a ambos cuadernos de versos.

Diez días antes de desembarcar en Cuba para intervenir como un combatiente de primera línea en la guerra preparada por él, que arde ya en la isla, donde morirá peleando el 19 de mayo de 1895, encuentra ocasión para escribir a su secretario Gonzalo de Quesada y Aróstegui la carta del 1° de abril de aquel año, considerada su testamento literario. Lo que allí está dicho y lo que allí está omitido constituyen preciosas visiones críticas de su propia obra. En primer lugar, al proyectar la disposición de esa obra en los que considera seis volúmenes principales, no hay en ellos distinción entre lo que pudiera llamarse político y lo que pudiera decirse literario. De tal manera ambos están en Martí enlazados, que dichos tomos se articulan atendiendo sólo a los temas: Estados Unidos, nuestra América, *Letras, Educación y Pintura*. Además de aquellos volúmenes, Martí sigue sugiriendo a Quesada otros posibles, de existencia independiente por razones obvias: *La Edad de Oro*,¹⁰

¹⁰ De la revista *La Edad de Oro*, dedicada a los niños de nuestra América, se publicaron cuatro números, en Nueva York, entre julio y octubre de 1889, y sus artículos, cuentos y poemas fueron enteramente redactados o adaptados por Martí. Está en *O. C.*, t. XVIII. Véase una edición anotada y prologa-

versos,¹¹ la traducción del *Lalla Rookh*, de Thomas Moore (que al cabo se extravió), el *Espíritu*,¹² y, al parecer, uno o dos tomos más, de nuevo monotemáticos, con materiales relativos a Cuba.

da por Roberto Fernández Retamar, aparecida en México, en 1992; y *Acerca de La Edad de Oro*, 2ª ed. corregida y aumentada, selec. y pról. de Salvador Arias, La Habana, Letras Cubanas, 1989.

¹¹ Martí pidió a Quesada que se limitara a recoger los dos cuadernos de versos publicados por él mismo (en modestas ediciones de autor): *Ismaelillo* (1882) y *Versos sencillos* (1891), además de otro integrado por “lo más cuidado o significativo de unos *Versos libres*” cuya primera edición no vendría a publicarse (conjuntamente con reproducciones de los anteriores) sino hasta 1913. Martí había añadido en sus instrucciones: “No me los mezcle a otras formas borrosas y menos características”. *O. C.*, t. I, p. 26. En su prólogo a *Versos sencillos* mencionó también unos *Versos cubanos* “tan llenos de enojo que están mejor donde no se les ve”. *O. C.*, t. XVI, p. 61. Estos últimos no se encontraron como tales, pero en 1933 el hijo del primer editor de Martí, a la sazón albacea de su “papelería”, dio a la luz un conjetural volumen heterogéneo e indefendible con poemas martianos hasta entonces inéditos, al que tituló *Flores del destierro*. Estas y otras cuestiones similares no vinieron a dilucidarse hasta que apareció la edición crítica de *Poesía completa* de José Martí preparada por un equipo del Centro de Estudios Martianos dirigido por Cintio Vitier, La Habana, 1985.

¹² Martí escribió a Quesada: “De lo que podría componerse una especie de *Espíritu*, como decían antes a esta clase de libros, sería de las salidas más pintorescas o jugosas que V. pudiera encontrar en mis artículos ocasionales”, *O. C.*, t. I, p. 27.

En segundo lugar, es importante ver lo que Martí, explícita o implícitamente, ha excluido en esa carta. Por una parte, todos sus versos anteriores a 1881; sobre ellos fue tajante: “Versos míos, no publique ninguno antes de *Ismaelillo*; ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros.” Por otra parte, al no nombrarlas, ha excluido también su novela¹³ y sus piezas teatrales,¹⁴

¹³ En 1885, por entregas y con el seudónimo Adelaida Ral, Martí publicó en el periódico *El Latino-Americano*, Nueva York, la novela *Amistad funesta*, que escribiera en una semana a solicitud de su amiga Adelaida Baralt, quien le trasmitió el encargo —y las estrechas condiciones— del periódico. Queda encontró luego la novela preparada para ulterior publicación, con el nombre del autor, el título *Lucía Jerez* (nombre de la protagonista, a semejanza de *Cecilia Valdés*, *Amalia*, *Clemencia*, *María*), y un proyecto (inconcluso) de prólogo. Está en *O. C.*, t. XVIII. Sobre la importancia de esta novela (de la que hay una edición crítica con el título *Lucía Jerez* realizada y prologada por Mauricio Núñez Rodríguez, del Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000) llamó la atención Enrique Anderson Imbert en “La prosa poética de José Martí. A propósito de *Amistad funesta*”, *Memoria del Congreso de Escritores Martianos (febrero 20 a 27 de 1955)*, La Habana, 1953. En el prólogo de la edición crítica citada se alude a estimaciones más recientes.

¹⁴ El teatro de Martí está integrado por *Abdala* (1869), *Adúltera* (dos versiones [1874]: póstumo), *Amor con amor se paga* (1876), *Patria y libertad (drama indio)* ([c. 1878]: póstumo), *O. C.*, t. XVIII. Salvo las dos versiones de *Adúltera*, la segunda de las cuales quedó inconclusa, sus piezas teatrales están escritas en verso. Las contribuciones martianas al teatro

con la excepción posible del drama, “o borrador dramático”, sobre la independencia guatemalteca: “Patria y libertad”. Por modestia o por necesidad (el *Diario de campaña*¹⁵ no estaba aún escrito), no hizo mención de su epistolario ni de sus diarios. Indudablemente Martí, una vez más, acertaba con su crítica, que en esta ocasión era con frecuencia silenciosa. Lo que ha incluido en el proyecto son trabajos periodísticos (entre los cuales hay que contar *La Edad de Oro*), versos, discursos, alguna traducción.¹⁶ Aparte de la imposibilidad de seguir literalmente aquel proyecto, debido a que algunos de los tomos previstos se traslaparían entre sí, lo

y otros textos suyos relativos a él se encuentran en su libro *Teatro*, [comp. y] pról. de Rine Leal, La Habana, 1981.

¹⁵ Con el título “Diario de José Martí (abril 9 a mayo 17 de 1895)” apareció por primera vez en *Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez [...]*, La Habana, Ceiba de Agua, 1941. Está en *O. C.*, t. XIX. De sus varias ediciones, la mejor es la facsimilar, con su correspondiente transcripción, hecha por el Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1985; y (conjuntamente con el anterior, *De Monte-custi a Cabo martiano o apuntes de un viaje*) *Diario de campaña*, ed. crítica, pres. y notas de Mayra Beatriz Martínez y Froylán Escobar, La Habana, Casa Editorial Abril, 1996.

¹⁶ Martí tradujo en abundancia como mera tarea de pan ganar. Pero también tradujo amorosamente *transpensando* algunos textos, como postuló él mismo. *O. C.*, t. XXIV, p. 16. Tales fueron los casos de *Mis hijos*, de Víctor Hugo; *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, ambos en *O. C.*, t. XXIV, y varios materiales de *La Edad de Oro*.

fundamental de esa carta testamentaria es la claridad implacable con que Martí ve sus letras.

Comentaristas diversos de la obra martiana han tenido la impresión de que la vida de servicio y militancia política de Martí obstaculizó su tarea de escritor supremo. Cuando se piensa que entre esos comentaristas se encuentran gentes de la talla de Federico de Onís y Alfonso Reyes,¹⁷ quienes tantas cosas acertadas dijeron sobre él, se ve claro que no se trata siempre de observadores ligeros. Pero si es cierto que el Martí que muere peleando a los cuarenta y dos años es un ser humano en la plenitud de sus prodigiosos dones, los cuales hubieran debido seguir centelleando durante décadas, y que incluso había proyectado libros que no tuvo tiempo de hacer, no es sino una conjetura el que se hubiera realizado mejor en otros géneros que aquellos que fueron *naturalmente* los suyos. Por lo pronto, sus piezas teatrales (lo más endeble de su producción), y quizá hasta su novela *Amistad funesta* (*Lucía Jerez*), no abonan en favor de tal

¹⁷ “Su vida atormentada no le permitió la concentración y la quietud necesarias para escribir obras de gran aliento, y la mayor parte de su producción tuvo que ser periodística y de ocasión”. Federico de Onís, “José Martí”, en *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1952)*, Madrid, 1934, p. 34. “Gran parte de su obra, y su vida misma, fueron sacrificadas a su apostolado de libertad”. Alfonso Reyes, “José Martí...” [1945], en *Archivo José Martí*, núm. 8, 1945, p. 115.

hipótesis. Lo único que cabe es valorar lo que sí logró. Es lo que, en repetidas ocasiones, hizo Juan Marinello, al señalar que “lo mejor de la *papelería* martiana” eran “las cartas, las arengas y las crónicas”; que “la ficción ocupa porción minúscula de su escritura. La crónica, la carta familiar o política, los discursos, los ensayos biográficos y los comentarios al paso, ventanas sobre la realidad, *hacen* su obra y nos dan al prosista extraordinario”.¹⁸ A esos materiales martianos hay que añadir sus espléndidos versos, de los que significativamente sufragados cuadernos.

PERIODISMO. ¿REALISMO?

LITERATURA FACTUAL

Atravesando y consolidando la violenta unidad de su obra está la razón visible de su existencia, la lucha revolucionaria, que explica el ajuste (para usar un término que él amó tanto) entre los propósitos políticos y morales de Martí y los cauces y géneros de que se valió fundamentalmente. Si se olvida o minimiza aquella razón, no es dable, por

¹⁸ Juan Marinello, “Caminos en la lengua de Martí” (c. 1955), *Dieciocho ensayos martianos*, pról. de Roberto Fernández Retamar, La Habana, Editora Política, 1981, p. 122; *José Martí, escritor americano. Martí y el Modernismo*, México, Grijalbo, 1958, pp. 240 y 241. Cursivas de Marinello.

ejemplo, entender el espacio y la intensidad que en sus letras tuvo el periodismo. Pedro Henríquez Ureña escribió: “Su obra es [...] periodismo; pero periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma.” Y Fina García Marruz añadió que, inmerso en la dinámica vida estadounidense, se produjo en Martí “la sustitución de una literatura libresca por una literatura periodística, atenta a la vibración del instante. Lo habitualmente desdenado por ‘prosaico’ es para él la nueva poesía moderna, la épica nueva y el taller formidable”.¹⁹

¹⁹ Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1940-1941), trad. de J. Díez-Canedo, México, FCE, 1949, p. 167; Fina García Marruz, “El tiempo en la crónica norteamericana de Martí”, en Varios, *En torno a José Martí*, p. 387. Martí ejerció el periodismo, con frecuencia valiéndose de él para sus tareas políticas, desde su adolescencia (en periódicos cubanos como *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre*, que sólo lograron editar un número cada uno, en 1869) hasta sus últimos días. Se hizo plenamente periodista en México, donde entre 1875 y 1876 publicó sobre todo en *La Revista Universal*, y también en otros periódicos como *El Socialista* y *El Federalista*. En Nueva York, a cuyo influjo su faena periodística alcanzaría plena dimensión, colaboró en 1880 en *The Hour* y *The Sun*; en este último, al parecer, lo hizo hasta su muerte. Entre las publicaciones que fundó y dirigió (y a veces redactó íntegramente) sobresalen la *Revista Venezolana* (Caracas, 1881), *La Edad de Oro* (Nueva York, 1889) y el órgano oficioso del Partido Revolucionario Cubano, *Patria* (fundado en Nueva York en 1892). Además Martí colaboró copiosamente en periódicos como *La Opinión Nacional*, de Caracas (1881 y 1882),

Desde luego que un concepto desdeñoso y estrecho (y además arcaico) del periodismo no permite comprender el papel extraordinario que éste tuvo en Martí, en un momento en que, por añadidura, el periódico iba a acoger colaboraciones de no pocos escritores hispanoamericanos coetáneos o más jóvenes, obligados a hacerse periodistas ante presiones socioeconómicas conocidas. En el caso de Martí, sin que dejaran de existir tales presiones, él se valió con frecuencia del texto periodístico, al igual que del discurso y la carta, como vehículos para transmitir su pensamiento: es decir, que ocuparon sitio central en su obra por razones funcionales. Pero hay que insistir en que ello ocurrió sin desmedro alguno de ese “nivel artístico” impar que señalara Henríquez Ureña; antes bien, realizando “la nueva poesía moderna, la épica nueva y el taller formidable” de que habló García Marruz, quien

La Nación, de Buenos Aires (desde 1882), *La América* (desde 1882), *El Avisador Cubano* (desde 1885), *El Economista Americano* (desde 1886) —estos tres últimos, de Nueva York—, *El Partido Liberal*, de México (desde 1886), y *La Revista Ilustrada de Nueva York* (entre 1891 y 1892). A finales de la década de los ochenta, una veintena de periódicos del continente difundía sus trabajos. Aunque no pocos estudios habían señalado ya la importancia y la singularidad del periodismo martiano (las citas de Henríquez Ureña y García Marruz son harto elocuentes), merece destacarse el libro de Susana Rotker, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992.

también destacó “el lenguaje anticipadamente cinematográfico”²⁰ del periodismo martiano.

Aquí, como en tantos aspectos, es conveniente mirar a Martí no desde su pasado ni su contemporaneidad (o mejor: no *sólo* desde ellos), sino también desde su porvenir. En este sentido, por ejemplo, es notable la cercanía de parte de su obra con lo que algunos escritores y artistas de la vanguardia rusa defenderían a raíz del triunfo de la Revolución de Octubre. Uno de aquellos fue Serge Tretiakov, quien sucedería a Mayacovski en la dirección de la revista *Nuevo Lef*, y que en 1929 escribió:

*Nosotros tenemos nuestra epopeya. Nuestra epopeya es el periódico. [...] De qué novela [...] se puede hablar, cuando cada día, por la mañana, después de haber sostenido el periódico, volvemos finalmente la última página de esa novela, la más sorprendente, que lleva por título nuestra época. Somos los héroes, los escritores, los lectores de esa novela.*²¹

Acaso sea igualmente útil considerar el periodismo martiano a la luz de lo que, sobre todo en los convulsos años sesenta de este siglo, se dio en lla-

²⁰ García Marruz, *op. cit.*, p. 386.

²¹ Serge Tretiakov, *Dans le front gauche de l'art*, trad. de varios, París, La Découverte, 1977, pp. 114 y 116.

mar en Estados Unidos con el título de su más conocido manifiesto-antología: el libro *The New Journalism* (1973), presentado y compilado por Tom Wolfe; si bien para éste el llamado “nuevo periodismo” no pretendía, como sí Tretiakov, sustituir a la novela, también desdeñada en el tiempo de éste por los surrealistas franceses (aunque por razones distintas), sino merecer ser leído como ella. No es extraño que en 1987 Wolfe publicara su primera novela, *The Bonfire of the Vanities*, de previsible éxito.

Opiniones como las de Tretiakov (más que las de Wolfe) nos invitan a detenernos un momento en una cuestión importante. El Martí joven, anterior a la fecha en que inicia sus textos mayores, expresó en cuanto al realismo en literatura y arte un manifiesto rechazo que sólo años después empezaría a recibir comentarios acertados.²² En 1879, al polemizar en el Liceo de Guanabacoa sobre este punto, dijo, de acuerdo con las notas suyas que se conservan para dicha polémica: “El arte no

²² Véase Juan Marinello, “Sobre el modernismo. Polémica y definición” (c. 1955), en *Dieciocho ensayos...*; Arturo Arango, “Notas sobre la posición de Martí frente al realismo”, en Varios, *Aspectos en la obra de José Martí*, La Habana, 1977; Mirta Aguirre, “Los principios estéticos e ideológicos de José Martí”, en *Anuario del centro de Estudios Martianos*, núm. 1, 1978; María Poumier, “Aspectos del realismo martiano”, en *ibid*, García Marruz, *op. cit.*

puede, lo afirmo en término absoluto, ser realista. [...] Pierde lo más bello: lo personal. [...] Queda obligado a lo imitativo: lo reflejo.”²³ Ahora bien, ¿a qué realismo se estaba oponiendo entonces Martí? Indudablemente, al realismo ramplón, meramente especular, de ciertos positivistas, al naturalismo, a las estrecheces propias de un materialismo vulgar. Por lo cual, al oponerse a ese realismo amputado, Martí se encontraba, como ha dicho Mirta Aguirre, más cerca del punto justo. Esta autora ha añadido: “A Marx no dejaba de acercarse Martí — *Tesis sobre Feuerbach* — al rebelarse contra un realismo que se presentaba como un método de reproducción puramente contemplativa de un objeto ajeno al sujeto, sin tomar en cuenta el influjo de lo subjetivo en las consecuencias prácticas de la actividad humana sensorial”.²⁴

Aquel rechazo por Martí de un realismo empobrecedor, lo preparó para la aceptación y la práctica de un realismo creador, de alto vuelo. Al bocetar, presumiblemente al final de su vida, un prólogo para su novela *Amistad funesta* (*Lucía Jerez*), escribió (y piénsese, ante la vergüenza confesada, en la altivez con que habla de su poesía):

²³ José Martí, “Apuntes para los debates sobre ‘El idealismo y el realismo en el arte’” (1879), *O. C.*, t. XIX, p. 421.

²⁴ Aguirre, *op. cit.*, p. 142.

El autor, avergonzado, pide excusa. Ya él sabe bien por dónde va, profundo como un bisturí y útil como un médico, la novela moderna. El género no le place, sin embargo, porque hay mucho que fingir en él, y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada: con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás.

El despegue martiano hacia el género novelístico prevaleciente en su época (“la novela *moderna*”, a la cual, aludiendo a la relación Zola/Bernard, compara con un bisturí y un médico) no fue pues accidental, sino esencial en su teoría literaria. Lo que coexiste en él con los elogios que dedicara a *otras* novelas, de Flaubert a Twain, con sus libres y creadoras traducciones de novelas de Hugo y H. H. Jackson, con la realización de sus admirables cuentos de *La Edad de Oro*. ¿Y dónde puede encontrarse *en la literatura* ese rechazo de la “ficción prolongada”? ¿Dónde diálogos *que se han oído*, personas *que han vivido de veras* (aspiraciones que para nada se avienen con un rechazo a *todo* realismo)? No en la novela hegemónica en su época, sino en ese tipo de literatura que desde hace unos años solemos llamar *testimonio*, emparentada con la que antes había sido nombrada (por autores como el propio Tretiakov) *literatura factual*. En un cuaderno de apuntes cuya fecha se ignora, Martí enume-

ra algunos libros que hubiera querido hacer. Entre ellos menciona uno, poemático, cuyo esbozo es el siguiente:

Mi tiempo: fábricas, industrias, males y grandezas peculiares: transformación del mundo antiguo y preparación del nuevo mundo; grandes y nuevas corrientes: no monasterios, cortes y campamentos, sino talleres, organizaciones de las clases nuevas, extensión a los siervos del derecho de los caballeros griegos: que es cuanto, y no más, se ha hecho desde Grecia hasta acá. Fraguas, túneles, procesiones populares, días de libertad: resistencias de las dinastías y sometimientos de las ignorancias. Cosas ciclópeas.²⁵

Esas palabras están precedidas por estas otras: “Recoger toda la savia de la vida, y darla a gustar en un vaso ciclópeo: los tres libros que acumulo, y no tendré tiempo para hacer.” Pero ¿fue realmente así? ¿Es verdad que Martí no tuvo tiempo para hacer al menos este libro? ¿No existe tal libro en su obra, tal “vaso ciclópeo” que indudablemente es una epopeya? Recordemos las palabras de Tretiakov: “Nosotros tenemos nuestra epopeya. Nuestra epopeya es el periódico.” Aquel “libro” de Martí existe, y es realmente ciclópeo: sus páginas

²⁵ José Martí, “Libros”, *O. C.*, t. XVIII, p. 291.

son, en primer lugar, las trepidantes crónicas que escribiera durante sus muchos años de residencia en Estados Unidos; son sus numerosísimos trabajos en publicaciones como *La Edad de Oro y Patria*; son también las de su formidable *Diario de campaña*. Allí están, en la enumeración aparentemente caótica que caracterizará a la poesía whitmaniana o a los murales de Diego Rivera, fábricas, industrias, males y grandezas peculiares: transformación del mundo antiguo y preparación del nuevo mundo, grandes y nuevas corrientes: no monasterios ni cortes, pero sí campamentos de la guerra por la independencia, talleres de tabaqueros, organizaciones de las clases nuevas, “los pobres de la tierra”; aparecen fraguas, túneles, procesiones populares que saludan el trabajo, condenan el monopolio y piden la excarcelación de los obreros de Chicago; días de libertad en la radiante manigua; resistencias de las dinastías —las coronadas de la vieja Europa y las financieras de la Europa americana— y sometimientos de las ignorancias. Cosas ciclópeas.

Es sobre todo en su gigantesca literatura factual donde Martí habrá encontrado el “molde natural, desembarazado e imponente” de que hablara a Mercado: tríada de adjetivos que recuerda, por cierto, a la que el propio Martí dedicara a Whitman en 1887, al llamarlo el poeta “más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiem-

po".²⁶ Refiriéndose a las colaboraciones periódicas de Martí en *La Nación*, de Buenos Aires, escribió a raíz de su muerte Rubén Darío (quien después afirmarí­a que en muchos textos martianos "se siente como el clamor de una épica rediviva"):²⁷

Con una magia incomparable, hacía ver aquí unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas [...] Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos ¡oh, sí! mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si el Manitu mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las *Hojas de hierba*. [...] Y cuando el famoso congreso pana-

²⁶ José Martí, "El poeta Walt Whitman" (1887), *O. C.*, t. XIII, p. 132.

²⁷ Rubén Darío, "José Martí, poeta. I" (1913), en *Archivo José Martí*, núm. 7, 1944, p. 331.

americano, sus cartas fueron sencillamente un libro. [...] En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América Latina respecto a la hermana mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe.²⁸

Como lo reitera esta cita, la variedad de los trabajos periodísticos de Martí es enorme, y sería forzar la mano intentar reducirlos precipitadamente a un denominador común. Por el contrario, hay que reconocerles su rica diversidad. Entre ellos hay ensayos a la vez poemáticos y sociopolíticos, como “Nuestra América” (1891); artículos de fondo, como los dedicados a combatir a los congresos panamericanos (1889-1890, 1891); críticas, como las consagradas a Flaubert (1880), Pushkin (1880), Wilde (1882), Longfellow (1882), Pérez Bonalde (1882), los pintores impresionistas franceses (1886), Whitman (1887), Munkacsy (1887), Heredia (1888), Louisa May Alcott (1888), Ve-

²⁸ Rubén Darío, “José Martí” (1895), *Los raros* (1896), Buenos Aires, 1952, pp. 197 y 198. En sus últimas palabras, Darío alude a la doctrina Monroe, emitida en 1823 y sintetiza en la frase *América para los americanos*, cuyo verdadero sentido es *América para Estados Unidos*; y a la frase de Roque Sáenz Peña, a nombre de la delegación argentina en la Primera Conferencia Panamericana: “Sea la América para la humanidad”, que tanto satisfizo a Martí. *O. C.*, t. VI, p. 81.

reschagin (1889), Twain (1890), Casal (1893); etopeyas (“ensayos biográficos”, dirá Marinello), como las de Cecilio Acosta (1881), Emerson (1882), Jesse James (1882), W. Phillips (1884), Grant (1885), Lucy Parsons (1886), H.W. Beecher (1887), Páez (1888), Céspedes y Agramonte (1888), San Martín (1891), Gómez (1893), Maceo (1893); crónicas, como “El centenario de Calderón” (1881), “Coney Island” (1881), [“Honores a Karl Marx, que ha muerto”] (1883), “El puente de Brooklyn” (1883), “El terremoto de Charleston” (1886), “Fiestas de la estatua de la Libertad” (1887); “El cisma de los católicos en Nueva York” (1887), “Un drama terrible [La guerra social en Chicago]” (1887), “Cómo se crea un pueblo nuevo en Estados Unidos” (1889), [“El asesinato de los italianos”] (1891); e incluso muchos de los textos para niños y muchachos que ofrece su revista *La Edad de Oro*. Cercanos a algunas de esas páginas, pero a la vez separados de ellas por la total inmediatez de sus vivencias, están los testimonios de aquellos de los que Martí fue protagonista, como *El presidio político en Cuba* (1871) y sus diarios, en especial el *Diario de campaña* (1895).²⁹

²⁹ Jaime Concha llamó a *El presidio político en Cuba* “el primer testimonio latinoamericano en sentido estricto y actual”. J. Concha, “Testimonio de la lucha antifascista”, en *Casa de las Américas*, núm. 112, enero-febrero de 1979, p. 97. Y el carácter “documental, testimonial”, del *Diario de campaña* fue consi-

DISCURSOS Y CARTAS

Menos atención que aquella zona periodística y testimonial de sus producciones verbales ha recibido otra zona, a la que sin embargo Martí prestó gran importancia: la de sus discursos (con los que se emparentan, interiorizándolos, sus cartas). Distintos hechos han pesado en esa desatención. Uno de esos hechos es insalvable: buena parte de tales discursos, de los que no se conservó transcripción, se ha extraviado. Otro, es que el suyo es género que, prestigioso hasta el siglo XIX inclusive, perdería temporalmente su atracción entrado este siglo. El propio adjetivo que lo identifica —*retórico*— se convertiría en negativo: negatividad que ya le reconoce Martí mismo cuando escribe: “*Contra el verso retórico [...]*”. Por último, los discursos martianos, generalmente políticos, suelen ser ejemplos de literatura de circunstancia, referida a una específica coyuntura.

En relación con lo primero, poco hay que añadir. Con respecto al relativo descrédito en que caería la oratoria, lo que explicaría un interés menor por los discursos martianos, sí es necesario subra-

derado, entre otros, por Víctor Casaus en “El *Diario* de José Martí; rescate y vigencia de nuestra literatura de campaña”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 1, 1978.

yar algo que ya destacó Cintio Vitier:³⁰ la incomprensión que la intelectualidad cubana de la isla contemporánea de Martí (es decir, del momento en que la oratoria era altamente apreciada) mostró hacia aquellos discursos, según lo ejemplificó dolorosamente Manuel Sanguily, mientras se sentía muy atraída por los discursos —y a menudo por las ideas— del autonomista Rafael Montoro. No se puede menos que recordar cómo, en cambio, los tabaqueros cubanos desterrados sobre todo en Cayo Hueso y Tampa reaccionaban con fervorosa identificación ante aquellas piezas en que Martí los convocaba al combate y al sacrificio. Tal fervor, y el que para encenderlo jamás accediera Martí a darle un demagógico tinte populista a su palabra, se encuentran, sin duda, entre las más nobles y perdurables lecciones de la cultura latinoamericana.

En cuanto al carácter coyuntural de la mayoría de los discursos martianos, cierta concepción enteca y sectaria (y hoy también arcaica) de la literariedad ha solido regateársela a la considerada *mera* literatura de circunstancia, por estar referida *en lo inmediato* a una realidad o función específica. Al respecto, Alfred Melon, después de recordar que “la oratoria —como en sus orígenes la poe-

³⁰ Cintio Vitier, “Los discursos de Martí”, en Cintio Vitier y Fina García Marruz, *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969, pp. 70-74.

sía— se funda en una relación oral, a menudo en la práctica relativamente vivaz de la agrupación popular [...] de una literatura viva al servicio de la comunicación masiva”, y que en nuestra América se adecua “al objetivo de convencer, de estremecer o de enseñar a unas masas en las cuales eran raros aquellos que supieran leer”, añade que en sus grandes piezas oratorias los líderes de la Independencia de nuestra América revivían,

posiblemente sin tener conciencia de ello, la tradición precolombina de la exhortación [...], ligada a inmensos conglomerados, a una especie de ritual épico destinado a comunicar el fervor combativo y a soldar la unidad del grupo. [...] Los discursos de José Martí [concluye Melon] se inscriben, cierto que en el más alto nivel, dentro de esta tradición.³¹

En efecto, aunque Martí, como orador, participó ocasionalmente en debates de sesgo académico, el grueso de sus discursos, al igual que en otra tradición las *Filípicas* de Demóstenes, tuvo urgentes finalidades políticas. Entre ellos, el primero de gran relevancia, “Lectura en *Steck Hall*” (1880), fue *escrito* a la manera de un meditado ensayo en

³¹ Alfred Melon, “Sobre tres discursos de Juan Marinello”, en *Casa de las Américas*, núm. 115, julio-agosto de 1979, p. 49.

que hizo el balance de la Guerra de los Diez Años y el diseño de la nueva. Pero, no obstante la fogosa terminación de este texto, su ecuanimidad general no da el tono característico de la “elocuencia nerviosa, brillante, difícil y embriagadora”³² de Martí. Ese tono, en cambio, así como la estructura libre e ígnea propia de su oratoria, se encuentran en discursos como los que pronuncia en las conmemoraciones del 10 de octubre, de 1887 a 1891, y las grandes piezas con que reinicia la preparación de la guerra independentista y anuncia la que él quería que fuese la República futura, como “Con todos y para el bien de todos” (1891), “Los pinos nuevos” (1891) y “La oración de Tampa y Cayo Hueso” (1892); la conclusión de esta última tendría singular resonancia: “¡la historia no nos ha de declarar culpables!” Cuando el asunto desborda Cuba, no es distinto el tono, como se ve en “Madre América” (1889), impresionante paralelo entre Estados Unidos y nuestra América, y en el último gran discurso suyo conservado, en honor de Bolívar (1893). Cintio Vitier, quien destacó la capacidad de imaginación en la oratoria martiana, dijo también: “De que Martí estaba poseído por el delirio verbal, en el sentido en que esto puede

³² Jorge Mañach, *Martí el Apóstol* (1933), pról. de Gabriela Mistral, Nueva York [i.e. México], 1963, p. 124.

decirse de los grandes poetas y profetas, no cabe duda".³⁵

Las fascinantes cartas de Martí equivalen a discursos más íntimos (más conversados, más conmovedores). Y si ellas están estructuralmente emparentadas con sus discursos, no lo están menos con muchos de sus trabajos periodísticos, escritos en forma de cartas, lo que da a estas últimas un papel destacado en la obra martiana. Se ha sugerido dividir su epistolario en periodos (por ejemplo, antes y después de su total entrega a la causa revolucionaria, a finales de 1891), o en grupos, según las finalidades. Son criterios atendibles, pero arduos, especialmente en el segundo caso: si sus epístolas a Rosario de la Peña (1875) son cartas amorosas, y sus muchas comunicaciones a Gómez y a Maceo, su réplica a Enrique Collazo (1892), su nutrida correspondencia relacionada con el Partido Revolucionario Cubano (1892-1895) o sus adioses a Federico Henríquez y Carvajal (1895) y Mercado (1895) son cartas políticas, ¿cómo desmigajar el ansioso y grave bloque de sus confidencias a este último ([1876]-1895)?, ¿cómo resignarse a llamar

³⁵ Vitier, *op. cit.*, pp. 82 y 89. Cursivas de Vitier según el original libro de Luis Álvarez, *Estrofa, imagen, fundación: la oratoria de José Martí*, Bogotá/La Habana, Casa de las Américas, 1995 en la oratoria de Martí "se aprovecha de manera creadora la tradición precedente y, en especial, el pensamiento retórico romano". *Ibid.*, p. 19.

cartas “familiares” la despedida a la madre (1895), las cartas a su compañera de la madurez, Carmen Miyares, y a los hijos de ella (1895), en especial a la más pequeña, María, a quien Martí amó y crió como hija (1894-1895)? Es bien difícil y a menudo artificial separar las finalidades en el epistolario martiano.³⁴

VERSOS

En contraste con sus discursos y cartas, sus versos (a los que no puede reducirse su poesía, pues muchísimo de su labor en prosa tiene carácter poético) han sido objeto de trabajos copiosos y a veces serios: entre estos últimos, por ejemplo, los de Rubén Darío, Miguel de Unamuno, Gabriela Mistral, Juan Marinello, Ángel Augier, Eugenio Florit, Alfredo A. Roggiano, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Juan Carlos Ghiano, Ivan A. Schulman, Ángel Rama, José Olivio Jiménez, Ada Teja, Carlos Javier Morales. Además, como ya se recordó, él mismo dejó observaciones del mayor valor para apreciar esos versos. A la cabeza de tales observaciones se encuentra su recomendación a Quesada según la cual sólo a partir de *Ismaelillo* les reco-

³⁴ Véase el estudio de Fina García Marruz “Las cartas de Martí”, en *op. cit.*

noce valor. Con anterioridad a este pequeño gran conjunto, Martí ha realizado el aprendizaje de la poesía en verso, ha asimilado tradiciones de varias lenguas, ha pagado su deuda a las estribaciones del romanticismo, en general tan débil en español, y algunos de cuyos ramalazos más fulgurantes, sin embargo, unidos a un barroquismo y a una novedad muy personales, se sentirán en no pocos *Versos libres*.

En su labor en verso se aprecian dos vertientes mayores. Martí parece referirse a ellas cuando, en el prólogo de los *Versos sencillos*, escribe: “A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.” Aunque también es posible que para él esa dualidad atravesase todos sus versos de madurez, una interpretación de tales palabras permite mirar, por una parte, a sus *Versos libres* (“A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado”); por otra parte, a los versos de arte menor de *Ismaelillo*, *La Edad de Oro* y *Versos sencillos* (“a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores”). En un extremo, una palabra revuelta, agónica, volcánica, nacida en gran parte del choque con la ciudad tremenda, cuyos versos *libres* (no ajenos a Whitman ni a tumultuosas “Escenas norteamericanas” del cubano) lo son mucho más por el fuego que los recorre que

por el mero hecho de ser endecasílabos sin rima;³⁵ en otro extremo, una conquistada serenidad, en que las rápidas visiones que debemos a poetas de la estirpe de Rimbaud entran, iluminando, en estrofas de la poesía popular española como villancicos, coplas y décimas (estas últimas, en su caso, a menudo trucas). Tales estrofas, en especial las de los *Versos sencillos*, ¿no dan voz a una tradición hispanoamericana —de raíz española— aún viva entre otros en payadores rioplatenses y decimistas caribeños?³⁶ Cuando tales poemas fueron cantados, se les hizo regresar con música al venero popular, oral, de donde procedían. Pues aunque a

³⁵ Al aparecer los *Versos libres*, encontraron comentaristas entusiastas en Rubén Darío y Miguel de Unamuno, este último los emparentó con los salmos hebraicos y la poesía de Whitman. Miguel de Unamuno, “Sobre los *Versos libres* de Martí”, en *Archivo José Martí*, núm. 11, 1947. Para algunos críticos, los *Versos libres* influyeron en *El Cristo de Velázquez* (1920) unamuniano.

³⁶ En este punto, como en tantos otros, reparó sagazmente Gabriela Mistral: “Martí [dijo] escribió casi todos los *Versos sencillos* en el octosílabo de la copla criolla, porque la sencillez le pedía un metro y un ritmo parientes [...] de lo popular y que se allegase a lo cantable. Yo me oigo en coplas la mayor parte de los *Versos sencillos* [...] es la técnica del payador o del coplero [...] Parecen versos de tonada chilena, de habanera cubana, de canción de México, y se nos vienen a la boca espontáneamente”. Gabriela Mistral, “Los *Versos sencillos* de José Martí”, “Prólogo” a José Martí, *Versos sencillos*, La Habana, 1939, pp. 13 y 14.

primera vista pueda no parecer evidente, el oído revela que, al igual que en sus discursos, Martí también entronca en sus versos con la literatura oral, con la literatura natural del hombre americano libre, sencillo y fiero: fundador, como Ismael, de un pueblo nuevo.

* * *

Fundador: he ahí la palabra que define a Martí, en muchos órdenes. En lo político, sabemos, gracias a Fidel, cuál ha sido su fundación: es el autor intelectual de la segunda y definitiva independencia de nuestra América; su original pensamiento democrático revolucionario *conduce* al pensamiento socialista, aunque este último no fuera visiblemente el suyo. ¿Y en lo literario?

QUÉ LITERATURA FUNDA MARTÍ

Para responder esta pregunta, que se ramifica en otras, partiré de algunas premisas, de algunas verdades que han ido abriéndose paso; y a la vez, del hecho de que otros criterios no encontraron aceptación suficiente en la comunidad de estudiosos de estas materias, y sobre todo no parecen acertados.

Como premisa básica, querría considerar la certidumbre de que Martí no fue “precursor” de

una literatura que, supuestamente, después de él llevarían a su culminación otros escritores hispanoamericanos. En vez de ello, en vez de esa condición de mero anunciador de lo que maduraría más tarde, creo que hoy se le reconoce a Martí su carácter de iniciador, de fundador, no sólo en lo político sino también en lo literario.

Lo cual lleva a “la cuestión toral”, como hubiera dicho el propio Martí: si se le reconoce condición de iniciador, de fundador, ¿cuál es la literatura que él inicia, que él funda? El primer gran reconocimiento que recibe la obra literaria martiana no proviene de los jóvenes, sino de un viejo, de quien lo separaban ideas fundamentales, pero que, sin embargo, supo ver, por la raigal autenticidad de su propio idioma y por su bronco talante (como luego haría Unamuno por razones en cierta forma similares), aspectos esenciales en la obra literaria martiana. Me refiero desde luego a Sarmiento, quien en su ya citada carta abierta a Paul Grousac, publicada el 4 de enero de 1887, escribe estas palabras:

En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal [...] Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo

de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos.³⁷

Pero muy pronto los jóvenes escritores hispanoamericanos comienzan a reconocer y proclamar el magisterio literario de Martí. En 1888 (es decir, el año de la aparición de su *Azul...*) afirmará Rubén Darío que aquél

es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América [...] porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta o cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano o una lámina de plata o un estampido.³⁸

³⁷ Sarmiento, *op. cit.* La perspicacia crítica de Sarmiento fue aquí grande, pues aunque al redactar su trabajo, entre finales de 1886 y principios de 1887, podía haber leído las centelleantes líneas que a Goya consagró Martí en su crónica de 1886 sobre los pintores impresionistas franceses (*O. C.*, t. XIX, pp. 304 y 305), en cambio por obligación ignoraba las notas sobre el gran español que Martí escribió en 1879 y sólo se publicarían póstumamente (*O. C.*, t. XV, pp. [129]-136), así como la carta del 19 de febrero de 1888 en que Martí confesaría a Enrique Estrázulas que Goya era “uno de mis maestros, y de los pocos pintores padres” (*O. C.*, t. XX, p. 189).

³⁸ Rubén Darío, “La literatura en Centro América” (1888), *Obras desconocidas de Rubén Darío* [...], edición recogida por Raúl Silva Castro, Santiago de Chile, 1934, p. 201.

Ese mismo año, en carta del 12 de noviembre dirigida a Pedro Nolasco Préndez, le comunica Darío: “¡Si yo pudiera poner en verso las grandezas luminosas de Martí!”³⁹ Al aparecer, en 1889, *La Edad de Oro*, Gutiérrez Nájera la saluda con un hermoso comentario, donde afirma:

Martí, cuyas ideas no podemos seguir a veces, porque sus ideas tienen las alas recias, fuerte el pulmón y suben mucho; Martí, en cuyo estilo mágico nos solemos perder de cuando en cuando [...]; Martí, para escribir *La Edad de Oro*, ha dejado de ser río y se ha hecho lago, transparente y límpido.⁴⁰

Por su parte, Martí supo de esos jóvenes, y siguió con atención el desarrollo de sus obras. En varias ocasiones (incluso en sus propios versos)⁴¹ se refirió, siempre con alto aprecio, a Gutiérrez Nájera: por ejemplo, en carta del 26 de julio de 1888 a Mercado, le escribió que el mexicano

es de los pocos que están trayendo sangre nueva al castellano y de los que mejor esconden las quebra-

³⁹ Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 313.

⁴⁰ Manuel Gutiérrez Nájera, “*La Edad de Oro* de José Martí” [1889], en Varios, *Acerca de La Edad de Oro*, p. 51.

⁴¹ José Martí, “Para Cecilia Gutiérrez Nájera y Maillfert” (1894), *O. C.*, t. XVII, pp. 228 y 229.

duras y hendijas inevitables de la rima. Más hace, y es dar gracia al idioma español, al que no le faltaba antes gracia, pero placeril y grosera. Y eso lo hace Gutiérrez sin afectación, y no porque tome de modelo a éste o aquél, aunque se ve que conoce íntimamente, y ama con pasión, lo perfecto de todas las literaturas; sino por invencible tendencia suya a hermanar la sinceridad y la belleza. Hay mucho que decir de Gutiérrez, y yo tendré el honor de decirlo. Es un carácter literario.⁴²

A Darío, la única vez que lo encontró (en Nueva York, en 1893), lo abrazó llamándolo “hijo” y procedió a elogiarlo en público: “saludó en Rubén Darío al artista, al literato, al poeta de vuelo original y de lozana imaginación, que marcha de los primeros entre los representantes de la genial y colorida literatura latinoamericana”.⁴³ A Casal dedicó, con motivo de su muerte aquel mismo año, un breve pero agudísimo artículo sobre el que volve-

⁴² José Martí, “Carta a Manuel Mercado de 26 de julio de 1888”, *O. C.*, t. XX, p. 129.

⁴³ “Otra vez en Hardman Hall”, nota sin firma probablemente escrita por Gonzalo de Quesada (y acaso aprobada por Martí) publicada en *Patria* el 27 de mayo de 1893. Citada por Ángel Augier, *Cuba en Darío y Darío en Cuba*, La Habana, Letras Cubanas, 1989, p. 87. Darío ha narrado los hechos en *La vida de Rubén Darío contada por él mismo*, Barcelona, s.f., pp. 142-145.

ré. En sus cuadernos de apuntes (no se sabe exactamente en qué fecha) Martí dejó constancia de que proyectaba escribir un estudio sobre los nuevos poetas de América, entre los que estaban Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera y Darío.⁴⁴ Estos poetas, junto a otros, serían conocidos como *modernistas*.

MODERNISMO: SÍ Y NO

Así, como el soñador de La Mancha con la Iglesia, hemos topado —y no podía menos de ser— con el controvertido tema de Martí y el modernismo. Esa literatura que Martí no se limitó a preludiar, sino que inició, ¿fue pues el modernismo, como han sostenido tantos?⁴⁵ ¿O la arriscada condición

⁴⁴ José Martí, *O. C.*, t. XVIII, p. 287.

⁴⁵ Según Boyd G. Carter, “al parecer, al colombiano-panameño Darío Herrera le cupo la distinción de ser el primero que determinó y afirmó la importancia de Martí en el desarrollo del Modernismo, aun cuando es cierto que Gutiérrez Nájera, Darío y otros escritores le tenían por modernista sin emplear esta palabra para definir su talento”. Ello ocurrió “en su artículo de título tan reivindicador como justiciero nombrado ‘Martí iniciador del Modernismo’ que se publicó en el número de julio de 1895 de la revista *Letras y Ciencias* de Santo Domingo”. Boyd G. Carter, “Martí en las revistas del modernismo antes de su muerte”, en *Anuario Martiano*, núm. 4, 1972, p. 345. Véanse otros juicios similares citados por Manuel Pedro González en “Evolución de la estimativa martiana”, en *Antología crítica de José Martí*, recop., introd. y notas de M. P.

de revolucionario político y la figura moral del héroe, todo aquello que lo distingue de los estetas que se suele llamar modernistas, lo separa de ellos, según han mantenido otros estudiosos de la obra martiana?⁴⁶ Yo mismo he echado mi cuarto a espadas sobre la cuestión, abogando por una amplitud del concepto de modernismo, que lo viera como manifestación de la toma de conciencia del carácter “subdesarrollado” de nuestra sociedad, e hiciera así posible no sólo que Martí figurase entre esos hombres, sino que los encabezara.⁴⁷ Para ello, fue menester salir de la literatura, no limitarse a enumerar sus rasgos formales (aun siendo esenciales), sino preguntar a la historia por las razones de la aparición de aquellos escritores, de aquella escritura. Consideraba (y sigo considerando) válidas observaciones como la que Arnold Hauser hiciera

González, México, 1960, esp. pp. xx-xxix. Nadie insistió más que el propio Manuel Pedro en la condición de fundador del modernismo que le reconoció a Martí, véase por ejemplo su libro *José Martí en el octogésimo aniversario de la iniciación modernista 1882-1962*, Caracas, 1962.

⁴⁶ El libro clásico sobre este punto de vista es el de Juan Marinello, *José Martí escritor americano...*, *cit.*

⁴⁷ Expuse por primera vez este criterio en “Martí en su (tercer) mundo”, en *Cuba socialista*, núm. 41, enero de 1965, y lo reiteré y amplí en “Modernismo, 98, subdesarrollo”, ponencia presentada en el III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, celebrado en México en agosto de 1968.

en una conversación con Luckács: “La historia de la cultura es ante todo, y sobre todo, historia.”⁴⁸

La persistencia en interrogar a la historia me ha llevado a algunos complementos. Sin olvidar el hecho palmario de que si las semejanzas que los llamados por antonomasia modernistas tienen con Martí son evidentes, no menos evidentes son las diferencias, lo que ha contribuido a que sobrevivan en muchos las reservas para ver como una unidad, por compleja que fuese, tareas literarias tan diversas. La verdad es que al preguntarnos hoy si Martí inició el modernismo, lo más acertado parece responder tanto afirmativa como negativamente. Y, según trataré de explicar, no por el mero gusto de la paradoja.

Se ha dicho ya que el modernismo no es una escuela, ni un movimiento (como lo llamó Darío),⁴⁹ sino una época. Pero no siempre se ha dicho con

⁴⁸ Arnold Hauser, *Conversaciones con Luckács*, trad. de G. Rack, Barcelona, 1979, p. 14.

⁴⁹ “[...] publiqué el pequeño libro [se refiere a *Azul...*] que iniciaría el actual *movimiento* literario americano”, escribiré en 1896 en “Los colores del estandarte”. Véase Ricardo Gullón, *El modernismo visto por los modernistas*, Barcelona, 1980, p. 52; “el *movimiento* de libertad que me tocó iniciar en América...”, en 1905, al frente de *Cantos de vida y esperanza*; “el *movimiento* que en buena parte de las flamantes letras españolas me tocó iniciar”, en 1907, en “Dilucidaciones”, que encabeza *El canto errante*; “el *movimiento* que me tocara iniciar años después”, en 1913. *Ibid.*

igual sentido. Para Martí mismo, por ejemplo, es evidente que una época no es en primer lugar una entidad limitada a lo literario, sino referida a todo el ámbito histórico. Así ha de entenderse que en 1882 llame a la suya propia “época de elaboración y transformación espléndidas, en que los hombres se preparan, por entre los obstáculos que preceden a toda grandeza, a entrar en el goce de sí mismos, y a ser reyes de reyes”,⁵⁰ aunque los poetas la vean como “época de tumulto y de dolores”. Y más adelante, después de mencionar sus “tiempos de reencuicamiento y remolde”,⁵¹ afirma: “Esta es la *época* en que las colinas se van deshaciendo en llanuras; *época* ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres.”⁵² A esa época, como a todas, le corresponde una literatura concreta, pues, según dirá en 1887, “cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas”.⁵³

Desde muy pronto Martí sabe que las realidades literarias deben verse en estrecha relación con

⁵⁰ José Martí, “*El poema del Niágara*” (1882), *O. C.*, t. VII, p. 224.

⁵¹ *Ibid.*, p. 225.

⁵² *Ibid.*, p. 228.

⁵³ José Martí, “El poeta Walt Whitman”, *O. C.*, t. XIII, p. 134.

determinadas realidades históricas. Si unas líneas atrás fue recordada la proclamación por Martí de valores específicamente estéticos en las obras literarias (en las obras de arte en general), ahora debe añadirse que también proclamó constantemente que aquellos valores remiten a determinados hechos históricos. Este criterio, como tantos otros, lo adquirió o fortaleció en México, durante los fecundos años 1875 y 1876 que vivió allá, donde, participando a la vez en la lucha política y en la vida cultural, como era corriente en él, desarrolló tanto concepciones históricas como artísticas.

El voraz asimilador que fue Martí hizo suyos muchos de los postulados que los radicales de la Reforma mexicana habían venido defendiendo desde los grandes combates juaristas. Tales postulados implicaban, también, la defensa de los valores culturales propios, defensa característica de una burguesía nacional en ascenso revolucionario. No es otro el punto de vista de Martí cuando en 1875 escribe: “La imitación servil extravía, en economía como en literatura y en política”;⁵⁴ e invita a los pintores mexicanos a copiar “la luz en el Xinantécatl y el dolor en el rostro de Cuauhtemotzin”, añadiendo: “Hay grandeza y originalidad en nues-

⁵⁴ José Martí, “La polémica económica” (1875), *O. C.*, t. VI, p. 335.

tra historia: haya vida original y potente en nuestra escuela de pintura”.⁵⁵

Sin embargo, aunque Martí se identificó plenamente con aquel país (llegando a hablar, como un mexicano más, de “*nuestra historia*”, de “*nuestra escuela de pintura*”), siguió siendo un irreductible patriota cubano. Andrés Iduarte ha señalado con razón que si Martí se consideró mexicano en México, por otra parte, “precisamente por no mexicano, por hijo de una patria aún no nacida, por andariego a la fuerza, va a darle [al ideario que adquirió o fortaleció en México] una aplicación continental que no le dará ningún mexicano”.⁵⁶ Ello es lo que empezará a ocurrir cuando, tras abandonar México a raíz del golpe de Estado de Porfirio Díaz, Martí pase a Guatemala. Allí dará una “aplicación continental” a lo que en México había aprendido. A partir de su estancia guatemalteca (entre 1877 y 1878), se hacen frecuentes en él las expresiones (ya bocetadas en México) “madre América” y “nuestra América”, distinta de la América que no es nuestra. Sus preocupaciones de genuinidad, de originalidad, van ahora a toda la América suya, “desde donde corre el Bravo fiero hasta donde

⁵⁵ José Martí, “Una visita a la Exposición de Bellas Artes. II” (1875), *O. C.*, t. VI, p. 390.

⁵⁶ Andrés Iduarte, *Martí escritor*, México, 1945, p. 235.

acaba el digno Chile”.⁵⁷ Bien puede decirse que en Guatemala Martí hace un primer balance de su experiencia histórica en relación con lo que llama nuestra América.

Su conocimiento directo de esa América nuestra habrá de enriquecerse aún más durante el medio año que vive en Venezuela en 1881. Y si es dable hablar de un primer balance histórico suyo en Guatemala, ahora, en Venezuela, será menester hablar de un balance literario. En la patria de Bolívar, Martí alcanza su primera madurez literaria. Así lo testimonian materiales de entonces, como por ejemplo sus apuntes, los trabajos que da a conocer en el periódico caraqueño *La Opinión Nacional* y en los dos únicos números que logra publicar de la *Revista Venezolana*, los versos de su libro *Ismaelillo*, que verá la luz al año siguiente, en Nueva York.

Una observación hecha por Martí en un cuaderno de apuntes de Caracas, durante ese año, se ha convertido en cita obligada a propósito de la forma inequívoca como Martí remitía la literatura a la historia:

No hay letras, que son expresión [dijo allí], hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya

⁵⁷ José Martí, “Revista Guatemalteca” (1877), *O. C.*, t. VII, p. 104.

Hispanoamérica. [...] Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo.⁵⁸

No puede decirse de manera más clara que para él las letras eran “expresión” *de una esencia*, “reflejo” *de un pueblo* (lo que de ninguna manera implica degradarlas a la mansa tarea de reflejar un objeto preexistente, tarea que repudió siempre); ni tampoco que la carencia de una literatura hispanoamericana fuerte y coherente era a sus ojos consecuencia de una endebles política, de la no realización de los proyectos de los libertadores. Si Martí lamenta la pobreza de nuestra literatura, sabe que tal pobreza se debe en gran medida a razones que van más allá de la literatura, y pregunta: “¿Se unirán, en consorcio urgente, esencial y bendito, los pueblos conexos y antiguos de América? ¿Se dividirán por ambiciones de vientre y celos de villorrio, en nacioncillas desmeduladas, extraviadas, dialécticas?”⁵⁹

Es el Martí cargado de estas preocupaciones quien publica dos números de la *Revista Venezolana*. En el segundo y último de ellos explicita las ra-

⁵⁸ José Martí, “Cuaderno de apuntes 5” (1881), *O. C.*, t. XXI, p. 164.

⁵⁹ *Loc. cit.*

zones que lo llevaron a publicarla, en un editorial titulado “El carácter de la *Revista Venezolana*”. Sin duda, como se ha afirmado, el texto tiene aliento de manifiesto literario.⁶⁰ Pero es imprescindible contemplar sus dos vertientes: la que mira a la autenticidad de la literatura hispanoamericana (donde reitera sus criterios sobre este aspecto, ampliados a toda nuestra América), y la que se ocupa del “estilo” de algunos textos de la revista. En la primera de esas vertientes, la más amplia, Martí explica que la revista “encamina sus esfuerzos a elaborar, con los restos del derrumbe, la gran América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa”,⁶¹ y pregunta: “¿será alimento bastante a un pueblo fuerte, digno de su alta cuna y magníficos destinos, la admiración servil a extraños rimadores, la aplicación cómoda y perniciosa de otros mundos [...]?” para responder de inmediato: “No: no es

⁶⁰ “Este editorial es algo así como la Carta Magna del Modernismo y punto de partida de su estética por lo que a la prosa atañe”, escribió Manuel Pedro González en “José Martí, su circunstancia y su tiempo”, en *José Martí, esquema ideológico*, selec., prefacio, glosas y notas de M. P. González [...] e Ivan A. Schulman [...], México, Cultural, 1961, p. 17. José Antonio Portuondo ratificó: “el primer manifiesto del modernismo lo escribe José Martí en 1880 [*sic*] en el segundo número de la *Revista Venezolana* cuando él trata de explicar sus propias ideas”, en Varios, *En torno a José Martí*, p. 336.

⁶¹ José Martí, “El carácter de la *Revista Venezolana*” (1881), *O. C.*, t. VII, p. 208.

esa la obra.”⁶² Y más adelante: “Es fuerza convidar a las letras a que vengan a andar la vía patriótica de brazo de la historia”.⁶³ En la segunda vertiente, Martí expone sus criterios estilísticos, que le han valido el reproche “de esmerado y de pulcro”.⁶⁴ “No es defensa, sino aclaración lo que aquí hacemos”, afirma. Pero la aclaración resulta ser una vehemente y lúcida defensa de los aspectos formales de lo que sin duda es el alba de una nueva literatura hispanoamericana:

La frase [dice] tiene sus lujos, como el vestido, y cuál viste de lana y cuál de seda, y cuál se enoja porque siendo de lana su vestido no gusta de que sea de seda el de otro. Pues ¿cuándo empezó a ser condición mala el esmero? Sólo que aumentan las verdades con los días, y es fuerza que se abra paso esta verdad acerca del estilo: el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro. Con las zonas se cambia de atmósfera, y con los asuntos de lenguaje. Que la sencillez sea condición recomendable, no quiere decir que se excluya del traje un elegante adorno. De arcaico se tachará unas veces, de las raras en que escriba, al director de la *Revista*

⁶² *Ibid.*, p. 209.

⁶³ *Ibid.*, p. 210.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 211.

Venezolana; y se le tachará en otras de neólogo; usará de lo antiguo cuando sea necesario: no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.⁶⁵

Aunque Martí ya había realizado para entonces una tarea literaria relevante (como lo prueba el intenso texto de sus dieciocho años que es *El presidio político en Cuba*), a partir de ese momento aparece cuajada ya en él una literatura distinta, nueva, aún innominada. Cuando catorce años después, en vísperas de morir en combate, escriba la carta mencionada que se ha considerado su testamento literario, dirá allí: “Versos míos, no publique ninguno antes de *Ismaelillo*; ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos sinceros.”⁶⁶ Y aunque no haga con referencia a su prosa una declaración similar, lo cierto es que alrededor de la fecha en que escribe *Ismaelillo* (1881), también su prosa adquiere calidad mayor, acento nuevo en la lengua, resplandores “unos y sinceros”. Así lo prueban textos como su crónica “El centenario de Calderón” y como “Miguel Peña” y “Cecilio Acosta”, ejemplos de las soberanas etopeyas que prodi-gará en los años venideros.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 211 y 212.

⁶⁶ José Martí, *O. C.*, t. I, p. 26.

Junto a sus esenciales experiencias políticas (prisión, destierros, defensa del gobierno lerdista en México, conspiración, presidencia del Comité Revolucionario Cubano en Nueva York); y junto al conocimiento directo que para entonces tiene de varios países hispanoamericanos, de España, Francia y Estados Unidos, Martí se ha nutrido ya de muchas literaturas. Sobre su hondo conocimiento de los clásicos, me siguen gustando las pintorescas observaciones de Gabriela Mistral, quien dijo de él:

Mascó y comió del tuétano de buey de los clásicos; nadie puede decirle lo que a otros modernos que se quedase sin ese alimento formador de la entraña: conoció griegos y romanos. Cumplió también su obligación con los clásicos próximos, es decir, con los españoles, y fue el buen lector que pasa por los setenta rodillos de la colección Rivadeneira sin saltarse ninguno, sólo que pasa entero, sin ser molido y vuelto papilla por ellos [...] Tanto estimó a los padres de la lengua que a veces toma en cuenta a los segundones o tercerones de ella, me valga el vocablo.⁶⁷

Además Martí conocía ya lo más vivo de muchas literaturas modernas, e incluso escribía tanto

⁶⁷ Gabriela Mistral, *La lengua de Martí* (1931), pról. de Jorge Mañach, La Habana, 1934, pp. 7 y 8.

en español como en francés e inglés. Instando a los nuevos escritores hispanoamericanos a nutrirse de otras literaturas, dirá en 1882, en un trabajo sobre Wilde:

¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras, tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española? Ni la huella que en Núñez de Arce ha dejado Byron, ni la que los poetas alemanes imprimieron en Campoamor y Bécquer, ni una que otra traducción pálida de alguna obra alemana o inglesa, bastan a darnos idea de la literatura de los eslavos, germanos y sajones, cuyos poemas tienen a la vez del cisne níveo, de los castillos derruidos, de las robustas mozas que se asoman a su balcón lleno de flores y de la luz plácida y mística de las auroras boreales. Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas.⁶⁸

Pero junto a esa invitación también hay en Martí este juicio:

Es cierto que yerran los estetas en buscar, con peculiar amor, en la adoración de lo pasado y de lo extraordinario de otros tiempos, el secreto del bien-

⁶⁸ José Martí, "Oscar Wilde" (1882), *O. C.*, t. XV, p. 361.

estar espiritual en lo porvenir. Es cierto que deben los reformadores vigorosos perseguir el daño en la causa que lo engendra, que es el excesivo amor al bienestar físico, y no en el desamor del arte, que es su resultado.⁶⁹

Martí ha escrito esas palabras entre 1881 y 1882. A partir de estas fechas comenzarán a desarrollar su obra ya personal los escritores que iban a ser llamados modernistas, como Gutiérrez Nájera y Darío (en el caso de Gutiérrez Nájera, desde un poco antes). No debe olvidarse que Martí era seis años mayor que el primero, catorce mayor que el segundo. Tales escritores (al menos en su juventud, que varios de ellos no sobrepasaron) serían particularmente sensibles a *algunos* de los aspectos de la prédica martiana, con prescindencia de otros esenciales: lamentarán la pobreza de la literatura hispanoamericana, pero sin llegar a vincular acertadamente esa pobreza con una específica endebles histórica; les fascinará el estilo “esmerado y [...] pulcro” de Martí, pero desconociendo su convite “a las letras a que vengan a andar la vía patriótica del brazo de la historia”; querrán nutrirse de otras literaturas, volver los ojos a otras tierras y a otros tiempos, olvidando que para Martí no era “alimento bastante a un pueblo fuerte [...] la admiración

⁶⁹ *Ibid.*, p. 367.

servil a extraños rimadores, la *aplicación cómoda y perniciosa de otros mundos*”, y sin percatarse de que era menester “perseguir el daño en *la causa que lo engendra, que es el excesivo amor al bienestar físico*, y no en el desamor del arte, que es su resultado”.

Si estos escritores van a tener en común con Martí un estilo esmerado y pulcro; si buscan ansiosos otras literaturas, otros aires, ahogados por su desajuste social; si, sobre todo, vuelven los ojos a París, esa “capital del siglo XIX” que dirá Walter Benjamin,⁷⁰ Martí, a la vez que seguirá enriqueciendo su palabra siempre creadora, ahondará cada vez más su visión histórica, y radicado, para mejor cumplir su tarea revolucionaria, en esa otra naciente capital de su siglo (y sobre todo del XX), Nueva York, verá formarse, ante su mirada escrutadora y sus inocultables alarma y denuncia (que ya eran patentes, según los directores de periódicos que lo censuraron, en 1882), el sistema de los que precozmente llamará por su nombre: “imperialistas”.⁷¹ Para entonces han quedado atrás sus ilusiones liberales, y es un demócrata revoluciona-

⁷⁰ Walter Benjamin, *París, capital del siglo XIX*, trad. y notas de Miguel González y José Emilio Pacheco, México, 1971, *passim*.

⁷¹ “impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los *imperialistas* de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que

rio extremadamente radical, dirigente de las masas de su país, que en versos de honda raíz popular ha confesado querer echar su suerte “con los pobres de la tierra”.⁷²

Entre 1880 (desde algo antes, en el caso del precoz Gutiérrez Nájera) y 1895 ya los modernistas se han dado a conocer en publicaciones periódicas y aun en libros. Muchos de esos modernistas eran fervorosos lectores de Martí. Pero él, que ve con atención y simpatía los esfuerzos de aquellos jóvenes renovadores, ve también con preocupación su despego por sus tierras, su desarraigo. En 1890, al censurar al que bebe “por novelería o pobreza de invención, o dependencia intelectual, cuanto teoría, autóctona o traducida, sale al mercado ahíto”,⁷³ añadirá:

En América se padece esto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España;

los desprecia [...]”. José Martí, “Carta póstuma a Mercado de 18 de mayo de 1895”, *O. C.*, t. XX, p. 161.

⁷² A “los pobres de la tierra” menciona Martí en el conocido y cantado poema III de sus *Versos sencillos* (1891) (“Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi suerte echar”, *O. C.*, t. XVI, p. 67); y “Los pobres de la tierra” se llama su artículo de *Patria*, del 24 de octubre de 1894, dedicado a “los obreros cubanos en el Norte”. *O. C.*, t. III, p. 303.

⁷³ José Martí, “Un poeta. *Poetas* de Francisco Sellén” (1890), p. 189.

ni tienen aún, por la población revuelta e ignorante que heredaron, un carácter nacional que pueda más, por su novedad poética, que las literaturas donde el genio impaciente de sus hijos se nutre y complace. [...] Ahora, con el apetito de lo contemporáneo, lo accesible del idioma y el ansia loable de la perfección, lo que empieza a privar es lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho que decir, por lo que mientras se condensa el pensamiento nuevo, pulen y rematan la forma, y tallan en piedra preciosa a veces, cazos de finas y menudas facetas, donde vacían cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo en la ciudad sobrada de literatura; lo cual no ven de lejos los poetas de imaginación, o toman como real, por el desconsuelo de su vida, los que viven con un alma estética en pueblos podridos o aún no bien formados.⁷⁴

Pero quizá cuando más claramente haya expresado tanto su interés como su preocupación por los escritores modernistas fue en las líneas de gran hondura y justicia que escribiera a raíz de la muerte de Julián del Casal, en 1893 (el mismo año del encuentro en Nueva York entre Martí y Darío): “De él se puede decir”, apuntó allí, “que, paga-

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 189 y 190.

do del arte, por gustar del de Francia tan de cerca, le tomó la poesía nula, y de desgano falso e innecesario, con que los orífices del verso parisiense entretuvieron estos años últimos el vacío ideal de su época transitoria”.⁷⁵ Y refiriéndose a la generación modernista en conjunto:

en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América *esta generación literaria*, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio *criollo* y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa.⁷⁶

Hoy sabemos que ese “rebusco imitado” todavía haría estragos un tiempo más, y que “la expresión artística y sincera del juicio criollo y directo”

⁷⁵ José Martí, “Julián del Casal”, *O. C.*, t. V, p. 221.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 221 y 222.

(donde el adjetivo *criollo* tiene el sentido de *natural* de nuestras tierras) apenas ofrecía entonces ejemplos fuera de su propia obra. Pero también sabemos que entonces, en efecto, nacía la nueva literatura hispanoamericana. De ella, al año siguiente, en 1894, habló así Martí, también en *Patria*:

En América hay un alma nueva, ya creadora y artística, que, en el horno de su primer siglo libre, ha fundido al fin *en la misma generación* la pujanza ingenua de las tierras primerizas y la elegante pericia de las civilizaciones acendradas. Era como segundón de Europa, hasta hace poco tiempo, el más emancipado de los americanos, y el de más luz caía en el yerro de salir por la selva leyendo a los indios un Hugo o un Daudet. Hoy se habla en América la lengua concreta donde encaja la idea como el acero en el tahalí, y el pensamiento *criollo* impera y resplandece. Ya nuestra América se busca, y no hay pueblo que no tenga sus hombres de raíz, que procuran el remedio de los males en el conocimiento de ellos, y tienen fe en el asiento visible de las mezclas americanas. Con vehemente simpatía se unen, como si fueran de un solo pueblo, todas estas almas superiores, y está al proclamarse el credo independiente de la América nueva.⁷⁷

⁷⁷ José Martí, "La Casa Editorial Hispanoamericana" (1894), *ibid.*, p. 440.

En realidad, aunque la modestia de Martí no le permitiera decir otra cosa, ese “credo independiente de la América nueva” no estaba “al proclamarse”, sino que había sido proclamado en su propia obra, en la que sus criterios de demócrata revolucionario radical encarnaron en textos de “lengua concreta donde encaja la idea como el acero en el tahalí, y el pensamiento *criollo* impera y resplandece”: ejemplo cimero de ello es su “Nuestra América”, de 1891, verdadero “credo independiente de la América nueva”. Con plena conciencia de la ubicación histórica de nuestros países, de su necesaria unión y de los nuevos peligros que los acechan, exclamó allí:

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulseras, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbete [...] ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de

la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos!⁷⁸

Y más adelante: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas”.⁷⁹

Martí hizo posible como nadie en su tiempo injertar en nuestras repúblicas el mundo; pero, a fin de que ello tuviera verdadero sentido, se dio, también como nadie, a fortalecer el tronco de nuestras repúblicas, haciendo, según sus propias palabras, “con los oprimidos [...] causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores”.⁸⁰

No se hallan expresiones así en otros escritores hispanoamericanos de aquellos años. Acaso el delicado y bondadoso Gutiérrez Nájera pensara en expresiones similares al decir: “Martí, cuyas ideas no podemos seguir a veces, porque sus ideas tienen las alas recias, fuerte el pulmón y suben mucho”. Piénsese en las “Palabras liminares”, de *Prosas profanas*, para comprobar qué lejos estaba

⁷⁸ José Martí, “Nuestra América”, *O. C.*, t. VI, p. 16.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 18.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 19.

de esas ideas, en 1896, el mayor de aquellos poetas entonces jóvenes: Rubén Darío. Pero recordemos también, porque es necesario hacerlo, que allí no está todo Darío, y que después de 1898, con la intervención imperialista en la guerra de independencia cubana que Martí encendiera (intervención prevista por él), se producirá un importante vuelco en la obra de Darío, visible en su mejor libro: *Cantos de vida y esperanza* (1905) (Allí aparece su oda “A Roosevelt”; allí, los versos “¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? / ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?”) El hecho, que conmoviera a muchos intelectuales hispanoamericanos, ya había provocado en 1900 una obra clásica de nuestra literatura: *Ariel*, de José Enrique Rodó. A obras de esa naturaleza se dirigía la esperanza de Martí. Pero aun después de 1898 sobrevivió en parte del modernismo aquella ceguera histórica, aquella dependencia intelectual, aquel mero regodeo de superficie que Martí censurara sin ambages. Hablando de una figura como Enrique Gómez Carrillo, un reciente comentarista de su libro de 1913 *La sonrisa de la esfinge* ha dicho que resulta evidente

en la visión del Egipto contemporáneo que Gómez Carrillo nos proporciona [...] su casi absoluta carencia referencial al significativo momento histórico que el país vivía, y especialmente en los planos histórico y social. [...] Tal falta casi absoluta de

referencia a la situación colonial tan hondamente traumatizadora que, por entonces, el país experimenta, resulta especialmente incomprensible e intrigadora [...]. Surge así un Egipto fuertemente atemporalizado, casi arrancado de cuajo del cuadro de graves problemas humanos en que se debatía, totalmente ignorado por el autor en ese aspecto.⁸¹

En abierto contraste con esa “falta casi absoluta de referencia a la situación colonial”, con ese “Egipto fuertemente atemporalizado”, léase el trabajo de Martí “La revuelta en Egipto”, de 1881.⁸² Así como frente al Oriente de bisutería en que incurrieron no pocos modernistas, es impresionante la penetración del artículo martiano “Un paseo por la tierra de los anamitas”, de 1889.⁸³ La vigencia del análisis que se revela en esos textos es sorprendente. ¿Y qué decir de los millares de páginas en que Martí realizó lo que, glosando a Martínez Estrada, podríamos llamar una *Radiografía de Estados Unidos?*

Con suma razón observó Federico de Onís en 1934 que la modernidad de Martí “apuntaba más

⁸¹ Pedro Martínez Montávez, “Egipto en la visión de Enrique Gómez Carrillo”, en *Ensayos marginales de arabismo*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1977, p. 31.

⁸² José Martí, “La revuelta en Egipto”, *O. C.*, t. XIV, pp. 111-117.

⁸³ José Martí, “Un paseo por la tierra de los anamitas”, en *La Edad de Oro*, *O. C.*, t. XVIII, pp. 459-470.

lejos que la de los modernistas, y *es hoy más válida y patente que entonces*";⁸⁴ lo que complementó Juan Marinello al escribir en 1968: "es justicia proclamar que es Martí la figura primordial en una transformación de las letras latinoamericanas *que llega hasta nosotros*".⁸⁵

INICIO DE NUESTRA ÉPOCA

Y es que, en verdad, lo que Martí inicia no es una escuela, ni un movimiento, ni siquiera (exclusivamente) un periodo de la literatura hispanoamericana. Lo que inicia es la toma de conciencia de una época: una época *histórica*, con su correspondiente literatura. ¿Y cómo llamar a esa época?

Nosotros no contamos aún con una historia social de la literatura hispanoamericana, aunque haya proyectos loables en este sentido, como los de Alejandro Losada, Hernán Vidal y Ana Pizarro. Sólo una historia de esa naturaleza, realizada cabalmente, permitirá ver en su justo sitio los momentos, obras y personalidades de nuestra litera-

⁸⁴ Federico de Onís, "José Martí", en Onís, *op. cit.*, p. 35. Cursivas de Onís.

⁸⁵ Juan Marinello, "Martí: poesía" (1968), *Dieciocho ensayos...*, p. 274. Cursivas de Marinello.

tura. Pero por ahora nada nos impide ir a plantear a nuestra historia la pregunta formulada.

En el libro de Pablo González Casanova *Imperialismo y liberación en América Latina. Una introducción a la historia contemporánea*, leemos:

La historia contemporánea de América Latina abarca aproximadamente de 1880 a nuestros días. Corresponde a un proceso de ascenso y crisis del imperialismo y del sistema capitalista mundial. En las antiguas potencias coloniales, y en Estados Unidos, se desarrolla un nuevo tipo de empresas, conocidas como el capital monopólico, que ejercen gran influencia en los aspectos del Estado y combinan las antiguas formas de expansión colonial con otras nuevas. Las conquistas de los pueblos más débiles y menos desarrollados se realizan con modernas técnicas militares; la imposición de gobernadores, nombrados directamente por las metrópolis, se complementa con la sujeción de los pueblos a través de sus propias clases gobernantes [...]. A esa historia se enfrenta otra de luchas de resistencia y liberación, en que las masas pugnan por no ser sometidas ni explotadas, o por romper los lazos que las atan.⁸⁶ El actor principal de la integración de

⁸⁶ Pablo González Casanova, *Imperialismo y liberación en América Latina. Una introducción a la historia contemporánea*, México, Siglo XXI, 1978, p. 11.

América Latina al imperialismo fue Estados Unidos, en particular sus hombres de negocios, sus gobernantes, sus aventureros y piratas. El actor principal de la liberación fueron las masas de América Latina [...].⁸⁷

No cabe duda de que a José Martí correspondió encabezar esta época que aún vivimos, la historia contemporánea de nuestra América, en sus combates, en sus ideas, en sus letras. Se trata de una época que se abrió alrededor de 1880 y en la que se halla hoy el conjunto de la América Latina y el Caribe: *la época del imperialismo y de la liberación*. Dentro de esa época, como en todos los casos similares, es necesario señalar periodos. Pablo González Casanova lo ha hecho en lo que toca a la historia.⁸⁸ ¿Van a aceptarse tales periodos, sin modificaciones, para nuestra historia *literaria*? No creo que deba procederse mecánicamente así. En otra ocasión traté el complejo problema de la periodización de nuestra historia literaria.⁸⁹ No es este el momento de afrontar de nuevo tal problema. Pero una cuestión, al menos, parece evidente: en lo que toca a Hispanoamérica, *el modernismo*

⁸⁷ *Ibid.*, p. 14.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 14-49.

⁸⁹ Véase Roberto Fernández Retamar, "Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana", en Fernández Retamar, *Para una teoría...*, pp. 73-85.

es el primer periodo *literario* de la época *histórica* del imperialismo y de la liberación. Y al encabezar Martí la época, tanto histórica como literaria, encabeza también, necesariamente, su primer *periodo*: pero, al mismo tiempo, lo sobrepasa, sigue conservando vigencia en la medida en que su época permanece viva, abierta. Incluso algunos modernistas indudables van más allá de su momento y alimentan otros periodos. El ejemplo más señalado es el de Rubén Darío, quien no sólo es reconocido como una suerte de nuevo Garcilaso por las sucesivas generaciones de poetas hispánicos, sino que incluso es asumido entrañablemente como su máxima figura intelectual por la Nicaragua revolucionaria.⁹⁰

APASIONANTE CONTEMPORÁNEO

En el caso de Martí, es obvio que no es en calidad de modernista, sino de iniciador de una época (en la cual el modernismo, con sus virtudes y sus limi-

⁹⁰ Véanse Carlos Fonseca, "Darío y Gorki", en *Casa de las Américas*, núm. 117, noviembre-diciembre de 1979; Vidaluz Meneses, "Rubén Darío, el modernismo y la independencia cultural de Nicaragua" (1988), Varios, *Recreaciones: ensayos sobre la obra de Rubén Darío*, pról. y ed. de Ivan A. Schulman con la ayuda de Hugo Achugar, Hanover, N. H., 1992.

taciones, queda inmerso), que puede decirse de él, como hace Federico de Onís, que

se nos impone al principio de ella [de su época] en América como el máximo creador y sembrador de ideas, formas, tendencias y actividades que han tenido la virtud de perdurar como *dominantes* y que están *cada vez más llenas de posibilidades para el futuro*. Toda su obra, en prosa y en verso, [...] sus discursos, sus ensayos, sus poemas, sus artículos, sus diarios y sus cartas, [...] todo lo que escribió, está lleno de gérmenes nuevos que *anuncian las corrientes y direcciones que va a seguir en su desarrollo posterior la literatura en América*.⁹¹

De Onís acierta también cuando afirma:

Martí tuvo conciencia clara del sentido de su época en el mundo y en América, y este fue su mayor hallazgo, el que informa toda su obra prestándole universalidad. Vio desde muy temprano cómo el mundo estructurado del siglo XIX entraba desde 1880 en una época de transición en la que se estaba incubando un mundo en el que tendría cabida la originalidad americana.⁹²

⁹¹ Federico de Onís, "Martí y el modernismo", *Memoria del Congreso de Escritores Martianos...*, p. 435.

⁹² *Ibid.*, p. 437.

Pero se equivoca De Onís cuando añade: “Esa época de transición es la que iba a ser el modernismo”.⁹³ No: esa época era (es) la del imperialismo y de la liberación. Como también yerra al asegurar que “el valor de Martí sea esencialmente estético”.⁹⁴ Ya Gabriela Mistral había corregido este error al decir en 1930: “Se hablará siempre de él [de Martí] como de un caso moral, y su caso literario lo pondremos como una consecuencia.”⁹⁵ No puede haber sido “esencialmente estético” el valor del hombre que escribió: “La justicia primero y el arte después. [...] Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera.”⁹⁶ Pero lo realmente extraordinario es que Martí fundió en sí lo político, lo moral y lo estético, mereciendo plenamente que Marinello dijera de él que fue “el héroe que dio a la libertad la categoría de la belleza”.⁹⁷

No interesa aquí, sin embargo, polemizar con De Onís. Por el contrario, al margen de esos desacuerdos, hay que reconocer cuánto vio el maestro español en lo tocante a la futuridad literaria de

⁹³ *Loc. cit.*

⁹⁴ *Ibid.*, p. 442.

⁹⁵ Mistral, *op. cit.*, p. 35.

⁹⁶ José Martí, “La exposición de pinturas del ruso Vereschagin” (1889), *O. C.*, t. XV, p. 443.

⁹⁷ Juan Marinello, “Discurso pronunciado en la clausura del II Seminario Juvenil de Estudios Martianos” (1974), en Marinello, *Dieciocho ensayos...*, p. 334.

Martí. Por ello me permitiré citarlo de nuevo *in extenso*, ya por última vez, sobre este punto:

En los diarios es donde se demora en la pintura más íntima de su pueblo, del alma de sus hombres, de la naturaleza tropical, de la jugosa habla popular, viniendo a ser el antecedente más genuino de la nueva visión de la tierra y el pueblo de América que producirá la novela y el cuento del siglo XX. En sus poesías, por ser la flor más íntima de su obra, se ve aún más marcada la diferencia entre los estilos, el ensayo perpetuo de renovación, el caminar de lo libre a lo sencillo, de lo culto a lo popular. Lo uno y lo otro, separado o junto, anuncian tendencias que van a dominar en la poesía más moderna de España y de América. Habría que considerar otros aspectos de la obra martiana que inician corrientes nuevas [...] Entre ellos [...] el indigenismo [...] y lo mismo el negrismo y toda forma de popularismo de cualquier tierra americana, que iban luego a florecer en toda América, no como pintoresquismo romántico o regionalismo costumbrista, sino como sustancia y expresión del propio ser.⁹⁸

Tales cosas se escribían a mediados de este siglo. Varias décadas después, a más de ratificar esas palabras, ¿no se impone la vigencia de los discursos?

⁹⁸ Onís, *op. cit.*, pp. 445 y 446.

sos martianos en discursos de dirigentes revolucionarios de nuestra América? ¿No resuena su *Diario de campaña* en el *Diario en Bolivia* del Che Guevara? ¿No está presente Martí en el testimonio, en el ensayo, en el verso, en la literatura para niños de la Hispanoamérica actual? ¿Y no sería fructuoso, a pesar del despego que Martí mostró ante el género hegemonizado en su momento por cierta novelística, de sesgo naturalista (“profundo *como un bisturí* y útil *como un médico*”), ver en qué medida el misterioso y deslumbrante realismo martiano se derrama en buena parte de la nueva novela hispanoamericana? “¡Qué novela tan linda la historia de América!”, exclamó Martí en 1889.⁹⁹ A lo que añadirá sesenta años después Alejo Carpentier: “¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real maravilloso?”¹⁰⁰

Iniciador de nuestra época tanto en lo político como en lo literario, José Martí es nuestro apasionante contemporáneo,¹⁰¹ y nos reserva aún muchas sorpresas en los años por venir.

⁹⁹ José Martí, “Las ruinas indias”, *La Edad de Oro*, O. C., t. XVIII, p. 389.

¹⁰⁰ Alejo Carpentier, “Prólogo” a *El reino de este mundo*, México, 1949, p. 17.

¹⁰¹ Véase Carlos Rafael Rodríguez, “José Martí, contemporáneo y compañero”, *Universidad de La Habana*, núms. 196-197, 1972, *passim*. C. R. Rodríguez recogió esta conferencia en su libro *José Martí, guía y compañero*, La Habana, CEM, 1979.

INTRODUCCIÓN A *LA EDAD DE ORO*^o

Entregado desde sus primeros años a urgencias políticas y morales (vistas por él como inseparables) que lo llevarían al presidio, al destierro, la conspiración, la organización partidaria, la guerra y finalmente a la muerte en combate, lo que José Martí llamaba su “papelería” conoció una existencia bien azarosa. Baste recordar que Martí sólo publicó dos cuadernos de versos y unos cuantos más casi siempre políticos, en ediciones fuera de comercio. El resto (enorme) quedó disperso en numerosos periódicos y revistas, en cartas, en diarios y apuntes íntimos, en otros textos inéditos, en discursos con frecuencia improvisados y perdidos para siempre. Sin embargo, quien así desatendió la difusión de sus creaciones verbales fue considerado por Alfonso Reyes, en su exigente *El deslinde*,

^o La primera versión de este trabajo apareció al frente de la edición de *La Edad de Oro*, México, FCE, 1992.

“supremo varón literario”,¹ lo que con otras palabras había sido dicho ya por los primeros grandes exégetas de la escritura martiana: Domingo Faustino Sarmiento² y, sobre todo, Rubén Darío,³ y le seguirá siendo reconocido hasta hoy por autores muy diversos.

Aquella condición indudable explica en gran medida el interés que los textos de Martí vienen suscitando. Cinco años después de su muerte empezó a publicarse, en 1900, la primera edición de

¹ Alfonso Reyes, *El deslinde...* [1944], en *Obras completas*, México, FCE, 1963, t. XV, p. 255. En su póstumo *Anecdotario*, prologado por Alicia Reyes, México, Era, 1968, p. 108, escribió Reyes: “Martí, la más pasmosa organización literaria”.

² “En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal [...]”. Domingo Faustino Sarmiento, “La libertad iluminando al mundo” [1887], *Obras*, Buenos Aires, 1900, t. XLVI, pp. 175 y 176.

³ En 1888 afirmó Rubén Darío que Martí “escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América”. Raúl Silva Castro, *Obras desconocidas de Rubén Darío*, Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile, 1934, p. 201. No se han reunido aún en libro conjunto los numerosos y adivinadores acercamientos a Martí de Darío, que abarcan la mayor parte de la vida de éste. *Cfr.* en particular “José Martí”, *Los raros*, Buenos Aires, Tipográfica La Vasconia, 1896, y “José Martí, poeta”, en *La Nación*, 1913, republicados ambos en *Archivo José Martí*, núm. 7, 1944. *Cfr.* también, de Ángel Augier, *Cuba en Darío y Darío en Cuba*, La Habana, 1989, esp. “Presencia de José Martí”, pp. 53-100.

sus *Obras*.⁴ Entre ellas apareció, en 1911, una novela: *Amistad funesta* (o *Lucía Jerez*), que Martí diera a conocer en 1885, por entregas y con seudónimo.⁵ En 1913, también en dicha edición, apareció, junto a dos anteriores ya publicadas, una tercera colección poética suya, que él había mantenido inédita: *Versos libres*.⁶ Hubo que esperar a 1941 para que viera la luz su *Diario de campaña*.⁷ Todavía en 1980 Ernesto Mejía Sánchez pudo revelar una treintena de crónicas suyas destinadas al periódico mexicano *El Partido Liberal*⁸ que no habían sido recogidas

⁴ [José] Martí, *Cuba*, con una nota de Gonzalo de Quesada, Washington, Gonzalo de Quesada Editor, 1900, es el volumen inicial de la primera edición de obras de Martí, la cual se publicó en distintas ciudades entre 1900 y 1919, y llegó a tener quince tomos. El último apareció después del fallecimiento, en 1915, del editor, con una nota suya escrita en enero de ese año, y otra de la viuda, Angelina Miranda de Quesada, de diciembre de 1916. Además del valor que le da a esta edición el ser la primera —y de la que han derivado las demás—, a partir del volumen II lleva al frente textos con frecuencia valiosos sobre Martí.

⁵ [José] Martí, *Amistad funesta (novela)*, con una nota de Gonzalo de Quesada, vol. X [de las *Obras*], Berlín, Gonzalo de Quesada Editor, 1911.

⁶ [José] Martí, *Ismaelillo* [1882], *Versos sencillos* [1891], *Versos libres*, con una nota de Gonzalo de Quesada, vol. XI [de las *Obras*], La Habana, 1913.

⁷ “Diario de José Martí (abril 9 a mayo 17 de 1895)”, en *Diario de campaña del Mayor General Máximo Gómez [...]*, La Habana, 1941, pp. 287-325.

⁸ N.C.N.Y.

en sus llamadas *Obras completas*. No es aventurado conjeturar que una búsqueda similar en *La Nación*, de Buenos Aires, donde Martí colaboró entre 1882 y al menos 1891, debe dar resultado parecido (esa búsqueda la está haciendo ahora la investigadora argentina Norma Fernández). Distintas publicaciones, y en especial el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, suelen recoger textos de esta índole. La primera edición crítica de las obras realmente completas de Martí empezó a aparecer en 1983.⁹ La edición crítica de su poesía completa vino a publicarse en 1985.¹⁰ Y la de su *Epistolario*, en 1993.¹¹

Al lado de otras de sus obras, menos azaroso ha sido el caso de *La Edad de Oro*, que en 1989 cumplió su primer siglo. De todas maneras, no le han faltado avatares. Vio la luz en vida de Martí, quien escribió o adaptó todos sus materiales, en forma de revista (*Publicación Mensual de Recreo e Instrucción*

⁹ José Martí, *Obras completas. Edición crítica*. Realizada por un equipo que integraron Cintio Vitier, Fina García Marruz y Emilio de Armas, t. I, con “Unas palabras a modo de introducción” de Fidel Castro Ruz, y una “Nota editorial” del Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1983 (2ª ed., 2000); t. II, 1985 (2ª ed., 2000); t. III, 2000; t. IV, 2000.

¹⁰ José Martí, *Poesía completa. Edición crítica*, con una “Nota editorial” de Cintio Vitier, Fina García Marruz y Emilio de Armas, 2 t., La Habana, 1985.

¹¹ José Martí, *Epistolario*, comp., ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, 5 t., La Habana, 1993.

Dedicada a los Niños de América), de la cual aparecieron en Nueva York los números de julio a octubre de 1889. En 1905 se publicó por primera vez como libro, en Italia, dentro de la colección inicial de las obras martianas que he mencionado.¹² Sólo en 1921, en Costa Rica, conoció al fin una edición hispanoamericana,¹³ en 1932, la primera edición cubana,¹⁴ y en 1942 la primera edición mexicana.¹⁵ Muchas otras la han seguido.

Poca información nos ha dejado Martí sobre esta singular revista. Tal información aparece en una circular que la anuncia, y en algunas de sus cartas.¹⁶ Esta es la circular que sirvió de heraldo

¹² [José] Martí, *La Edad de Oro*, introd. de Gonzalo de Quesada, vol. V [de las *Obras*], Roma/Turín, Gonzalo de Quesada Editor, 1905.

¹³ José Martí, *La Edad de Oro* [...], San José, Costa Rica, C.A. Publicado por J[oaquín] García Monge, 1921. Existen dos ediciones: una en dos volúmenes, y otra en uno.

¹⁴ José Martí, *La Edad de Oro*, introd. de Emilio Roig de Leuchsenring, La Habana, Cultural, 1932.

¹⁵ José Martí, *La Edad de Oro*, pról. de Mauricio Magdaleno, México, SEP, 1942.

¹⁶ Las cartas conservadas de Martí en que menciona *La Edad de Oro* son a Rodolfo Menéndez, del 26 de junio; a Amador Esteva, del 27 de julio; a Rafael Serra, de julio [agosto]; a Manuel Mercado, del 3 de agosto; a Emilio Núñez, del 16 de septiembre; a Miguel Tedín, del 17 de octubre; a Manuel Mercado, del 26 de noviembre, y del [24 de] diciembre (todas de 1889), y a María Mantilla, del 9 de abril de 1895. Se hallan en *O. C.*, t. XX. Aunque cito por esta edición, en lo que toca a

a la publicación, y que es conveniente conocer íntegra:

Cada día primero de mes se publicará en Nueva York un número de *La Edad de Oro*, con artículos completos y propios, y compuesto de manera que responda a las necesidades especiales de los países de lengua española en América, y contribuya todo en cada número directa y agradablemente a la instrucción ordenada y útil de nuestros niños y niñas, sin traducciones vanas de trabajos escritos para niños de carácter y de países diversos. [...] La empresa de *La Edad de Oro* desea poner en las manos del niño de América un libro que lo ocupe y regocije, le enseñe sin fatiga, le cuente en resumen pintoresco lo pasado y lo contemporáneo, le estimule a emplear por igual sus facultades mentales y físicas, a amar el sentimiento más que lo sentimental, a reemplazar la poesía enfermiza y retórica que está aún en boga, con aquella otra sana y útil que nace del conocimiento del mundo; a estudiar de preferencia las leyes, agentes e historia de la tierra donde ha de trabajar por la gloria de su nombre y las necesidades del sustento. [...] Cada número contendrá,

esta nota puede hacerse también por el *Epistolario*. Todas las cartas están en el t. II, 1888-1891, salvo la última, que está en el t. V, 1895. He señalado entre corchetes una rectificación de fecha que provienen de dicho *Epistolario*.

en lectura que interese como un cuento, artículos que sean verdaderos resúmenes de ciencias, industrias, artes, historia y literatura, junto con artículos de viajes, biografías, descripciones de juegos y de costumbres, fábulas y versos. Los temas escogidos serán siempre tales que, por mucha doctrina que lleven en sí, no parezca que la llevan, ni alarmen al lector de pocos años con el título científico ni con el lenguaje aparatoso. [...] Los artículos de *La Edad de Oro* irán acompañados de láminas de verdadero mérito, bien originales, bien reproducidas por los mejores métodos de entre las que se escojan de las obras de los buenos dibujantes, para completar la materia escrita, y hacer su enseñanza más fácil y duradera. Y el número será impreso con gran cuidado y calidad, de modo que el periódico convide al niño a leerlo, y le dé ejemplo vivo de limpieza, orden y arte. [...] El número constará de 32 páginas de dos columnas, de fina tipografía y papel excelente, con numerosas láminas y viñetas de los mejores artistas, reproduciendo escenas de costumbres, de juegos y de viajes, cuadros famosos, retratos de mujeres y hombres célebres, tipos notables, y máquinas y aparatos de los que se usan hoy en las industrias y en las ciencias. [...] Los números se venderán sueltos en las agencias del periódico, y en las principales librerías de cada país, a 25 centavos. Se reciben pedidos por semestre en la administración, *New York, William Street 77*, acompañados de

su importe para facilitar la adquisición del número a los que residan en lugares donde no haya librería, o en cuyas librerías no esté de venta *La Edad de Oro*.¹⁷

Sabemos que muchas de las obras que hoy consideramos clásicas de la literatura infantil no fueron libros escritos para niños. Tales fueron casos como los de *Historias o cuentos del tiempo pasado, con moralidades*, que en 1697 publicó sin su nombre Charles Perrault; de *Robinson Crusoe* (1719), de Daniel Defoe; de *Trabajos de Gulliver* (1726), de Jonathan Swift; e incluso, ya en este siglo, de *Platero y yo* (1914), de Juan Ramón Jiménez. Sin que ello estuviera en la intención de sus respectivos autores, receptores no previstos hicieron dar un vuelco a esas obras, las convirtieron en otras. Quizá el ejemplo más espectacular sea el del libro de Swift,

¹⁷ La circular fue recogida en la primera edición como libro de *La Edad de Oro* (cfr. nota 12), y se ha republicado en otras ediciones, por ejemplo, *O. C.*, t. XVIII, pp. 295 y 296. Sin embargo, en la edición facsimilar publicada en La Habana, con una nota sin firma (que escribí) del Centro de Estudios Martianos, en el nonagésimo aniversario de *La Edad...*, en 1979, y en nueva edición facsimilar publicada también en La Habana, con una nota de Luis Toledo Sande, en el centenario de *La Edad...* en 1989, aparece una versión algo distinta, evidentemente posterior a la inicial, pues en aquélla se da por sentada ya la existencia de la revista.

que él concibió como una sátira amarga contra la humanidad, y la gente menuda contribuyó a transformar en una entretenida serie de aventuras. Y esa transformación empezó muy pronto, como lo muestra que el primer periódico para niños, editado por John Newberry en Inglaterra entre 1751 y 1752, llevara el nombre de *The Lilliputian Magazine*. Publicaciones similares se iban a desarrollar posteriormente, y al parecer encontraron su mejor momento en la segunda mitad del siglo XIX. La revista de Martí se inserta en esa familia.

Al relacionar a *La Edad de Oro* con parte considerable de tal familia, Silvia A. Barros, en documentado estudio, ha podido escribir:

De la comparación con otras revistas infantiles de la época resalta la comprensión del verdadero valor e importancia que en el sentido estético y estilístico tiene la creación de José Martí en la literatura universal para niños. [...] La gran diferencia radica sin duda alguna en la forma y en los logros expresivos, lo que constituye una prueba definitiva del genio literario de Martí.¹⁸

¹⁸ Silvia A. Barros, “La literatura para niños de José Martí en su época (notas hacia el impresionismo en *La Edad de Oro*)” [c. 1975], en Varios, *Acerca de La Edad de Oro*, selec. y pról. de Salvador Arias, 2ª ed. corregida y aumentada, La Habana, Letras Cubanas, 1989, p. 340.

Sin minimizar en absoluto este relevante juicio, sería muy útil hacer también una comparación similar no ya en lo que toca a “la temática, [...] la actitud más o menos moralizante y [...] el doble propósito de recrear e instruir”, aspectos en que, como era previsible, para esta autora (y suponemos que también para otros), *La Edad de Oro* es semejante a “las revistas infantiles del periodo, en España y Estados Unidos”,¹⁹ y acaso igualmente en Francia; sino en cuanto a las ideas, los criterios expuestos por el Martí radical en *La Edad de Oro* (que él creó con la finalidad de propagar bella y delicadamente entre la más nueva generación de su América tales ideas, tales criterios) y los que lo fueron en revistas infantiles coetáneas. Es bien posible que en esta segunda línea resalte no menos que en la primera “el verdadero valor e importancia” que en cuanto al pensamiento “tiene la creación de José Martí” dirigida a los niños, vista esa creación con perspectiva “universal”, en lo que radica otra “gran diferencia” y “constituye una prueba definitiva del genio [...] de Martí”, esta vez como pensador. Desde luego, en casos como el suyo la separación entre las dos líneas mentadas (forma/pensamiento), a las que también me refiero más de una vez en estas páginas, es producto de una abstracción hecha a menudo con fines didác-

¹⁹ *Ibid.*

ticos, ya que sobre Martí es necesario decir lo que en 1875, a sus veintidós años, él dijera de Hugo: “Su forma es una parte de su obra, y un verdadero pensamiento”.²⁰

Volviendo a aquella transformación (o mejor, transfuncionalización) que hizo de obras concebidas para adultos, obras para niños, hay que añadir que, en correspondencia con esa transfuncionalización, *La Edad de Oro* puede (debe) ser leída también como una obra para adultos, según ocurre con obras de Andersen, Carroll, Tolstoy, Kipling o Saint-Exupéry. Esto fue señalado desde la aparición misma de la revista. En agosto de 1889, Enrique José Varona afirmaba: “Es un periódico para los pequeños, que merece toda la atención de los grandes”.²¹ Y Manuel Gutiérrez Nájera, en excelente reseña de la obra, añadiría en septiembre de aquel año: “Es un periódico mensual para los niños, que a los niños instruye, mejor dicho educa, y a los hombres deleita.”²² Comentaristas más cercanos han ratificado ese punto de vista. Fryda Schultz de Mantovani diría en 1953: “Las páginas de *La Edad de Oro* no deben ser leídas sólo por los

²⁰ José Martí, “Nota introductoria a su traducción de *Mi hijo*, de Víctor Hugo” [1875], *O. C.*, t. XXIV, p. 16.

²¹ Enrique José Varona, “*La Edad de Oro*” [agosto de 1889], *Acerca de La Edad de Oro*, p. 46.

²² Manuel Gutiérrez Nájera, “*La Edad de Oro* de José Martí” [septiembre de 1889], *Acerca de La Edad de Oro*, p. 48.

niños, a quienes fue dirigida, sino también por los escritores.”²³ Y en 1974 Salvador Arias ha vuelto sobre la idea: “En Martí nunca lo didáctico se separa de lo artístico, y si el niño puede disfrutar y enriquecerse con la lectura de cualquier trozo de *La Edad de Oro*, no menos le resulta al adulto”.²⁴

Por ello, así como Hortensia Pichardo ha podido preparar sendas antologías de textos martianos para niños²⁵ y jóvenes²⁶ formadas sobre todo por materiales que Martí concibió para adultos, cabe proceder en sentido inverso, y proponer a éstos la lectura de las páginas de *La Edad de Oro*, aunque originalmente fueran pensadas para niños y jóvenes. Sin por ello olvidar nunca a los destinatarios privilegiados de esas páginas, lo que da a Martí, en este orden, el mismo carácter de iniciador que ya se le reconoce en otros.

Cuando Martí acomete la redacción de *La Edad de Oro*, a sus treinta y seis años, se encuentra en la

²³ Fryda Schultz de Mantovani, “*La Edad de Oro* de José Martí” [1953], *Acerca de La Edad de Oro*, p. 96.

²⁴ Salvador Arias, “Martí como escritor para niños (a través del análisis de dos textos de *La Edad de Oro*)” [1974], *Acerca de La Edad de Oro*, p. 236.

²⁵ José Martí, *Lectura para niños*, selec. y comentarios de Hortensia Pichardo, La Habana, Consejo Provincial de Cultura, 1962.

²⁶ José Martí, *Lectura para jóvenes*, selec. y comentarios de Hortensia Pichardo, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1960.

plenitud de su pensamiento y de su creación literaria. Si miramos a lo primero, ya había realizado análisis esenciales de las sociedades de su época, incluyendo no sólo las de lo que llamó desde temprano “nuestra América”,²⁷ sino también las del resto del mundo, y en particular de Estados Unidos.²⁸ En lo tocante a nuestra América, tuvieron importancia decisiva, además de su fundamental entrega a la causa de la independencia de Cuba, sus estancias en México (entre 1875 y 1876), Guatemala (entre 1877 y 1878) y Venezuela (primera mitad de 1881). En cuanto a Estados Unidos, donde vivió desterrado la mayor parte del tiempo entre 1880 y el inicio de 1895, fueron definitivos sus señalamientos, a medida que surgían, de los rasgos que luego se sabría que eran característicos del entonces naciente imperialismo norteamericano, a cuyos representantes llegó a nombrar por su nombre;²⁹ y también sus agudos comentarios sobre

²⁷ Cfr. José Martí, *Política de nuestra América*, selec. y pról. de Roberto Fernández Retamar, México, Siglo XXI, 1977. Cfr. el prólogo “Martí y la revelación [dice por error ‘revolución’] de nuestra América”.

²⁸ En las *O. C.* los trabajos de Martí sobre Estados Unidos se reúnen en los tomos IX a XIII.

²⁹ En su carta última a Manuel Mercado, del 18 de mayo de 1895, Martí le escribe: “Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de Ud. y mío— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los *imperialistas* de allá y los españoles [...]”. José

las luchas obreras en aquel país durante la década de los ochenta, luchas que alcanzaron particular incandescencia a raíz de los sucesos de Chicago de mayo de 1886.³⁰ Se ha insistido en que a partir de lo revelado en la última de las crónicas suyas consagradas a dichos sucesos (“Un drama terrible”), Martí entró en el periodo de máximo radicalismo de su pensamiento, aquel en que el anticolonialista de siempre es también el primer antimperialista cabal de nuestra América, y uno de los primeros del mundo todo, al mismo tiempo que ha echado su suerte “con los pobres de la tierra”,³¹ y anuncia las revoluciones de liberación nacional y justicia social que conocerá el siglo XX.

Al parecer (aunque sobre esto no se ha dicho aún la última palabra), la madurez literaria fue al-

Martí, *Política de nuestra América*, pp. 321 y 322. *Cfr.* también el libro colectivo *José Martí, antimperialista*, con trabajos seleccionados y presentados por el Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1984.

³⁰ Las principales crónicas en que Martí se ocupó de esos sucesos fueron recogidas en José Martí, *Un drama terrible*, selec., pres. y notas del Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1987. Sobre el tema *cfr.* en este libro “Ante los sucesos de Chicago”.

³¹ A “los pobres de la tierra” mencionó Martí en el poema III de sus *Versos sencillos* [1891], *O. C.*, t. XVI, p. 67. Y así se llamó el artículo suyo publicado en el periódico *Patria*, el 24 de octubre de 1894, que trata sobre “los obreros cubanos en el Norte”. *O. C.*, t. III, p. 303.

canzada por Martí antes que la de su pensamiento. En sus textos de 1881 y 1882, según muchos estudiosos, se ha anunciado y ha comenzado a realizarse la nueva literatura hispanoamericana: para algunos, se trata del modernismo;³² para otros, de la actual literatura hispanoamericana en su conjunto:³³ en lo que todos coinciden, es en reconocerle madurez literaria a Martí ya desde los inicios de la década de los ochenta.

Martí, pues, escribe *La Edad de Oro* en un momento cenital de su pensamiento y su expresión. En aquel año 1889 había publicado ya, antes de

³² Cfr. Manuel Pedro González, *José Martí en el octogésimo aniversario de la iniciación modernista 1882-1962*, Caracas, 1962. Ya Pedro Henríquez Ureña había señalado: "No tuvo Martí intención de iniciar una revolución literaria, entregado como estaba a sus planes de insurrección política, pero el año de 1882, en que se publicó *Ismaelillo*, suele tomarse como fecha inicial de una nueva tendencia en nuestra poesía, conocida más tarde bajo el incoloro nombre de *modernismo*." Pedro Enríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, trad. de Joaquín Diez-Canedo, México, FCE, 1949, p. 169. Dos recientes antologías de la poesía modernista hispanoamericana asumen ese criterio: *Poesía modernista. Una antología general*, selec., pról., notas y cron. de José Emilio Pacheco, México, SEP/UNAM, 1982; y *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana*, selec., introd., notas y bibliografías de José Olivio Jiménez, Madrid, Hiperión, 1985.

³³ Cfr. Federico de Onís, "Martí y el modernismo", en *Memoria del Congreso de Escritores Martianos...*, La Habana, 1953; y "Naturalidad y novedad en la literatura martiana", en este libro.

su revista para niños, la enérgica “Vindicación de Cuba”,³⁴ y trenzadas quizá con las últimas páginas de *La Edad*... iniciaría sus crónicas sobre (contra) la Primera Conferencia Panamericana, realizada en Washington entre 1889 y 1890;³⁵ luego ofrecería a los cubanos de Nueva York su discurso del 10 de octubre,³⁶ y a los delegados hispanoamericanos a aquella conferencia, en diciembre, el discurso suyo que iba a ser nombrado “Madre América”.³⁷ Todos ellos, textos representativos de su etapa de plenitud.

Conocido lo anterior, comprendemos el sentido cabal de lo que Martí dice a su fraterno confidente, el mexicano Manuel A. Mercado, en carta del 3 de agosto de 1889, a la que acompañaba ejemplares del primer número de *La Edad de Oro*. Se trata, dice allí, de una

empresa en que he consentido entrar, porque, mientras me llega la hora de morir en otra mayor,

³⁴ José Martí, “Vindicación de Cuba” [21 de marzo de 1889], *O. C.*, t. I, pp. 236-241.

³⁵ *Cfr.* una selección de los textos de Martí sobre dicha conferencia en “Contra el panamericanismo”, en *Política de nuestra América*.

³⁶ José Martí, “Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en *Hardman Hall*, Nueva York”, *O. C.*, t. IV.

³⁷ José Martí, “Madre América” [19 de diciembre de 1889], en *Política de nuestra América*.

como deseo ardientemente, en ésta puedo al menos, a la vez que ayudar al sustento con decoro, poner de manera que sea durable y útil todo lo que a pura sangre me ha ido madurando en el alma. Yo no quiero que esta empresa se venga a tierra. Veo por acá que ha caído en los corazones desde la aparición de la circular. Los que esperaban, con la excusable malignidad del hombre, verme, por esta tentativa infantil, por debajo de lo que se creían obligados a ver en mí, han venido a decirme, con su sorpresa más que con sus palabras, que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre.³⁸

Cuando leí, en la “Advertencia” que Juan Ramón Jiménez puso a la edición de *Platero y yo* dedicada a los niños, la hermosa frase de Novalis “Donde quiera que haya niños, existe una edad de oro”, hubiese querido que el título de la revista martiana fuera eco de las palabras del gran poeta alemán, pero la misma carta de Martí a Mercado nos informa que el título se debió al dueño financiero de la publicación, A. Da Costa Gómez,³⁹ quien ten-

³⁸ José Martí, “Carta a Manuel A. Mercado de 3 de agosto de 1889”, *O. C.*, t. XX, p. 146.

³⁹ En la carta citada en la nota 38, Martí escribió: “No parece, de veras, que venga al mundo *La Edad de Oro*, que es título de Da Costa, con muy malos auspicios.” *Ibid.*, p. 147. Da Costa era dueño de una tipografía en Nueva York donde se

dría después tan deslucido papel. Martí añade en aquella carta:

Verá por la circular que lleva pensamiento hondo, y ya que me la echo auestas, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América. — Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa.

Ya al finalizar, sancionando que el periódico se dirige a dos horizontes de lectores, le hace esta

imprimía ya (y siguió imprimiéndose al menos hasta 1895) *La Ofrenda de Oro*, revista (publicada por la New York Life Insurance Company) en la cual Martí colaboró durante años. En dicha revista apareció en 1883 un grabado sobre el cuadro *La Edad de Oro*, del pintor alemán Edward Magnus (1799-1872), republicado en el primer número de la revista homónima. Cfr. Ricardo Luis Hernández Otero, “Colaboración martiana en *La Ofrenda de Oro* [...]”, en *Anuario L/L*, núms. 7 y 8, La Habana, 1976-1977.

petición a Mercado: “Dígame, de veras, lo que los niños de su casa han dicho de él, como niños, y lo que a usted como hombre le parece”.⁴⁰

La Edad de Oro fue editada originalmente en forma de cuatro revistas, según se dijo, y sólo volvió a aparecer así al cumplir un siglo, en una edición facsimilar;⁴¹ pero salvo esa excepción y, por supuesto, las de los textos que con frecuencia han aparecido por separado en publicaciones periódicas, cuadernos o antologías, desde 1905 hasta la fecha se le ha leído como un libro: en todo caso, como un libro con cuatro partes, como una pieza de cuatro movimientos, cada uno de los cuales reitera el *tempo* del anterior. De tal manera, al comentar la publicación se habla, lo que también voy a hacer, como si constituyeran bloques autónomos, no de los números de la revista en sí, sino de sus cuentos, sus poemas, sus artículos. Sin embargo, Martí mismo, periodista insuperado,⁴² llamó la atención, en su citada circular, sobre algunos elementos paratextuales (propios de un periódico, aunque no exclusivos de él) que es imprescindible tener en

⁴⁰ Carta citada en pp. 147 y 148.

⁴¹ Edición facsimilar publicada en el centenario de *La Edad...*, citada en la nota 17.

⁴² “Su obra [la de Martí] es [...] periodismo; pero periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma.” Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 167.

cuenta. Subrayó el número de páginas (“de dos columnas”) que tendría cada entrega, exaltó la calidad de la tipografía, la excelencia del papel y las láminas: de estas últimas dijo que servirían “para *completar* la materia escrita, y hacer su enseñanza más útil y duradera”. Es decir, que sin ellas “la materia escrita” está incompleta.⁴³ Es capital, por ejemplo, que entre las láminas aparezcan grabados de obras relacionadas con nuestra América, de tamaño no inferior a las provenientes de otras partes del mundo. Tal hecho es una manera gráfica, inmediata, de hacer ver que todas las comarcas, poderosas o débiles, tienen el mismo derecho a ser consideradas. Otro ejemplo: las láminas se refieren unas veces a figuras de importancia histórica o cultural, o a personajes de cuentos o artículos, y otras muestran ejemplos de producciones técnicas, con lo cual la cultura es ejemplificada tanto en el orden histórico o espiritual como en el orden material. Seguramente hay más cosas que decir sobre el carácter de revista que tuvo al nacer la obra, y que se revela también en los sumarios que encabezan cada entrega. Hay aún otro ejemplo bien claro: “La última página” con que concluye cada

⁴³ Ello explica que tantas ediciones de *La Edad de Oro* (a partir de la de 1905) republiquen las láminas de la edición original, de 1889; y que otras ediciones se valgan de diversas láminas.

número, y en el que éste, como en una conversación con los lectores, es comentado, a la vez que se anuncian materiales del próximo o se tocan otros temas. Esas páginas últimas también pueden ser consideradas en bloque, y así lo han sido,⁴⁴ pero en su caso es más difícil olvidar su remisión obvia a cada uno de los números en cuestión.

Volviendo al carácter de libro que finalmente vino a tener *La Edad de Oro*,⁴⁵ ese libro lleva como introducción “A los niños que lean *La Edad de Oro*”. Tal introducción, por decir así, traduce para los pequeños lectores lo que la circular citada dice en términos más secos. Es útil comparar ambos textos. En el del libro (que reúne las cuatro revistas) no hay en rigor ideas distintas a las de la circular, aunque sí menos información práctica; pero hay un tono bien diferente, que será el de la publicación toda. En ese tono también reparó tempranamente, con sagacidad, Gutiérrez Nájera:

Martí, cuyas ideas no podemos seguir a veces, porque sus ideas tienen las alas recias, fuerte el pulmón y suben mucho; Martí, en cuyo estilo mágico nos

⁴⁴ Cfr. Fryda Schultz de Mantovani, “VIII. La letra, la levadura del espíritu”, *Acerca de la Edad de Oro...*, cit.

⁴⁵ En la propia circular sobre *La Edad de Oro*, Martí le llama “un libro que ocupe y regocije” al niño de América, aunque en dos ocasiones habla de “periódico” a propósito de *La Edad...*

solemos perder de cuando en cuando [...]; Martí, para escribir *La Edad de Oro*, ha dejado de ser río y se ha hecho lago, terso, transparente, límpido. Lo diré en una frase: se ha hecho niño... un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños.⁴⁶

Herminio Almendros, autor de un libro básico *A propósito de La Edad de Oro*, con referencia especial a sus cuentos nos presenta a un Martí complaciéndose

en tomar el papel del niño, adivinarle por dentro y escribir a su dictado [...] intentando reproducir [...] su manera infantil de sentir y de expresarse. [...] Martí llega a reproducir el soliloquio de un niño; a dar su pensamiento de asociaciones caprichosas, sus juegos con las ideas, sus tornadizas fantasías... y la expresión más cabal de todo ello [...] como si fuera el mismo niño quien pensara y hablara.⁴⁷

En efecto, en *La Edad de Oro* Martí asume la mirada, la voz del niño, de modo semejante a como

⁴⁶ Gutiérrez Nájera, *op. cit.*, p. 50.

⁴⁷ Herminio Almendros, *A propósito de "La Edad de Oro" de José Martí. Notas sobre literatura infantil* [1956], 2ª ed., corregida y ampliada, La Habana, Pueblo y Educación, 1972, pp. 135-138.

hará luego César Vallejo en “A mi hermano Miguel”, de *Los heraldos negros* (1919), y en el poema III (“Las personas mayores...”) de *Trilce* (1922).⁴⁸ Dichos textos vallejianos se dirigen a lectores adultos, pero es de desear que también sean conocidos por niños.

Martí fue desde luego plenamente consciente de la singularidad del idioma de su revista, cuyo vocabulario suele estar al alcance de sus jóvenes lectores, y cuya sintaxis (por ejemplo, en lo tocante al polisíndeton) busca semejarse a la del niño; siempre, con un alto grado de elaboración estética. Al escribir una carta el 9 de abril de 1895 a la niña que más amó y a quien crió como hija, María Mantilla, le dijo:

Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas [...] leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música.⁴⁹

⁴⁸ En *Poesía completa* de César Vallejo, edición crítica y estudio introductorio de Raúl Hernández Novás, La Habana, Casa de las Américas, 1988, “A mi hermano Miguel” está en la p. 71, y el poema II de *Trilce*, en la p. 113.

⁴⁹ José Martí, “Carta a María Mantilla”, p. 217.

Ese “castellano útil y sencillo”, “simple y puro”, comprensible por los niños, es al mismo tiempo un lenguaje lleno de “sentido y música” (se piensa en el complejo poema inicial de sus *Versos sencillos* [1891]: “Todo es hermoso y constante, / *Todo es música y razón*, / Y todo, como el diamante, / Antes que luz es carbón”).⁵⁰ Es decir, lo contrario de un lenguaje banalizado, “excesiva o deliberadamente ingenuo”, como ha sabido ver Fina García Marruz, quien también ha dicho en notable ensayo sobre la obra:

El idioma de *La Edad de Oro*, si bien imita al del niño, en general es sólo sencillo a fuerza de ser sintético. Por momentos, si bien se observa, es oscuro, sólo que no lo parece porque es una oscuridad natural, que proviene de la vida, no del arte [...] Esa oscuridad siempre la ha entendido el pueblo, como que es la suya, como también la entiende el niño, en cuyas conversaciones hay tantos elementos de gracioso enmarañamiento verbal y oscuridad imaginativa.⁵¹

Por su parte, Aurora de Albornoz considera que en algunas páginas de *La Edad de Oro* (con-

⁵⁰ José Martí, *O. C.*, t. XVI, p. 65. Cursivas de Fernández Retamar.

⁵¹ Fina García Marruz, “*La Edad de Oro*” [c. 1969], *Acercas de La Edad de Oro*, pp. 193 y 196.

cretamente, en el cuento “La muñeca negra”, que estudia amorosamente) Martí va “creando —me parece que por primera vez en nuestra literatura— un mundo infantil, dicho en lenguaje infantil”.⁵²

Salvo la presentación, que por supuesto sólo aparece en el primero de los números, todos tienen una estructura similar, con cuentos, poemas, artículos y la sección “La última página”. Los poemas están ausentes en el número final. Los materiales no toman siempre en consideración a lectores de la misma edad. Por lo general, los cuentos y los poemas se dirigen a lectores (u oyentes) de pocos años, a quienes en algunos casos se les deben leer. Los artículos, en el otro extremo, suponen un lector incluso adolescente. Y como se ha dicho ya, todos los textos son propios también para adultos.

En tres cuentos, dos poemas y al menos un artículo completo que aparecen en *La Edad...*, Martí presenta versiones hechas por él de trabajos de otros autores, de otras lenguas. En todos los textos que no son de su invención (los cuentos “Meñique” y “El camarón encantado”, de Laboulaye, y “Los dos ruiseñores”, de Andersen, los poemas “Cada uno a su oficio”, de Emerson, “Los dos príncipes”, de Helen Hunt Jackson, y el artículo “Músicos,

⁵² Aurora de Albornoz, “José Martí: el mundo de los niños contado en lenguaje infantil” [c. 1982], *Acercas de la Edad de Oro*, p. 363.

poetas y pintores”, que proviene de Samuel Smiles), Martí se toma las libertades que considera necesarias a fin de dar adecuada casa española a los materiales. Sobrada experiencia tenía ya de ese proceder, que lo llevó a traducir (a “transpensar”,⁵³ según su certera expresión) con gran eficacia *Mis hijos*, de Víctor Hugo, en 1875, y en 1887 *Ramona*, de la propia Helen Hunt Jackson. En relación con esta última novela, Pedro Henríquez Ureña dijo que Martí “hizo una traducción resumida de la *Ramona* [...] mejorando el estilo del original”.⁵⁴ El ejemplo más logrado de esta faena es sin duda el poema “Los dos príncipes”, que por otra parte Martí no consideró traducción sino que señaló que fue hecho sobre una “idea de la poetisa norteamericana Helen Hunt Jackson”, y que desde un trabajo de José María Chacón y Calvo⁵⁵ ha sido estudiado con acierto, señalándose cómo Martí hace del poema de la norteamericana “The Prince is Dead” una pieza en dos romances engarzados en la mejor tradición del español.

Los otros cuatro cuentos de la revista son enteramente de Martí: “Bebé y el señor Don Pom-

⁵³ “Traducir es transcribir de un idioma a otro. Yo creo más, yo creo que traducir es transpensar.” José Martí, *O. C.*, t. XXIV, p. 16.

⁵⁴ Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 263.

⁵⁵ José María Chacón y Calvo, “Lo popular hispánico en “Los dos príncipes” [1954], *Acerca de La Edad de Oro*.

poso”, “Nené traviesa”, “Los zapaticos de rosa” y “La muñeca negra”. Almendros afirma que en esos cuentos “Martí relata hechos de la vida real, que nos parece que son de su vida propia; escenas a las que asistió y que vivió él mismo, que impresionaron su corazón; que quedaron fijas en su memoria y que merecían ser contadas”.⁵⁶ Entre los rasgos más encantadores de estos cuentos están el que sus pequeños protagonistas sean deliciosamente imperfectos, y el que sus peripecias no estén lastimadas por moralejas obvias. Como obras literarias en general, su familia inmediata es la del cuento modernista tal como éste había venido siendo elaborado por Manuel Gutiérrez Nájera en *Cuentos frágiles* (1883) y Rubén Darío en varios relatos de *Azul...* (1888). Se ha conjeturado que Martí esbozó tal tipo de cuento antes, en “Hora de lluvia”, publicado en México en 1875 y descubierto en 1980.⁵⁷

⁵⁶ Almendros, *op. cit.*, p. 132.

⁵⁷ José Martí, “Hora de lluvia”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, núm. 4, pp. 6-10. El descubrimiento y la “Nota” que precede a este “cuento desconocido” (el cual apareció originalmente, sin firma de autor, en la *Revista Universal*, México, el 17 de octubre de 1875) son de Cintio Vitier y Fina García Marruz, quienes me comunicaron de viva voz la conjetura que he mencionado. Tal conjetura es también asumida en el trabajo de Luis Toledo Sande “Los cuentos de José Martí y Rubén Darío: apuntes para un viaje a la semilla”, en su libro *José Martí, con el remo de proa*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1990. Véase el cuento de *La Edad de Oro* “La mu-

Por cierto que uno de los cuentos de *La Edad...* (“Los zapaticos de rosa”) está escrito en verso, lo que, no siendo ya frecuente en su época, anuncia sin embargo al “cuento en flor” que Martí consagrará (como poema IX) en sus *Versos sencillos* a “la niña de Guatemala”; y acaso también al “cuento” que Rubén Darío dedicaría “A Margarita Debayle”.⁵⁸ Aquel cuento/poema de Martí y “Los dos príncipes” son los momentos más altos de los versos de *La Edad de Oro*. Los otros tres poemas que allí aparecen son fábulas: “Dos milagros” y “Cada uno a su oficio”, están escritos en silvas, es decir, estrofas de heptasílabos y endecasílabos; y el último, “La perla de la mora”, en serventesios, por lo que desde el punto de vista métrico no miran a los futuros *Versos sencillos*, como sí hacen los octosílabos de “Los dos príncipes” y en especial de “Los zapaticos de rosa”. Pero el asunto de “La perla de la mora” reaparece en el poema XLII de *Versos sencillos*, lo que revela cuánto importó a Martí ese asunto: el de una mujer árabe que menospreció el

ñeca negra” considerado entre otros cuentos modernistas en la *Antología crítica de la prosa modernista hispanoamericana*, selec., introd. y bibliografías de José Olivio Jiménez y Antonio R. de la Campa, Nueva York, 1976.

⁵⁸ “A Margarita Debayle” apareció en el libro de Rubén Darío *Poema del otoño y otros poemas* [1910], y está recogido en R. D., *Poesía*, pról. de Ángel Rama, ed. de Ernesto Mejía Sánchez, cron. de Julio Valle-Castillo, Caracas, Ayacucho, 1977.

valor de una perla que le tocó en suerte. En el poema XLII, la mora es nombrada Agar, quien según la Biblia (*Génesis*, 16) fue madre de Ismael: e *Ismaelillo* fue el nombre que Martí dio en sus versos⁵⁹ a su propio hijo.

En lo que toca a los artículos, por lo menos uno de cada número atañe directamente a nuestra América: el primero, “Tres héroes”, evoca a tres fundadores de patrias hispanoamericanas: Bolívar, Hidalgo y San Martín; el segundo, “Las ruinas indias”, invita al conocimiento y al amor de nuestro pasado autóctono; y el tercero, “El Padre las Casas”, es admirable semblanza de un luchador nacido en España pero inextricablemente fundido con lo mejor de nuestra historia, y a quien Simón Bolívar consideró “Apóstol de la América”. En el cuarto número, donde ya se ha señalado que no aparecen poemas, tampoco aparece artículo alguno sobre nuestra América; pero sí sendos trabajos referidos, uno, a Asia (“Un paseo por la tierra de los anamitas”), y otro, en cierta medida, a África (“Cuentos de elefantes”),⁶⁰ es decir, los otros dos

⁵⁹ Me refiero por supuesto al cuaderno *Ismaelillo*, publicado en Nueva York en 1882. José Martí, *O. C.*, t. XVI.

⁶⁰ A pesar de su título, y de que una autoridad como Almendros lo haya considerado cuento (*op. cit.*, pp. 168-170), este texto es un artículo, como lo revela su lectura, y lo dijo el propio Martí en “La última página” del número 4 (y último) de *La Edad de Oro*; es un artículo que incluye relatos breves,

continentes que han conocido, como el nuestro, rudas formas, que Martí impugna con fuerza, de colonialismo (y luego de neocolonialismo, en no pocos casos hasta nuestros días).

Los restantes artículos versan sobre asuntos de la cultura artística y literaria (“*La ilíada*, de Homero”, “Músicos, poetas y pintores”), de la cultura material (“La historia del hombre contada por sus casas”, “La exposición de París”, “Historia de la cuchara y el tenedor” y “La Galería de las máquinas”)⁶¹ y de costumbres (“Un juego nuevo y otros viejos”). En todos, sean cuales fueren los asuntos, Martí reafirma su concepción anticolonialista, popular, antirracista, racionalista, subrayando la igualdad profunda de los hombres no obstante sus diferencias externas, las semejanzas últimas de

como otros de *La Edad...* (por ejemplo, “Un paseo por la tierra de los anamitas”) y numerosas crónicas de Martí.

⁶¹ Casi todos estos últimos artículos provienen de materiales aparecidos a propósito de la Exposición Universal de París de 1889. *Cfr. Revista de la Exposición Universal de París en 1889* (F. G. Dumas, Director, y L. de Fourcaud, Redactor-Jefe), Barcelona, 1889. Este volumen de quinientas setenta y seis páginas (en el que colaboraron autores como Banville, Copée, Dumas hijo, Flammarion, Huysmans, Maupaussant, Renan, Richepin y otros) sin duda fue conocido por Martí (o su versión original francesa), pues de allí provienen no pocos grabados de *La Edad de Oro*. Quiero llamar la atención, sin embargo, sobre el espíritu patriotero, colonialista y racista de muchos de sus materiales, en vivo contraste con los textos martianos.

sus creencias. De alguna forma, los otros textos de la revista (piénsese por ejemplo en el poema “Los dos príncipes”, con su perspectiva igualitaria) también están sustentados en esos puntos de vista, que como es previsible se muestran más explícitamente en los artículos. Sobre este radicalismo del pensamiento que se manifiesta en *La Edad de Oro* llamó la atención con acierto Mirta Aguirre en un trabajo seminal: “*La Edad de Oro* y las ideas martianas sobre educación infantil”.⁶²

Esas ideas contribuyeron a darle su valor excepcional a *La Edad de Oro*. Pero también hicieron cesar su publicación, no obstante el firme propósito que Martí expresara a Mercado en carta ya citada de 3 de agosto de 1889: “Yo no quiero que esta empresa se venga a tierra.” Al propio Mercado, en carta de 26 de noviembre de ese año, le confiesa Martí:

Va el deber del artículo laborioso, y no el gusto de la carta, porque le quiero escribir con sosiego, sobre mí y sobre *La Edad de Oro*, que ha salido de mis manos — a pesar del amor con que la comencé, porque, por creencia o por miedo de comercio, quería el editor [A. Da Costa Gómez] que yo hablase del “temor de Dios”, y que el nombre de Dios, y no la

⁶² Mirta Aguirre, “*La Edad de Oro* y las ideas martianas sobre educación infantil” [1953], *Acerca de La Edad de Oro*.

tolerancia y el espíritu divino, estuviera en todos los artículos e historias. ¿Qué se ha de fundar así en tierras tan trabajadas por la intransigencia como las nuestras? Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo. Lo humilde del trabajo sólo tenía a mis ojos la excusa de estas ideas fundamentales. La precaución del programa, y el singular éxito de crítica del periódico, no me han valido para evitar este choque con las ideas, ocultas hasta ahora, o el interés alarmado del dueño de *La Edad*. Es la primera vez, a pesar de lo penoso de mi vida, que abandono lo que de veras emprendo. Si me lo aplaude Ud., no quiero más.⁶⁵

La Edad de Oro, pues, fue para Martí otro campo de batalla donde sostener y difundir, con la hermosura superior que caracterizó todas sus creaciones, “ideas fundamentales” que hacen de él un orientador capital; y de la obra, una de las auténticamente clásicas, en todos los sentidos de la palabra, que nuestra América ofrece al mundo.

La Habana, 1889-1994.

⁶⁵ José Martí, Carta a Manuel Mercado de 26 de noviembre de 1889, pp. 153 y 154.

“NUESTRA AMÉRICA”: CIEN AÑOS*

*A mis hermanos Cintio y Fina,
ausentes tan presentes en este Seminario
gaditano sobre José Martí*

Mas queda otro sendero todavía
que purga la codicia y la miseria:
la ruta vertical, la poesía.

ALFONSO REYES

1

No hay que vivir al día, sino a los siglos, aconsejaba uno de mis maestros, Miguel de Unamuno. Y a un siglo, a cien años estamos de la aparición primera de “Nuestra América”, como se subraya en el

° Leído en Cádiz, el 15 de noviembre de 1991, al clausurarse el *Seminario Hispano Cubano sobre José Martí* realizado en aquella ciudad.

título que a la conferencia final de este Seminario dieron sus organizadores, quienes me honraron generosamente al encomendármela.

No es necesario, ni acaso soportable, que intente un pleonasma de aquel trabajo mayor, sin duda conocido por ustedes: y ni qué decir que intente hacer con él lo que Pierre Menard hizo con el *Quijote* gracias a la escritura sobradora de Borges. Sólo voy a destacar que aquel trabajo conserva plena vigencia; a citar, porque es imprescindible, algunas de sus líneas; a reproducir algunas observaciones martianas que conducen a “Nuestra América” o, siendo posteriores, lo complementan, y finalmente a compartir con ustedes algunas conjeturas nacidas al calor de los cien años del texto. Ahora bien, de entrada hay que recordar que desde que, entre 1875 y 1877, aparece en Martí (quien vivía entonces exiliado en México y Guatemala) la expresión “nuestra América” para designar a los países que se extienden del Río Bravo a la Patagonia, tal expresión implica para él la existencia de *otra* América que no es nuestra, y a la que al menos a partir de 1884 llamará explícitamente “la América europea”; así como que el concepto “nuestra América” no permanece invariable en él, sino que se va cargando de sentido hasta alcanzar la incandescencia del ya secular ensayo cuya evocación nos reúne esta noche.

Esa carga de sentido está directamente relacionada con la vida de exiliado que llevó Martí en Estados Unidos entre 1880 y 1895. Si al inicio de ese exilio ya poseía él una noción clara de que nuestros países tenían que integrarse en una unidad dinámica que conservara y exaltara sus características propias, las profundas vivencias martianas en los Estados Unidos, si por una parte lo hicieron admirar lo mejor de su pueblo (trabajadores, combatientes por la justicia, pensadores, escritores), por otra parte, lo llevaron a conocer de modo directo y creciente los males que implicaba el sistema allí imperante, y el riesgo que tal sistema suponía para nosotros: hay que tener presente que durante los quince años que Martí vivió en Estados Unidos asistió con ojo sagaz y alarmado a la transformación en Estados Unidos del capitalismo premonopolista en capitalismo monopolista, y llegó (en su condición de político, pensador y periodista) a hacer un análisis y una impugnación, creo que los primeros en el mundo, de los rasgos del entonces naciente imperialismo; llegó también a comprender la razón de las grandes luchas obreras en Estados Unidos de la época de los años ochenta del siglo XIX. Tal comprensión sin duda le facilitaría identificarse del todo, poco después, con la entonces incipiente clase obrera cubana.

Momento trascendente entre sus ricas experiencias norteamericanas lo constituyó la primera

conferencia panamericana celebrada en Washington entre 1889 y 1890. Martí, el más profundo y violento censor de esa conferencia, ratificó ante ella que en Estados Unidos los “imperialistas” (con esa palabra los iba a nombrar en 1895, en su última carta, que volveré a mencionar, a su hermano mexicano Manuel Mercado) se aprestaban a lanzarse sobre las Antillas, particularmente sobre Cuba, y más tarde sobre el resto del continente: y del planeta.

Nutrido con esas experiencias y dueño de esos criterios, Martí escribió a finales de 1890, y publicó a principios de 1891, su ensayo orientador “Nuestra América”. Allí, al fustigar con gran violencia a cobardes y traidores, la actualidad de Martí cobra vigencia impresionante: “Hay que cargar los barcos”, dice, “de esos insectos dañinos que le roen el hueso a la patria que los nutre”, esos que van “paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel”, esos “desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos”. Unas líneas después añadirá: “El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América.” Contra ese “peligro mayor” va enderezado el texto martiano. Pero para poder salvarnos de él urge reconocer, proclamar y profundizar nuestra autoctonía, nuestra identidad.

A modo de premisa, y como había venido haciendo durante años, sólo que esta vez de modo

lapidario, Martí rechaza que el mundo se halle dividido entre “la civilización” y “la barbarie”, según la conocida tesis que en nuestras tierras expusieron hombres como Sarmiento, y que edulcoraba (y edulcora) la existencia de países explotadores por una parte, que se consideraban la civilización (según las últimas o penúltimas teorías de moda, quiere presentárselos ahora como protagonistas del fin de la historia), y países explotados (estigmatizados ayer como la barbarie y hoy, supuestamente, con una historia irrelevante). En los tiempos que corren, se prefiere dar a los polos de esta dicotomía los nombres de Norte y Sur.

Martí añadirá en “Nuestra América” que “ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave” de nuestro enigma, y “por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico”. Y de inmediato: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.”

A esta luz hay que entender la tajante propuesta martiana: “La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.” Y luego su consejo

clásico: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.” Por ello, los hombres de la nueva América “entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación.” Y, otra vez como si se estuviera refiriendo a nuestros días, dice Martí: “Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente.” Y más adelante: “En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos.”

Al revelar la profundización que su pensamiento social ha ido conociendo, Martí escribe en este texto inagotable: “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.” Esos “oprimidos” volverán a aparecer en texto suyo publicado ese mismo año 1891: el poema III de sus *Versos sencillos*: “Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi suerte echar.” Este criterio lo llevaría, casi al finalizar su trabajo, a decir: “No hay odio de razas, porque no hay razas”; es decir, a impugnar, en una época manchada por el más vulgar racismo (el cual sobrevivirá hasta este siglo y está levantando nueva y fétida cabeza hoy mismo), incluso la creencia misma en que existan razas, creencia particularmente inaceptable cuando y donde millones de integrantes de supuestas

“razas” inferiores se encuentran entre “los oprimidos”. Por eso habla una y otra vez de “nuestra América *mestiza*”.

A finales de ese año 1891 en cuyo pórtico mismo apareció “Nuestra América”, Martí, en acuerdo absoluto con lo planteado allí, abandona sus múltiples responsabilidades diplomáticas y periodísticas (con excepción del más hermoso periodismo político que se haya hecho nunca), y en fin, todo lo que pueda estorbarle su tarea de redención. Pasa a ser del todo, oscura y deslumbrantemente, lo que en estos tiempos suele llamarse un cuadro político, y en su caso se corresponde con lo que a lo largo de siglos se ha conocido como un apóstol. Así, El Apóstol, será nombrado con entera justicia a partir de estos años últimos de su corta vida de sacrificio y esplendor.

Es ese Martí en la plenitud de sus dones quien, tras enormes y delicados esfuerzos, funda en abril de 1892 el Partido Revolucionario Cubano, el artículo primero de cuyas *Bases* anuncia: “El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.” Que Martí no preveía sólo la independencia frente al colonialismo español lo expresa claramente en no pocos textos: por ejemplo, en su artículo de abril de 1894 “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano” (cuyo decidor subtítulo

es “El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”), donde afirma:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana; —y si libres —serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada, y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio [...] hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellos abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo. [...] Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar. [...] Un error en Cuba es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos.

A principios de 1895 Martí abandona para siempre Nueva York y se traslada a la República Dominicana, donde el 25 de marzo de 1895, ya rumbo a la guerra en Cuba, escribe al dominicano Federico Henríquez y Carvajal: “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y

acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.” Ese mismo día firma con el también dominicano Máximo Gómez, generalísimo del Ejército Libertador de Cuba, el *Manifiesto de Montecristi*, el cual, al dar a conocer al mundo las razones del conflicto bélico, explica:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas, presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre.

Y añade: “La guerra no es contra el español, que en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen, podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisos, al camino.”

Al cabo Martí regresa a Cuba, el 11 de abril de 1895, tras un periplo harto azaroso. En la isla, en atención a sus órdenes, había estallado ya, el

24 de febrero de ese año, el capítulo de la guerra independentista que él había preparado como una obra de arte, según dijera. En la manigua redentora Martí va a vivir sus últimos treinta y ocho días: acaso los únicos días felices de su vida agónica.

El 18 de mayo de aquel año empieza a escribir su última carta a Manuel Mercado. Esa carta quedó inconclusa y adquirió, junto con la que semanas antes enviara al dominicano Henríquez y Carvajal, carácter testamentario. Al día siguiente, cuando hubiera debido terminarla, Martí murió en combate.

A este ser humano excepcional Rubén Darío lo consideró “Maestro”; Gabriela Mistral, “el hombre más puro de la raza” (Gabriela se refería a nuestra estirpe, pero también puede pensarse en lo que José Vasconcelos llamaría “la raza cósmica”); Ezequiel Martínez Estrada, no sólo “un Héroe”, sino además “un Santo, un Sabio y un Mártir”; Alfonso Reyes, “supremo varón literario”, “la más pasmosa organización literaria”; y Fidel lo proclamó en 1953, y lo ha ratificado siempre, autor intelectual del ataque al cuartel Moncada y en consecuencia de la revolución desencadenada entonces.

2

En las primeras líneas de esta conferencia dije que el extraordinario texto martiano cuya evocación

clausura este encuentro conserva plena vigencia. Ahora debo añadir que este hecho me parece triste. Pues él implica, sobre todo, que el imperio contra el cual Martí se irguió con la honda de David es hoy un Goliat bravucón y pendenciero (o, como dice el admirable intelectual norteamericano Noam Chomsky, gangsteril), el Leviatán contemporáneo, el “monstruo” en cuyas “entrañas” había vivido el cubano en tiempos que comparados con los actuales parecen una dulce primavera. ¿Será a un público formado principalmente por españoles, y también por algunos cubanos (es decir, por compatriotas todos, en el sentido amplio y noble del término), a quien tenga que recordar que tres años después de la muerte de Martí, confirmando plenamente sus temores, al estallar en el puerto de La Habana el acorazado Maine, de los Estados Unidos, el gobierno de este país acusó a España y, tomándolo como excusa, intervino en la guerra que durante treinta años habíamos librado independentistas cubanos y colonialistas españoles? Terminó de derrotar y además humilló a las tropas metropolitanas (ni unos ni otros podremos olvidar el hundimiento en Santiago de Cuba de la escuadra española al mando del valiente almirante Cervera), y de paso nos arrebató a los cubanos la ya inminente victoria, la cual, después de sesenta años de protectorado o neocolonialismo norteamericano, sólo vinimos

a conquistar en 1959. Así, en 1898 ocurrió el hecho insólito de que perdieran la guerra, a la vez, los dos contendientes enfrentados durante décadas. Además, como se sabe de sobra, los Estados Unidos procedieron de modo similar en Filipinas, donde también se desarrollaba una lucha de liberación nacional, y guardaron para sí como botín de guerra hasta hoy, entre otros territorios, al hermano Puerto Rico, para cuya independencia “fomentar y auxiliar”, según inequívocas palabras de Martí ya citadas, había fundado él en 1892 su partido revolucionario. Si se desea describir de modo sucinto lo que ha ocurrido en los noventa y tres años que nos separan de aquel año aciago, de las fechorías que aquí en España llaman elocuentemente “El Desastre”, nada mejor que volver a palabras que Martí escribió en 1894 y también he citado:

Las Antillas [...] serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana— [...] la gran república del Norte [...] en el desarrollo de su territorio [...] hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellos abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.

Sólo ese diseño planetario, que implícita o explícitamente es la columna vertebral del manifiesto “Nuestra América”, y que la gravedad de estos momentos revela sobrecogedoramente profético, explica que Martí pudiera añadir de inmediato con toda razón: “Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a liberar.” No hace falta que vuelva sobre otras líneas martianas igualmente citadas, porque de seguro ustedes las tienen en la memoria.

He aquí por qué me parece bien triste la vigencia de “Nuestra América”. No pocos economistas y otros estudiosos llaman a la pasada década, “una década perdida” para los países de nuestra América. ¿Será el casi agonizante siglo XX (en el cual tuvieron lugar las más devastadoras guerras que la humanidad ha conocido, algunos de sus peores regímenes, crímenes de todo tipo; que ha visto esfumarse, por mal encauzadas, torcidas o traicionadas, ilusiones sin embargo necesarias, e implantarse de oeste a este y de norte a sur, con tergiversadores “colorines”, para volver a un vocablo martiano, el pragmatismo más grosero, la más desembozada codicia, el escarnio del *Sermón de la montaña* y el desdén y la explotación implacable de “los oprimidos”, de “los pobres de la tierra”), será este atroz siglo XX un siglo perdido? La dolorosa vigencia del magistral ensayo “Nuestra América” ¿se deberá a que, en cierta forma, hemos

sido retrotraídos a 1891, y la humanidad tiene de nuevo por delante el reparto, entre un grupo aún más pequeño de grandes potencias, del mundo ya repartido, la destrucción de los países pobres que osen oponerse a ello, y quizá una tercera, y última, guerra mundial? (Fukuyama y otros como él harían bien en recordar el hecho ostensible de que la llamada Primera Guerra Mundial ocurrió entre naciones de regímenes similares en lo fundamental, no obstante las mutuas y mentirosas inculpaciones.) ¿Le espera al *homo sapiens* el destino de los brontosaurios, los pterodáctilos y tantísimas especies, con lo que dejaría enteramente este ya muy maltrecho planeta en las manos (es un decir) de los antiguos concurrentes de los mamíferos llamados superiores, los casi infinitos insectos, llenos de millonaria paciencia?

Llegados aquí, es del todo innecesario recordarles que quien les habla es un poeta, y no sólo ni primordialmente porque haga versos, sino porque asume a plena conciencia la cita de otro maestro entrañable, el ineludible utopista Alfonso Reyes, puesta al frente de esta conferencia. Por eso me parece natural que el mayor visionario, en todos los sentidos de la palabra, nacido en el hemisferio occidental sea nuestro mayor poeta: José Martí. Y por eso cuando entre 1963 y 1964 escribí mi primer trabajo con voluntad rigurosa sobre él, al hablar de “Nuestra América” dije: “Se junta allí el análisis

penetrante del científico al vuelo poético del creador de mitos”; y añadí después que en aquel texto mayor Martí “diseña el área, a la vez real y mítica, de ‘nuestra América’”. (No suelo citarme, pero en los días que vivimos, razones morales me obligan y me obligarán a hacerlo).

Y ahora, después de tantos insectos, crímenes y espantos, me siento de nuevo en terreno firme, como cada vez que recibo el aliento sagrado de Martí, quien, destinado a las más altas empresas del alma, jamás cometió la villanía de rehusarse a las tareas que le correspondían, por nimias que parecieran o fueran. Él, al igual que su Santa Teresa, sabía que también “entre los pucheros anda el Señor”; a él no había que repetirle las palabras del Evangelio de San Juan: “Si a tu hermano, a quien ves, no amas, a Dios, a quien no ves, ¿cómo vas a amar?”

Vengo de un archipiélago nombrado en la cartografía europea al menos desde 1367, cuando ningún europeo había puesto pie en él: la Antilia, que tiempo después acabó llamándose, a semejanza de las Baleares y las Canarias, las Antillas, y cuyo sorprendente papel en el equilibrio del mundo ya hemos visto cómo fue señalado por Martí; y estoy en parte esencial de un continente cuyo “presagio de América”, para volver a citar una imagen de Reyes, nos ha vinculado para siempre con ustedes.

He nombrado los mitos, he evocado las imágenes, y espero que no piensen que pretendo de

manera insensata venir a bailar en casa del trompo, como decimos en Cuba, o a echar sal a la mar, como creo que se dice aquí. Soy del todo consciente de lo que supone estar (en mi caso, por vez primera) en Cádiz, uno de los sitios de este continente y del planeta más lleno de mitos, más cuajado de imágenes. Pero Martí nos enseñó que el aire está lleno de almas; y Lezama, la fuerza irradiante de la imagen: así que estoy ávido de participar en el diálogo con Gades, con la cercana Tartesio donde Schulten reveló un mundo, con las sombras de los Atlantes y de Hércules; y desde luego con el “primer puerto hacia América, con un deje cubano en sus patios umbrosos” de que habló mi admiradísimo y queridísimo Rafael Alberti, quien después volvería a trenzar la *Ora marítima*, como Avieno. En Cádiz verdad y mito se entrecruzan, y también se entrecruzan nuestras historias. En Cádiz, la invicta ciudad de las Cortes, en 1820 militares españoles rebeldes impidieron que una flota saliera a combatir contra la necesaria independencia americana. Aquí estuvo nuestro santo fundador, el Padre Félix Varela. Aquí, en su primer destierro, entró en la Península José Martí hace ciento veinte años: ocasión para este fraterno encuentro de hoy. Aquí nació el enorme músico que murió exiliado del otro lado del Atlántico, intentando terminar (lo que al cabo haría Ernesto Halffter) su vasta obra para coros, solistas y orquesta sobre *La Atlántida*,

de Jacinto Verdaguer, catalán como los Roig de quienes, como de tantas otras estirpes españolas (asturianas, extremeñas, navarras por lo que sé), provengo. En una de las estrofas de aquel poema que ustedes de seguro conocen mucho mejor que quien les habla, Verdaguer evocó así esta ciudad:

Era'l teu front, oh Gades gentil, filla de l'ona,
gavina que en un cálzer de lliri feres niu,
palau de vori y nacre que'l sol de Maig corona;
li sembla al hèroe, al vèuret, que un cel d'amors li riu.

Daniel Moyano, el excelente escritor argentino y cálido ser, me contó que cuando era niño solía ir, en compañía de otro muchacho, a robar manzanas al cortijo de un anciano español, quien naturalmente los increpaba cuando los descubría en su faena hermética (propia de Hermes, claro), y se enzarzaban en las discusiones del caso. El anciano se llamaba Manuel de Falla; el muchacho amigo y compatriota de Moyano, Ernesto Guevara; el lugar era Alta Gracia, en la Córdoba argentina. Curioso capítulo de aquel diálogo mencionado: el Che niño en busca de manzanas como las de las Hespérides, esta vez no áureas sino argentinas, interrumpiendo al gaditano esencial que en sus últimos años ponía música a *La Atlántida*.

Amigas y amigos: voy a terminar mis palabras de esta noche hablándoles, en esta tierra tan

abierta a ello, de las Atlántidas. Creo que quizá no poco de lo que está ocurriendo ahora mismo ante nuestros ojos tenga que ver con las Atlántidas, así en plural, y con los evidentes ecos de los diálogos platónicos a hoy, porque de esa manera introdujo el término entre nosotros Ortega y Gasset en su famoso ensayo homónimo de 1924, aunque voy a proponer para dicho término un sentido algo más ancho.

Para Ortega, a partir de Spengler, entonces muy en boga, y antes, como señaló aquél, de Frobenius (y antes aún, lo que Ortega pudo mencionar, de Gobineau), “las Atlántidas son las culturas sumergidas o evaporadas”: de los dos adjetivos, propongo que retengamos el segundo (“evaporadas”) para aquellas culturas que según Ortega se habían desvanecido “como fantasmas y vagos espectros”, y sin embargo en este siglo estaban siendo descubiertas por los europeos, en éxtasis fáustico, como las culturas prebabilónicas, hitita, cretense, troyana, micénica, ganesa o paleoyorubá; y ni qué decir tartesia, “la más vieja de occidente”.

Quisiera proponer igualmente que conserváramos el nombre metafórico *Atlántidas* no sólo para aludir a aquellas culturas “evaporadas” inexistentes ya, a veces desde hace milenios, sino para aludir también, al menos por el momento (a fin de no llamarlas ahora culturas, etnias o pueblos, etc.), a esas vastas comunidades humanas acaso “sumer-

gidas”, pero ciertamente no “evaporadas” y mucho menos extinguidas, que están volviendo a la superficie; y lo están haciendo no en forma de mansas ruinas arqueológicas *ad usum Fausti*, sino con violencia, desgarrando incluso países cuyas fronteras se tenían, en general, por establecidas. Aunque los ejemplos son más de uno y en más de un continente, acaso los más sangrientos están ocurriendo, mientras escribo estas líneas, en Yugoslavia, país que recuerdo con afecto y dolor.

Pero la emergencia de tales Atlántidas no tiene que implicar por obligación desgarraduras. ¿No podría implicar en ocasiones, al contrario, el establecimiento de fuertes nexos no necesariamente políticos entre países diversos que comparten en medida apreciable arraigados sustratos comunes? Y se me ocurre que es ocasión bien propicia para abordar este tema la conmemoración de los cien años del ensayo martiano “Nuestra América”. Pues ¿qué es nuestra América sino una Atlántida? Y habiendo ocurrido en este siglo último lo que ha ocurrido, lo que tanto avizoró y combatió en cuanto estuvo a su alcance Martí, ¿aceptaría él la hipótesis (o el mito) de una Atlántida más englobadora, que abarcaría no sólo a los pueblos de su América (cuyos países él, a diferencia de Bolívar, como ha subrayado Cintio Vitier, no pretendió soldar políticamente), sino también a los pueblos de la península ibérica? ¿Y qué nombre podría darse

a esa otra Atlántida? Francamente, no tengo respuestas: sólo preguntas. Pero estoy convencido de que hoy por hoy pocos lugares son tan adecuados para hacerlas como Cádiz; y ningún ser humano de nuestra estirpe más digno de que en torno a él se hagan preguntas como éstas de José Martí, indudablemente el más español de los libertadores americanos.

En la primera parte de esta conferencia cité sobre Martí valiosos juicios de americanos, y hubiera podido añadir muchos más, de Sarmiento al Che. Concientemente dejé para este momento citas no menos importantes sobre él debidas a españoles; y al escoger tan sólo unas cuantas de esas citas, obligado de nuevo por el tiempo, voy además a limitarme, *pro domo mea*, a aquellas en que se relaciona a Martí con nuestra cultura común. Unamuno, quizá el primer escritor español en percatarse del valor de la obra de Martí, sobre cuya personalidad, su poesía y su epistolario dejó líneas penetrantes, afirmó que la carta en que, camino a la guerra, “en vísperas de un largo viaje”, Martí se despide de su madre, “es una de las más grandes y más poéticas oraciones —en ambos sentidos del término oración— que se puede leer en español”. Fernando de los Ríos, por su parte, llamó al cubano “la personalidad más conmovedora, profunda y patética que ha producido hasta ahora el alma hispana en América”. Para Juan Ramón Jiménez, Martí es

un “Quijote cubano [que] compendia lo espiritual eterno y lo ideal español”. Y Guillermo Díaz Plaja, al hablar de la obra literaria de este hombre que, fuera de dos cuadernos de versos y varios opúsculos casi siempre políticos, no publicó libro, afirma que “Martí, ese gigantesco fenómeno de la lengua hispánica”, es, “desde luego, el primer ‘creador’ de prosa que ha tenido el mundo hispánico”.

Entiéndase bien: no se trata en absoluto de exhumar hispanidad alguna, como la que en los años veinte de este siglo, con paradójico énfasis vanguardista, propuso a Madrid como meridiano de nuestra cultura (y recibió un clamoroso rechazo de parte de los vanguardistas americanos); y ni qué decir como la que años después pretendió repintar las presuntas glorias de un imperio desvanecido para siempre, cuyos últimos eslabones en América, Martí contribuyó como nadie a destruir. Ahora bien, que existe un mundo mucho mayor que el de nuestras pequeñas patrias chicas, un mundo que integran los pueblos de la Península ibérica y nuestros pueblos americanos, todos los cuales deben verse entre sí, y ser vistos por los otros, *inter pares*; que existe tal mundo, no me parece posible negarlo, aunque por ahora sea una Atlántida no sólo sumergida sino despedazada. Y me complace en este sentido suscribir las tesis expuestas por el gran paraguayo Augusto Roa Bastos en su ensayo “Una utopía concreta: la unidad iberoamericana”.

Voy a mencionar un solo ejemplo, entre los múltiples que pueden aducirse, de cómo contemplar en conjunto aquel mundo (o buena parte de él) nos explica a nosotros incluso en las limitaciones de nuestros países respectivos. Asumiendo la mirada que da vivir a los siglos, el historiador cubano Ramiro Guerra, hombre por cierto conservador, escribió en España y publicó en 1935 un libro sin cuyo conocimiento no es posible comprender del todo (y comprender a medias ¿es comprender?) a los países mencionados en el título: *La expansión territorial de Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*. Sin embargo, señal de los tiempos que vivimos, que yo sepa, esta obra *capital* sólo se ha republicado dos veces, en la Cuba revolucionaria. Me haría feliz saber que estoy en un error, y que en algún momento fue republicada en España, donde existe tan rica vida editorial.

Volvamos a Don Beltrán. En nuestra América es bien sabido que hay numerosas comunidades que, con razón, no se sienten parte de nuestra hipotética Atlántida: baste recordar a los millones de indios descendientes de quienes sobrevivieron a la espantosa operación genocida que fue la conquista; y a los caribeños que tienen (como los cubanos, los brasileños y otros pueblos de nuestra América) fuertes y dolorosas raíces africanas, pero que en su caso no viven en territorios iberizados. Sin embargo, aquella Atlántida englobadora de que hablé

(ya lo había planteado José Martí en la valiente e imaginativa Atlántida que llamó “Nuestra América”) está obligada no sólo a no excluir a tales comunidades, sino a reconocerles la importancia de primer orden que tienen, a defender sus culturas, a integrarlas *como son* a las sociedades armoniosas que debemos construir, y que no existen aún en parte alguna. Una de las muchas razones por las que leí complacido, con identificación, el ensayo mencionado de Roa Bastos, es que él es un paraguayo genuino, y por ello ciudadano del único país de nuestra América oficial y realmente bilingüe; que él, como fue el caso de José María Arguedas en el Perú, es encarnación irrefutable de ese mestizaje étnico y sobre todo cultural atribuido a nuestra América, y que en manos inescrupulosas ha llegado a ser otro artefacto retórico y cosas aún peores.

Quizá yo proyecte, al hablar de esa dilatada Atlántida que nos abarcaría, experiencias personales. Un estudioso contemporáneo del cosmos, el norteamericano Carl Sagan, llegó a conjeturar que acaso alguna hipótesis sobre el origen (todavía misterioso) del cosmos revele el trauma personal que fue su propio nacimiento en quienes sostienen tal hipótesis, cuyo nombre carece en español del impacto que en inglés: *Big bang*. Por mi modestísima parte, en consonancia con esas “pocas palabras verdaderas” (son cuatro) de Antonio Machado

según las cuales “nadie elige su amor”, desde mi más temprana edad, y por razones que no vienen al caso, di por sentada mi pertenencia a aquella Atlántida, aunque entonces, como es natural, no la llamaba así, ni sé si la seguiré llamando: acaso tal denominación sea sólo flor o espina de esta noche gaditana. Por ejemplo, jamás consideré la enorme, la extraordinaria cultura española (una cultura sincrética, y por tanto incorporadora, si las ha habido) como una cultura extranjera, quizá por la sencilla razón de que no lo es ni puede serlo para nosotros. Ahí están, para dar testimonio de ello en lo que me corresponde, muchísimos poemas y ensayos míos, de los que voy a limitarme a citar el trabajo “Contra la Leyenda Negra”, que escribí en 1976 en pleno hervor anticolonialista (hervor que en mí no ha disminuido un ápice: todo lo contrario), y que más de uno consideró mi declaración de amor a España: como si yo no hubiera declarado ese amor desde que tengo uso de razón y de corazón. Tal trabajo sería publicado en países de las dos Américas y de las que entonces eran las dos Europas: aunque en la Europa no occidental sólo apareció (en castellano y traducido a la lengua nacional) en las irreverentes Hungría y Polonia.

¿Cómo podría sentir, actuar y escribir de otra manera quien así se formó en primer lugar con Martí, pero también con Darío, Henríquez Ureña, Reyes, Ortiz, Marinello, Nicolás Guillén, Lezama,

Vitier; con Unamuno, Machado, Juan Ramón Jiménez, Picasso, Falla, Ramón, Moreno Villa, Federico, Rafael, Buñuel, Alexandre, Dámaso, María Zambrano, Chabás, Miguel Hernández, la España peregrina, la de los “trasterrados”, como los llamé, definiéndose a sí mismo, José Gaos? No fue en arduos textos lejanos (a muchos de los cuales también debo gratitud, desde luego, pues felizmente soy ciudadano del mundo), sino en textos de alguien totalmente mío, uno de los hombres más talentosos, delicados y buenos de que he tenido noticia, y también uno de los más profundos conocedores y amadores de José Martí: Rubén Darío, donde, siendo adolescente, leí, frente al inmenso mar que en la otra orilla llega a las costas de Cádiz (lo que yo ignoraba entonces), estos inolvidables versos enderezados contra el Roosevelt que a principios de este siglo pronunció su ominoso “*I took Panama*”, a propósito de un acto depredatorio que se repetiría a finales del siglo; estos versos escritos en Málaga en 1904 y recogidos en libro al año siguiente, en Madrid:

Eres Estados Unidos
Eres el futuro invasor
De la América ingenua que tiene sangre indígena,
Que aún reza a Jesucristo y aún habla en español. [...]
Mas la América nuestra [es decir, una vez más, nuestra América], que tenía poetas

Desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
[...] Que consultó los astros, que conoció la Atlántida
Cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
[...] La América del grande Moctezuma, del Inca,
La América fragante de Cristóbal Colón,
La América católica, la América española,
La América en que dijo el noble Guatemoc:
“Yo no estoy en un lecho de rosas”, esa América
Que tiembla de huracanes y que vive de amor,
Hombre de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.

El autor de estos versos, capaz de escribir “sobre las alas de los inmaculados cisnes”, lanzó “a la Esfinge que el porvenir espera” esta pregunta:

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

¿Cómo podría el adolescente que fui no sentirse aludido también por los versos de Machado: “Que en esta lengua madre la clara historia quede; / corazones de todas las Españas, llorad”: versos de su elegía a Rubén Darío, el poeta que simbólicamente, siendo un mestizo de allende el Atlánti-

co, fue el fundador de la moderna poesía en lengua castellana? ¿Cómo podría aquel adolescente no sentirse igualmente expresado en esos tremendos libros de enormes poetas americanos, mestizos también, con sangres y culturas españolas, indias y africanas: *España, aparta de mí este cáliz, España en el corazón, España. Poema en cuatro angustias y una esperanza?*

“La mar violeta añora el nacimiento de los dioses, / ya que nacer es aquí una fiesta innumerable”, escribió frente a nuestro mar (que en la otra orilla ya sabemos que es el mar gaditano) una criatura que según Vitier se atrevió “a intervenir en la historia de los dioses”: José Lezama Lima. En Cádiz, frente a “la mar violeta” (adjetivo que no desdeñaría Homero, quien habló de un mar color de vino), aquí, hablar de dioses es casi una necesidad. Que tales dioses nos sean propicios y nos dejen creer, para volver por última vez a los versos de Reyes, que no todo ha de ser en la historia “la codicia y la miseria”, que queda otro sendero que las purga: “la ruta vertical, la poesía” (no sé si vale de algo saber que, frente a tosquedades de tios y troyanos, Reyes, con su frecuente ironía suave, llamó al soneto que concluye con esos versos “Materialismo histórico”). ¿No tenemos derecho a esperar que un día, que querríamos cercano, emergerá esa Atlántida nueva y antigua en la que ustedes y nosotros (“corazones de todas las Españas”) encontraremos

casa común? ¿Se me dirá que sueño? Quien abraza una causa justa “es el único hombre práctico”, dijo Martí, “cuyo sueño de hoy será la ley de mañana”. Quizá sueño, quizá soñamos, pero no como el grandioso y atormentado príncipe del barroco, que para olvidar una realidad cruel y confusa exclamó: “Soñemos, alma, soñemos”; sino como el lúcido poeta moderno cuyo geométrico y ardiente cántico se le volvió borrascoso clamor, cuando escribió: “¡Realidad, realidad, no me abandones / Para soñar mejor el hondo sueño!”

FORMA Y PENSAMIENTO EN LA OBRA MARTIANA^{*}

Muchos de quienes, deslumbrados una y otra vez y entrañablemente agradecidos siempre, hemos venido frecuentando desde hace décadas la obra inagotable de José Martí, somos de cierta manera sus evangelistas o sus secretarios, en el sentido etimológico de estas palabras. Como podemos, transmitimos la buena nueva de su paso por la vida; hurgamos en sus secretos, pero no para ocultarlos, sino para propagar alborozados los logros de la caza de amor. Naturalmente, el anuncio queda siempre por debajo de lo anunciado, la búsqueda no logra desentrañar del todo el enigma. Cosa esperable,

^{*} Leído por vez primera, parcialmente, en la Casa de América, Madrid, el 15 de febrero de 1995; y ampliado, en el Instituto de Cultura Juan Gil Albert, Alicante, el 30 de marzo del mismo año.

pues por mucho que nos esforcemos, nuestra tarea será siempre “grado inferior de la virtud que la promueve”, como él dijo de la de “los poetas de la guerra” independentista cubana. Mientras tanto, nuestras palabras acaban con frecuencia pareciéndose o hasta fundiéndose cuando valen algo, que es cuando hemos logrado acercarnos a la criatura excepcional. Por eso no pretendo en lo que sigue ser original. Simplemente, decir lo que creo verdadero. Cito algunas fuentes, pero muchísimas más podría citar. Quienes se sientan, pues, aludidos (después de todo, la luz y el aire se comparten), sepan que tendrán razón para ese sentimiento, que tantos experimentamos.

Entre los incontables asuntos relativos a Martí que me han atraído durante largo tiempo está el que proclama, de manera aproximada, el título de lo que ahora escuchan. Aprovecharé esta ocasión para, en cierta forma, ofrecer un resumen de lo que he pensado sobre la cuestión, y complementar el resumen a la altura de la fecha.

La primera vez que aspiré a considerar a fondo el asunto fue en un ensayo que escribí entre 1963 y 1964 y que se publicó a principios del año siguiente bajo el título “Martí en su (tercer) mundo”. Con las sumas y restas propias de más de tres décadas, de él derivan en lo fundamental mis otros estudios sobre Martí. Entre las pocas restas se encontró, en primer lugar, la del título mismo, a lo que me sentí

obligado, ya que, no obstante las reservas que expresé en el trabajo hacia la denominación, entonces tan en boga, “tercer mundo”, las reservas no impidieron que el título pareciera tragarse al texto (no olvidar que los lectores lo son más de títulos que de textos). Y aunque aquella expresión había sido forjada once o doce años antes de mi ensayo, por Alfred Sauvy, no me hace demasiado feliz haber contribuido a difundirla, como también le ocurrió, en mayor medida, a Sauvy, según me confesó en 1971. Sin embargo, a partir de 2001 regresé al título inicial. Después de todo, términos acuñados como occidente, norte o sur son tan vulnerables (o defendibles) como “tercer mundo”. Sigo considerando válido en el ensayo el centro de su esfuerzo: haber subrayado en Martí la toma de conciencia de los pobres del planeta en conjunto; que su perspectiva llegó a ser ecuménica *a partir* de su identificación con los humillados y ofendidos, los oprimidos por excelencia, los colonizados que luchaban (y luchan y lucharán “hasta la victoria siempre”) por dejar de serlo. Esta idea, básica, la recibí, en lo general, del aliento mejor de la Revolución cubana (el Che incluso me honró comentándome el texto); y en lo particular, de mi centelleante maestro Ezequiel Martínez Estrada, que por esta razón es una de las dos personas a quienes el ensayo estuvo dedicado. La otra fue Manuel Pedro González, cuyo contagioso entusiasmo por Martí, especialmente

al estudiar su faena literaria y el papel que desempeñó en el surgimiento de la nueva literatura hispanoamericana, me resultó muy estimulante. La conjunción y el choque de aquellos dos grandes ancianos e ilustres cascarrabias alumbraron la vida intelectual de Cuba en los inolvidables y fértiles años de principios de la década del sesenta. Volviendo al título de esta conferencia, y simplificando en extremo, podría decir que Manuel Pedro me ayudó a entender mejor la “forma” de la obra martiana; y don Ezequiel, su “pensamiento”. Pero, como dije y reiteraré, ello no es sino una simplificación.

Aunque voy a volver sobre aquel ensayo (en ocasiones, tácitamente), daré ahora un salto en el tiempo, y aportaré estas palabras de la “Introducción a *La Edad de Oro*” que escribí para una edición de dicha obra publicada por el Fondo de Cultura Económica, de México, en 1992:¹

en casos como el suyo, la separación entre las dos líneas [...] (forma/pensamiento) [...] es producto de una abstracción hecha a menudo con fines didácticos, ya que sobre Martí es necesario decir lo que en 1875, a sus veintidós años, él dijera de Hugo:

¹ Una versión ampliada de tal “Introducción” se recoge en este libro.

“Su forma es una parte de su obra, y un verdadero pensamiento”.

Ya veinte años antes, en acápite llamado “Esencia y forma”, del prólogo a una selección que hice de ensayos martianos sobre arte y literatura, yo había planteado:

Otro aspecto entre los muchos que pueden destacarse en la crítica martiana, es la relación que [él] vio, en la obra de arte, entre los elementos formales y los que algunos llaman de fondo o de contenido, y Martí, con más acierto, prefirió llamar “de esencia”. De acuerdo con su concepción de la realidad, él no consideró ambos elementos separados, sino estrechamente fundidos: “Toda rebelión de *forma*”, dijo en 1886 al hablar de los pintores impresionistas franceses, “arrastra una rebelión de *esencia*”.

Y si estos conceptos apuntan a la forma para señalar su vínculo con el pensamiento (que aquí y en otras ocasiones Martí prefirió llamar esencia, aunque es posible que para él ambos términos no se identificaran), otros parten del pensamiento y desembocan en la forma: y no sólo en ella. En famoso apunte caraqueño de 1881 Martí escribió: “No hay letras, que son expresión, hasta que no hay *esencia* que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya His-

panoamérica.” La primera idea reaparece en lo fundamental cuando en 1890, al escribir sobre el poeta Sellén, habla de

[...] lo de los franceses, que no tienen en esta época de tránsito mucho que decir, por lo que mientras se condensa el *pensamiento* nuevo, pulen y rematan la *forma*, y tallan en piedra preciosa a veces, cazos de finas y menudas facetas, donde vacían cuanto hallan en lo antiguo de gracia y color, o riman, por gala y entretenimiento, el pesimismo de puño de encaje que anda en moda, y es propio de los literatos sin empleo en la ciudad sobrada de literatura.

Por un momento me alejaré de Martí para regresar con más fuerza a él. “En Salamanca, año de gracia de 1912”, al ir a terminar su estremeceador libro *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno estampó las conocidas palabras según las cuales “nuestra filosofía, la filosofía española, está líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística, sobre todo, y no en sistemas filosóficos. Es concreta”. En México, treinta y tres años más tarde, esas palabras resonarían en la introducción con que José Gaos presentara su *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea* (1945). Pero en su antología, Gaos, quien se ciñe a la Edad Contemporánea, engloba a España y a la América espa-

ñola, y habla de cierta “literatura especial [...] de pensamiento, o pensamiento [...] a secas”, una de cuyas especializaciones es la filosofía. Más adelante plantea que los pensadores considerados por él, al enfrentar los españoles la decadencia de su patria, y al querer los hispanoamericanos lograr o cimentar la independencia de las suyas, realizan operaciones

de política en la amplia acepción etimológica del término [...] y no sólo en la acepción más estricta [...]. Y casi podría agregarse que en la medida en que [ese] *pensamiento* se aleja [...] de la política en la acepción amplia hacia la filosofía pura, desciende [...] en originalidad y valía. En cuanto a la *forma*, la del tratado o curso sistemático y metódico es la de la parte también menos original y valiosa [...] [siéndolo la más] la del ensayo y el artículo y la del discurso, de estilo de valor estético en muchos casos, sumo en algunos [...] Los más grandes pensadores de lengua española desde el Siglo de Oro de las letras españolas son [...] [sus] grandes prosistas [...].

Me he demorado en esas citas porque a la luz de criterios como los allí expuestos es dable calibrar la relación entre forma y pensamiento en Martí. Ya en mi ponencia de 1968 “Modernismo, 98, subdesarrollo” señalé las evidentes similitudes

(acompañadas de diferencias también evidentes) entre Martí y Unamuno como escritores/pensadores de la periferia de Occidente. Bien lo comprendió el arduo vasco, quien escribió que había sido “de los primeros en hablar de él [Martí] en España”. Y lo que habló fue con frecuencia agudísimo. Por ejemplo, de su estilo epistolar dijo que a veces recuerda al de Santa Teresa, observación que ya había hecho el joven Pedro Henríquez Ureña; y añadió: “Ni está siempre escrito en prosa, sino en esa expresión informe, protoplasmática, que precedió a la prosa y al verso. Sus palabras parecen creaciones, actos.” Unamuno y Gaos, en líneas que acabo de citar y que voy a conjugar y abreviar, entienden que el pensamiento de lengua española está inmerso en buena parte de nuestras letras antes que en textos de explícita voluntad filosófica. Unamuno va más lejos, y llega a afirmar que está en nuestra vida, en nuestra acción. Todo esto es aplicable, paradigmáticamente, a Martí. ¿No acabamos de oír que para el rector salmantino las palabras martianas parecen creaciones, actos? Hombre de actos (sobre todo de actos de amor) fue Martí. Y en frase repetida, aunque insuficientemente asumida, Guillermo Díaz-Plaja lo llamó “desde luego, el primer ‘creador’ de prosa que ha tenido el mundo hispánico”. Lo que no puede menos que vincularse con la observación de Gaos según la cual nuestros mayores pensadores desde el Siglo

de Oro son nuestros mayores prosistas (yo no olvidaría a nuestros poetas mayores, como no los olvidó Unamuno). Es pues necesario al hablar de Martí como pensador hablar de él como escritor. Y viceversa. Sobre esto se han dicho muchas cosas atinadas. Me gustaría que al citarlas, ellas incluyeran estas palabras de David Lagmanovich: “la expresión metafórica *es* el pensamiento martiano, constituye la sustancia misma de su pensar” (énfasis de D.L.).

Lo anterior no implica desconocer la especificidad tanto de una obra de pensamiento como de una obra literaria. Pero Martí ofrece dificultades muy grandes para ser visto sólo en una u otra faceta, ya que su unidad se resiste a cualquier partición. Si el incisivo comentario unamuniano tocante al estilo epistolar de aquél es válido de alguna forma para casi toda su producción verbal, el fondo de tal comentario también ilumina la figura completa del caribeño, quien da la impresión de estar situado en un momento anterior a aquel en que el ser humano se desgaja en funciones. Ya sabemos que en él el pensador no se separa del escritor. Tampoco el revolucionario político (y en este orden está igualmente entre los mayores que ha habido en la historia) se separa del espiritualista vocado hacia la trascendencia; el sediento de justicia, de la criatura erótica; el atento a las menudas atenciones familiares y amistosas, del artista exquisito; el sa-

bio insondable, del hombre natural; el fiero demócrata, del aristócrata de espíritu; el anunciador del porvenir, del arcaico profundo. En el poema inicial de sus complejos *Versos sencillos* explicó: “Yo vengo de todas partes, / Y hacia todas partes voy; / Arte soy entre las artes, / En los montes, monte soy.” Max Scheler propuso en “El porvenir del hombre” que el ser humano aspirara no al superhombre, sino al “todo-hombre”. Martí se cuenta entre los escasos seres en quienes se adelanta esa meta. Con el sintagma “hombre nuevo”, de San Pablo al Che Guevara también pidieron algo similar, que fue reclamado antes del primero y lo será después del último, pues el sobrepasamiento de lo que somos es una permanente exigencia. Esa exigencia fue capital en Martí, quien vio al mundo todo “[d]e minotauro yendo a mariposa”, según su prodigioso verso libre.

La confianza martiana en la perfectibilidad de lo existente, en su armonía última (“[t]odo es música y razón”, escribió), en el amor que anima al universo, y en la necesidad que tenemos de aceptar nuestra cuota de deber para la realización de aquella perfectibilidad y, como dijo a semejanza de tantos místicos, para gozar con fruición del beneficio de la muerte, lo acompañó siempre. Es verdad que en su pensamiento, según es habitual, hay etapas. Pero también es verdad que el núcleo de tal pensamiento, si se enriquece, no conoce al-

teraciones fundamentales desde que se manifiesta en su dolorosa adolescencia. Desterrado, publica en Madrid su primer opúsculo, *El presidio político en Cuba* (1871), donde aparece ya la nuez de sus creencias políticas, éticas, religiosas, en un testimonio de pasmosa originalidad expresiva. Allí está Martí de cuerpo entero. Acaba de cumplir dieciocho años, y ésa es su *temporada en el infierno* (Rimbaud, un año menor que él, escribió también en 1871 su “Carta del Vidente”, y en 1873 redactará su propia *temporada*). De ninguna de las palabras de aquel texto habrá de desdecirse Martí, como ocurrirá con toda su obra, más que escrita o dicha, inscrita. Lo que ha contemplado este veedor, y de lo que habla, es una realidad espantosa, propia del colonialismo. Pero ella le revela no sólo la maldad de la opresión sino también la nobleza de los humildes, el valor del sacrificio, la compasión (el unamuniano *padecer con*), lo inmarcesible del amor; le revela cuál será su combate, y su fuerza para acometerlo; le revela que “lo sobrenatural es en verdad carnal”, según escribiría luego Péguy. En esa carnalidad sobrenatural, que lo emparenta con Santa Teresa y de ahí la cercanía de sus estilos, vivirá el resto de su breve vida fulgurante.

Martí asume desde los primeros momentos que tiene el deber de contribuir a la liberación de su país natal, y se entrega al cumplimiento de ese deber hasta su último aliento. La suya es pues, en

lo más perceptible, una faena política, de inequívoco signo revolucionario. Esa faena se enriquecerá con metas sociales, a medida que Martí vaya comprendiendo cada vez más el papel que desempeña “el pueblo, la masa adolorida [que] es el verdadero jefe de las revoluciones”, aunque lo “ignoran los déspotas”, como escribió en 1880; y que, consecuente con esa comprensión, decida “echar” su “suerte” “con los pobres de la tierra”, hacer “causa común” “con los oprimidos”, según añadió diez años después. Pues no fue Martí de esos “revolucionarios suaves” a quienes zahirió en 1888, y que, siguió diciendo, “son siempre bienquistos entre las clases privilegiadas, que se entretienen con ellos, como los niños con los globos de papel”. Por el contrario, fue un radical extremo, y por ello mismo nada extremista ni demagógico. “Hombre”, postuló en 1893, “es quien estudia las raíces de las cosas. Lo otro [añadió] es rebaño”. Y también sostuvo: “Radical no es más que eso: el que va a las raíces. No se llame radical quien no ayude a la seguridad y la dicha de los demás hombres”.

La brega que se le amplió en lo social, también lo hizo en lo político. Martí comenzó impugnando la opresión de la vieja metrópoli de América, a la cual sólo le quedaban allí a finales del siglo XIX dos colonias: Cuba y Puerto Rico, que él se propuso libertar. Aludiendo a la zona donde en 1868 se diera el primer combate por la independencia

de Cuba, exclamó cuando iba a cumplir diecisiete años: “O Yara o Madrid.” Pero luego añadió dos áreas mayores a sus preocupaciones en este orden: el conjunto de los pueblos de lo que pronto llamó “nuestra América”, conjunto al que se sintió pertenecer de modo absoluto y del que hizo la mejor defensa; y lo que consideró “la América europea”, los Estados Unidos, país donde vivió desterrado casi tres lustros, llegando a apreciar como ningún otro pensador de su ámbito las virtudes y los riesgos de la que sería conocida como la modernidad capitalista en aquella nación. Ello lo llevó a proyectar otra modernidad, alternativa, cuya primera elaboración apareció en su trabajo de 1882 “*El Poema del Niágara*”. Lo llevó también a ofrecer una inigualada radiografía de aquel país, en crónicas de intensa belleza y buido análisis, leídas durante su vida con fervor, en toda Hispanoamérica. Y por último lo llevó a dar pasos concretos para oponerse a los proyectos del naciente imperialismo de Estados Unidos contra nosotros: censurando con energía las primeras conferencias panamericanas, realizadas entre 1889 y 1891 en Washington; y preparando una guerra en Cuba que sería tanto contra el arcaico imperio español como contra el flamante imperio estadounidense. Es más: puso el énfasis en este último, como lo prueba su difundida carta póstuma a Mercado, escrita en el campo de batalla la víspera de morir en combate, en que confiesa estar cum-

pliendo su “deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”. Glosando la fórmula de su adolescencia, hubiera podido escribir entonces: “O La Habana o Washington.” Pero en realidad su propósito era ya mucho más dilatado. No sólo pensaba en todas nuestras tierras de América, como expresó en la carta citada, sino que un año antes había escrito: “Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar”. Y después de mencionar al “conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición”, añadió: “Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos”.

Si el enorme horizonte de este diseño, que muestra a Martí en la *otra* raíz del mundo actual, no lo colocara entre los pensadores políticos de mayor envergadura, bastaría la naturaleza de su política para darle ese lugar, y otros. Pues en él la política se hallaba unimismada con la ética y guiada por el amor, en un proceso de ascenso y purificación espiritual. Lo que bien poco tiene que ver con lo que está vigente hoy. Por eso Martínez Estrada pudo decir que “su figura se nos aparece como la de un

héroe anacrónico”, y se volvió a los mitos para tratar de entenderla en plenitud. También es posible pensar, como ya he sugerido, que es un anuncio del porvenir que necesitamos. Lo que tampoco tiene mucho que ver con la deplorable presentolatría a que tantos están entregados.

A sabiendas, he estado refiriéndome indistintamente a materiales martianos en prosa y en verso, y exponentes de diversos géneros: carta, poema, testimonio, discurso, artículo, ensayo, crónica, análisis político. El pensamiento martiano se valió de esos y otros géneros. Y es que Martí ni se propuso, académicamente, atenerse a los géneros, ni, neoacadémicamente, se propuso desbordarlos. Más que géneros, vio ante sí funciones, tareas, deberes, y se dio a cumplirlos. De muchas maneras dijo que no quería que se le tomara por poeta en verso antes que por poeta en actos. Y también, que la expresión es la hembra del acto, en alusión evidente a la cópula amorosa que garantiza la pervivencia de la vida. Le habrá satisfecho el verso del *Cid* “¡Lengua sin manos, —quomo osas hablar?”; y le hubieran satisfecho las palabras de Bergson “conciencia significa acción posible”. Pero nada más lejos de este hombre que el culto al acto puro de cuyas lamentables consecuencias tanto sabemos. El suyo fue acto impuro, genésico. Debido a ello, por mucho que le interesaran la forma y el pensamiento, sobre todo le interesó la función. Feliz paradoja

que su entrega a la función diera en él un valor impar a las otras dos realidades. Por eso escribí hace tiempo que, de no haber sido tan grave, se le hubiera podido llamar lo que Cocteau dijo de sí: el Paganini del violín de Ingres. Entre las numerosas enunciaciones del hecho, me parece particularmente justa esta que data de 1931 y es de Pedro Henríquez Ureña:

[Martí] pudo, como Rubén Darío, sacrificarlo todo al solo ideal de ser poeta; pero antes quiso acatar normas de honrado; y el deber y el amor se le agrandaron: se completaron en la devoción de su tierra. [...] Pero el escritor, que se encogía para ceder el paso al hombre de amor y deber, reaparecía aumentado, transfigurado por el amor y por el deber: la vibración amorosa hace temblar cada línea suya, el calor del deber le da transparencia. Y cuando está entregado, devorado, en su devoción suprema —Cuba—, escribe ya como si se trasfundiese en la pura energía: su carta desde Montecristi, dos meses antes de caer en Dos Ríos, es como arquitectura de luz.

Quizá no sea ocioso recordar que la carta a la que se refiere aquí Henríquez Ureña es la que Martí escribió el 25 de marzo de 1895 al tío de aquél, Federico Henríquez y Carvajal. Lo mismo puede y debe decirse de la carta que en esa fecha

Martí escribió a su madre. Y quizá aún más de un texto que el dominicano no conocía cuando hizo aquella valoración, pues se publicó por vez primera en 1941: el último *Diario* del Mártir de Dos Ríos.

Porque es ejemplo soberano de cómo Martí enlazó forma y pensamiento apuntando a una función (“acción posible”), me detendré un momento en su texto esencial “Nuestra América”. Antes de entrar en él, llamo la atención sobre su *locus dicendi*: *La Revista Ilustrada de Nueva York*, donde apareció el primero de enero de 1891; y el periódico mexicano *El Partido Liberal*, donde lo hizo el 30 de aquel mes. A ambas publicaciones Martí envió crónicas y comentarios sobre hechos puntuales. Tal *no* es el caso de “Nuestra América”. ¿Cuál es entonces el género de este texto, cuya extrañeza no escapa a ningún lector mínimamente atento? Difícil resulta no ver en él, por una parte, un balance analítico de cuanto Martí llegó a saber sobre nuestra patria grande, su historia, sus componentes, sus riesgos; por otra, un proyecto que mira al amenazado porvenir. Pero resulta igualmente difícil no sentirse sobrecogido ante la imponente hermosura de aquellas palabras. Pensador y poeta están allí identificados en grado sumo. Por eso afirmé hace cerca de treinta años que en “Nuestra América” “se junta [...] el análisis penetrante del científico al vuelo poético del creador de mitos”. Y el texto, que no es una crónica, sí es, a la vez, un ensayo y un poema. O, si se quiere,

un ensayo poemático, cuya densidad conceptual e imaginística es tanta que fue considerada “verdaderamente espeluznante” por uno de sus mejores comentaristas. Ya dije que sólo mediante una abstracción, hecha a menudo con fines didácticos, es dable separar en Martí forma y pensamiento. Voy ahora a atender, con las cautelas del caso, a esos fines.

En lo que toca al pensamiento, Vitier (quien después, con su acierto habitual, escribiría sobre las imágenes en el texto y prepararía una edición crítica suya) publicó en 1982 un “Esquema de ‘Nuestra América’” (c. 1973) del que me valdré libremente. Las amenazas que enfrenta nuestra América son internas: el aldeanismo y el desarraigo, y externas: el imperialismo (término que Martí no emplea en el ensayo). El primer peligro interno, el espíritu aldeano, es ciego e inane frente a los países poderosos, ciegos a su vez para los pequeños y débiles. La superación de aquel espíritu supone la autoconciencia y la vinculación con los que están en situaciones similares, para formar una cohorte unida. El segundo peligro interno conduce al extranjerismo y la traición. Su causa está en la vergüenza de nuestra pobreza y en el complejo de pertenecer a “razas” no “blancas”. El desarraigado es atraído por la Europa occidental y los Estados Unidos, cuya riqueza se alimenta de la explotación de nuestros países, de la cual se vuelven cómplices

quienes, al abandonar nuestras tierras, hacen suyos los valores de las metrópolis. A la vergüenza se une la soberbia individualista, que lleva al desarraigado a acusar a sus pueblos de inferiores. Este punto le provoca a Martí algunas de las líneas más indignadas del ensayo.

La supuesta inferioridad de nuestros pueblos nació del desajuste entre su originalidad y la aplicación artificial a ellos de formas nacidas en (y para) pueblos distintos. Las soluciones deben surgir de la comprensión de los problemas propios. El gobierno debe ser autóctono. La autoctonía es el antídoto del desarraigo. Por eso el hombre natural, el mestizo autóctono, ha vencido al libro importado, a los letrados artificiales, al criollo exótico. Y de inmediato, la abierta impugnación de la famosa tesis sarmientina: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.

Siete años atrás, en 1884 (cuando Sarmiento, pues, vivía aún), Martí había impugnado

el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea.

Ahora, en “Nuestra América”, dirá que el hombre natural, bueno y sagaz, defraudado en América por el desajuste entre país original y gobierno falso, puede ser manipulado por tiranos que parecen atender a los elementos naturales, pero en cuanto tales tiranos los traicionan, caen. Nuestros gobiernos han sido de “incultos” anárquicos y despóticos, o de “cultos” salidos de universidades con perspectivas ajenas a los factores reales de nuestros pueblos y al arte de gobernarlos. Por eso nuestra educación ha de basarse, en primer lugar, en el conocimiento de nuestra historia, aunque enriqueciéndose con aportes del resto del mundo: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”. Tras las guerras independentistas, se entró en el periodo de desajuste entre nuestros elementos peculiares, híbridos, y las formas de gobierno importadas, mecánicamente aplicadas. Y luego, una opinión que revela la radicalización del pensamiento social martiano: “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.” Al no haberse procedido así, la colonia continuó viviendo en la república. Pero morirá en nuestra América, donde está naciendo, en estos tiempos reales, el hombre real. Éramos una caricatura de las metrópolis, en medio de la originalidad variopinta de nuestra América, y frente a la oligarquía y sus amanuen-

ses. Fracasaron las falsas soluciones propuestas: el libro (europeo, yanqui), el odio (tiranías, guerras civiles), y se reveló la única solución real: el amor creador. La salvación está en crear.

Sobrepasando los peligros internos hay otro externo: el naciente imperialismo estadounidense, impulsado por la pujanza expansionista y el desdén. Al tema se alude a lo largo del ensayo: en el segundo párrafo: “¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!”; en el octavo, con la imagen del tigre (sobre la cual volveré), que “espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina”; y en el oncenno, después de un acercamiento previo (“Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América...”) se plantea inequívocamente: “El desdén del vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América.” Ha podido decirse que “la noción semántica de peligro determina la estructura externa del ensayo”, y que tal peligro es “el de la absorción por Estados Unidos”. Aún más: tal noción de “peligro” provoca la existencia misma de este ensayo bien complejo, pero en absoluto ambiguo, y está en la raíz de lo que según Martí debe oponerse a aquella noción, es decir, las soluciones propuestas para los peligros internos: autoconciencia, unión, valor, dignidad, creación, causa común con los oprimidos. La perenne vigilancia debe ser crítica, “pero con un solo pecho y una sola mente”, y sin odio de

razas, porque no las hay. La mejor defensa se indicó desde el principio: la unión de nuestra América, concebida como una unión de trabajadores, proyectada hacia el porvenir.

En la brillante coda, Martí evoca “el himno unánime” de “la América trabajadora”, y funde dos mitos indígenas: el del Semí o Cemí, deidad de aborígenes antillanos (que José Lezama Lima daría como apellido al protagonista de *Paradiso*), y el de Amalivaca, propio de los aborígenes venezolanos, cuyas semillas, de las que nacerían los hombres y mujeres de la América nueva, “sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar”.

Al considerar las estructuras del texto, me valdré, también libremente, del trabajo que ya he venido citando, “Lectura de un ensayo: ‘Nuestra América’, de José Martí” (c. 1977), publicado en 1987 por Lagmanovich, quien no deja de hacer allí observaciones políticas. Después de todo, Julio Ramos pudo afirmar en 1989 que “en ‘Nuestra América’ la *forma* misma cumple una función política fundamental”. Hay en “Nuestra América” una estructura externa, una intermedia y una profunda. La primera, que ya se dijo, determinada por la noción semántica de peligro, implica tres partes: anuncio de aquél (en los dos primeros párrafos), desarrollo del tema (entre los párrafos tercero y

décimo), y conclusión (en los últimos párrafos, básicamente de recapitulación y conclusión profética); en esa estructura externa son frecuentes los finales aforísticos de los párrafos, los usos variados de un mismo vocablo, la adjetivación imprevista o desconcertante, los juegos de alusiones y espejos de ciertos elementos léxicos. En la estructura intermedia, los tiempos verbales predominantes subrayan en forma notable la razón de ser del ensayo (la llamada de atención frente al peligro), lo que se revela en la elevada presencia de formas con valor de futuro, especialmente con un matiz de obligación. En cuanto a la estructura profunda, ella reside en la oposición de símbolos procedentes de los reinos vegetal y animal que “se resuelven en un gran símbolo trascendente”. Para el autor que vengo siguiendo, “el símbolo aterrador del tigre es [...] lo que constituye el verdadero motor de este ensayo martiano”, es “el símbolo estructurador de todo el ensayo”. Martí, insospechable de xenofobia alguna (en este mismo texto tan enérgico advierte que no “ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente”), ha simbolizado en su tigre, por una parte, no a un país sino a un sistema depredador, llámese colonialismo, imperialismo, neocolonialismo o con cualquier vocablo que designe la explotación y la opresión de un país por otro: tal es “el tigre de afuera”; por otra parte, a la explotación

y la opresión locales, no menos abominables: “el tigre de adentro”.

Si la doble imagen del tigre representa en este ensayo/poema fundador, escrito hace más de un siglo, lo que nuestros países tienen que combatir para salvarse, la irrupción en él de los oprimidos implica el otro polo de ese combate. Y como este último está bien lejos de haber terminado, el vertiginoso texto, auténtico manifiesto de nuestra segunda (y definitiva) independencia reclamada desde 1889 por Martí, conserva su urgente y dramática actualidad.

Cabe, ya con el fin de estas palabras a la vista, preguntarse a qué pensamiento es dable afiliar el de Martí. Hace un siglo que se está intentando responder esa pregunta, y creo que al intento le queda todavía mucho por andar. Impresionada por la mezcla de caudalosa información y constante originalidad en Martí, Gabriela Mistral lo llamó, en paradójica fórmula feliz, “Adán culto”. Otros autores, no menos impresionados, en este caso por la familiaridad de Martí con los padres de la lengua, y deseando saber a cuál se arrimaba más su propia obra, llegaron a la conclusión de que Martí se parece tanto a ellos por coincidencia, porque es uno de ellos. Quisiera aplicar al pensamiento de Martí un razonamiento similar a los que condujeron a esos juicios.

La información de Martí le permitió contemplar, señalando simpatías y diferencias (para usar vocablos que acuñó Alfonso Reyes), muchos orbes de pensamiento. Y en todos los casos, incluso cuando las simpatías fueron muy grandes, Martí fue fiel a sus circunstancias y conservó su rostro propio, que con frecuencia ha sido presentado como heterodoxo. En la cuestión religiosa, es obvio que don Marcelino le hubiera dado sitio a este anticlerical en su juvenil, erudita y peleadora *Historia*. ¿Pero no se lo hubiese dado también a un sacerdote como Teilhard de Chardin, algunas de cuyas esperanzadoras ideas conjeturé hace tiempo que Martí habría aceptado complacido? Claro, para tildar de heterodoxo a alguien, en el terreno que sea, hay que andar muy afincado en una ortodoxia, como Menéndez y Pelayo. Y a veces, hay que estar un poco o un mucho enmurallado, que no fue el caso, por ejemplo, del delicioso Chesterton, cuya singular ortodoxia no le impidió hacer de su contradictor Shaw el más hermoso elogio suyo que conozco. En cuanto a la política, a la que se dio con vehemencia, en vez de imputarle heterodoxia, ¿no es más adecuado aceptar que el radical Martí, junto a otras figuras de relevancia también ostensible, es uno de ellos?

Los centenarios tienen mucho de rituales vacíos. En el centenario de la muerte de Martí, nuestro deber es no incurrir en esos rituales y, a la vez,

no temer decir de él lo que su grandeza requiere, aunque sepamos que no van a faltar los homúnculos que, al oírlo, pretendan escarnecernos. Por eso voy a insistir, para terminar, en que estoy convencido de que Martí pertenece a la exigua y preciosa estirpe de los fundadores de grandes creencias universales, y de que estamos asistiendo, en vísperas del llamado tercer milenio, al inicio apenas de su expansión, como se habla de la expansión de una galaxia. Por lo pronto él es, en condiciones a menudo sumamente arduas, el tesoro mayor y el mayor escudo de su pueblo inmediato, aquel en que naciera. Pero sus lecciones están lejos de agotarse en ese pueblo. Defendió y edificó para nosotros y para los demás; para sus tiempos, que llamó de reenquiciamiento y remolde, y para los tiempos por venir. Bien lo supo quien escribió: “Mi verso crecerá: bajo la yerba / Yo también creceré”; quien escribió: “Viva yo en modestia oscura; / Muera en silencio y pobreza; / ¡Que ya verán mi cabeza/ Por sobre mi sepultura!” Lezama afirmó que Martí es un misterio que nos acompaña: acompañará a la humanidad durante un lapso cuyo fin es imposible prever, como es imposible prever el de la humanidad misma. Algunas de las cosas que Martí dijo quizá no las comprendamos aún del todo. Otras, han resultado proféticas en este terrible “corto siglo XX” (Eric Hobsbawm *dixit*): un siglo que ha visto tantas realidades negativas en su involución,

confiamos que temporal, hacia la barbarie, al punto de dar la impresión de ser (como se dijo en lo económico, para nuestra América, de la pasada década de los ochenta) un siglo perdido. Pero no ha visto ni verá a los hombres y mujeres de buena voluntad conformarse con el destino que los soberbios, los poderosos y los avaros pesadillean para los crecientes pobres de la tierra; ni ha visto ni verá apagarse la luz encendida por José Martí.

INTRODUCCIÓN A JOSÉ MARTÍ está conformado por textos imprescindibles para la comprensión de nuestra actualidad y nuestra historia. Los ensayos que aquí se imbrican, en lógica y progresión efectivas, son la proeza interpretativa de un corpus que a veces se antoja inabarcable.

El más joven del grupo Orígenes nos muestra al José Martí periodista, internacionalista, político, líder revolucionario, pero también al poeta, al crítico de arte y al escritor de literatura para niños, de una manera vivida y cercana, por eso y para usar una de sus imágenes, en esta obra Fernández Retamar nos brinda una más de sus "clases innumerables de introducción al universo", en este caso, al universo martiano.



CIALC
Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

ISBN 978-607-30-0608-8

